



ENSEÑANZAS PARA LAS ASAMBLEAS DE ORACIÓN

RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA DE BIZKAIA

AÑO 2004

INDICE

1. La Renovación Carismática en la Iglesia Católica.....	3
2. La Iglesia primitiva fue carismática	15
3. Dos etapas iniciales para el crecimiento en el Espíritu	23
4. Medios prácticos para crecer en la vida en el Espíritu.....	27
5. El Espíritu y sus dones	33
6. Aspectos a potenciar en la efusión del Espíritu.....	39
7. El servidor del grupo en la Renovación Carismática Católica	45
8. El acompañamiento espiritual, medio de crecimiento	47
9. ¿Qué significa la palabra carisma?	53
10. ¿Qué dice San Pablo sobre los carismas?.....	59
11. Aspirad a los carismas superiores	73
12. La oración.....	79
13. Orar en lenguas, un modo de amar a Dios.....	83
14. El canto en la asamblea de oración.....	87
15. Tentaciones contra la alabanza	91
16. El Señor sana los corazones enfermos.....	95
17. Encuentro con Cristo en los sacramentos: momento para el arrepentimiento, la conversión y la curación	99
18. Los Seminarios de la Vida en el Espíritu	107
19. Seminario sobre crecimiento espiritual	117

LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA EN LA IGLESIA CATÓLICA

Entre los modelos de una Iglesia viva incluye Walbert Bülhmann el movimiento pentecostal católico. En estos modelos de vitalidad eclesial, ve él la victoria de la espontaneidad sobre las formas rígidas, y afirma: «Hoy, para la religión en general, es cuestión de vida o muerte reconocer estos signos de los tiempos, afirmarlos y vivificar de este modo las estructuras propias»¹. De hecho, si la religión no es simplemente un universal abstracto sino algo que afecta y embarga concretamente a los individuos, todos aquellos que han entrado en contacto con el movimiento pentecostal dan testimonio de la profunda renovación que ha supuesto para ellos su inserción en este modelo concreto de Iglesia viva.

Las páginas que siguen quieren ser una presentación de las líneas fundamentales que definen la *Renovación Carismática*² en la Iglesia Católica. La Iglesia moderna conoce múltiples movimientos de renovación. Piénsese, por ejemplo, en la Legión de María, Mundo Mejor, Comunidades de Base, Comunidades Neocatecumenales, Cursillos de Cristiandad, Focolarinos, etc.

Los miembros de la *Renovación Carismática* rechazan la denominación de «movimiento» que a veces se les da, porque consideran que la *Renovación* debe invadir y fecundar todos los estamentos y órdenes eclesiales. Serían así un supra-movimiento que los comprende y abarca a todos. De hecho, es fácilmente constatable la presencia de seglares, religiosos, sacerdotes, obispos, e incluso al menos un cardenal, comprometidos en la *Renovación Carismática*.

Al principio de este artículo preferimos no dar definición alguna de la *Renovación Carismática*. En líneas generales se puede decir que es una conversión nueva al Señor por medio de un sometimiento dócil y obediente a la acción del Espíritu Santo. Son estos rasgos amplios que convienen también a otros «movimientos» cristianos. Lo específico de la Renovación Carismática irá apareciendo a lo largo de este artículo.

Nuestra exposición constará de tres partes:

I.-Rasgos que definen a la Renovación Carismática.

II.-Datos de su desarrollo histórico.

¹ Walbert BÜHLMANN, *La tercera Iglesia a las puertas. Un análisis del presente y del futuro eclesiales*. Paulinas. :Madrid 1976, pp. 235-243, la cita en p. 235

² . BIBLIOGRAFÍA FUNDAMENTAL sobre el tema: Kevin y Dorothy RANACHAN, *Pentecostales Católicos*. Logos International. Plainfield, N. J. 1969; Edward D. O' CONNOR, *La renovación carismática en la Iglesia Católica*. Laser Press. México 1973' (título original: *The Pentecostal Movement in the Catholic Church*); Card. SuENENs, *¿Un nuevo Pentecostés?* DDB. Bilbao 1975; Serafino FALVO, *¿Creemos en el Espíritu?* Paulinas. :Madrid 1975; Walter SMET, *Yo hago un mundo nuevo. Renovación Carismática de la Iglesia*. Editorial Roma. Barcelona 1975; Salvador CARRILLO ALDAY, *Renovación cristiana en el Espíritu Santo*. Instituto de Sagrada Escritura. México 1975; Id., *El Bautismo en el Espíritu Santo. El don de lenguas*. Instituto de Sagrada Escritura. México 1975; Id., *La Renovación carismática y las comunidades religiosas*. Instituto de Sagrada Escritura. México 1975

III.-Orientaciones del Magisterio eclesiástico sobre la Renovación Carismática.

I.- RASGOS QUE DEFINEN LA «RENOVACION CARISMÁTICA»

Prácticamente en todas las latitudes se vive la *Renovación* con unos rasgos más o menos idénticos, que expresan los elementos esenciales que la integran. Fundamentalmente se reducen a los siguientes: los *grupos de oración*, el llamado *Bautismo en el Espíritu* y los *carismas*.

a) *GRUPOS DE ORACIÓN*

En ellos se ora carismáticamente. En seguida explicaremos en qué consiste. Pero antes hemos de aclarar el *principio cristológico* que sustenta tales grupos. Se trata de la presencia prometida por el Señor en Mt 18,20: «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos». Este texto juega un *papel decisivo* en las comunidades carismáticas, como debiera también tener una importancia capital en cualquier otro grupo de cristianos que se reúna en nombre del Señor. Por lo que se refiere a dichos grupos, en ellos se vive realmente la presencia del Señor.

Decimos que se trata de oración carismática. Y ante todo, hay que desmontar un equívoco. El término «carismático» ha gozado y continúa gozando en determinados ambientes eclesiásticos de mal cartel. En tales ambientes, por «carismático» se entendía uno que actúa según le viene en ganas y no se somete a disciplina alguna. Va siendo hora de desprenderse de tales esquemas mentales apriorísticos, lo mismo en el caso presente que en otros muchos campos.

Oración carismática no significa, pues, que uno pueda pensar, decir o hacer lo primero que se le ocurra, de forma que contribuya a crear en el grupo de oración un verdadero caos y algarabía. Sería una manera muy superficial y errónea de entenderla. La oración es carismática porque los participantes en ella permanecen totalmente abiertos y disponibles al Espíritu Santo, lo cual supone fundamentalmente dos cosas. En primer lugar, la oración carismática es epiclética, es decir, se invoca insistentemente una efusión siempre nueva y mayor del Espíritu sobre el grupo. Es éste uno de los aspectos que la hacen eclesial y, por lo mismo, recomendable. Recuérdese cómo la Iglesia invoca de continuo sobre sí y sobre el mundo una constante venida del Paráclito. En segundo lugar, superando todos los bloqueos interiores, cada participante se pone en actitud de apertura y disponibilidad a la acción del Espíritu para dejarse llevar y conducir por Él, disponibles a recibir los carismas que el Espíritu quiera conceder y, lo que es más, dispuestos a utilizarlos en bien y provecho de la comunidad.

Estos dos aspectos son los que hacen carismática la oración de que tratamos. Entiéndase que esos dos requisitos pertenecen a las disposiciones subjetivas del grupo en cuanto tal y de sus componentes. El Espíritu es soberanamente libre y no somete su actividad a ningún condicionamiento. Podríamos recordar aquí *los Ejercicios Espirituales*, en los cuales toda la labor del ejercitante está en prepararse y disponerse en vistas a una posible comunicación de Dios.

Con lo que llevamos dicho no queda aún descrito un grupo de oración. Se podría distinguir entre la *dinámica interna espiritual* de la experiencia que se vive en la comunidad de oración y el *desarrollo externo* o los elementos que integran desde el punto de vista formal un grupo de oración.

Por lo que se refiere al primer aspecto, que sin duda es el más importante, quisiera servirme de mi participación en los grupos de oración y de los múltiples testimonios oídos a personas que habitualmente participan en grupos semanales de oración. Se trata de una experiencia *trinitaria* vivida comunitariamente. Podría describirse así:

A *Cristo* se le siente, se le vive y se le experimenta vivo en la comunidad de oración. Numerosos testimonios manifiestan cómo los participantes advierten en sí mismos una sensibilidad nueva para captar la presencia del Señor en medio de su pueblo, según la promesa de Mt 18,20. Esto mismo constituye uno de los grandes atractivos de los grupos de oración. De aquí también la urgencia de una mayor fidelidad al Señor y de un sincero retorno a Él. No menos se da una sensibilización a la presencia inmerecida del *Padre* en la comunidad. El Padre nos ama. Somos parte de su pueblo. Se cobra conciencia progresiva de esta pertenencia a Él. Por ello, no resulta extraño oír comentarios, de una u otra forma expresados, pero coincidentes siempre en el deseo de que llegue el encuentro semanal de oración para estar con Dios, *alabarle* y bendecirle porque es bueno y se ha experimentado su amor. Justamente la *oración de alabanza* puede considerarse una de las aportaciones específicas de la *Renovación Carismática* a la espiritualidad cristiana actual. Ciertamente supone un descubrimiento nuevo para los cristianos seculares; pero no menos también para los clérigos, religiosos y religiosas que entran en contacto con la *Renovación*. De ella reciben una fuerte revitalización de su vida de oración y, en general, de toda su vida espiritual. La apertura e iniciación a la *oración de alabanza* libera y pacifica internamente. Pero no es sólo su efecto psicológico; también descubre un camino nuevo de oración y de encuentro con Dios. Y un gozo jamás experimentado anteriormente.³

El Espíritu de Jesús es invocado frecuentemente y casi a todo lo largo del encuentro de oración. Muestra su presencia en el grupo por los dones que derrama; el don de lenguas; las profecías abundantes y consoladoras; a veces, el anuncio doloroso, pero no por ello menos consolador, de la conducción del grupo hacia un camino difícil, con la certeza sólo de que Dios precederá la marcha del grupo.

Con estos trazos hemos intentado describir sumariamente la *dinámica espiritual interna* del grupo de oración.

Nos detendremos también en la descripción de los elementos que desde un punto de vista formal integran externamente un grupo de oración.

La ponencia que precede a nuestro trabajo en este mismo libro explica abundantemente todos los elementos que tienen cabida en el grupo de oración. Dado que no siempre concurren todos, nosotros describiremos en este apartado el aspecto y *desarrollo externo* de la reunión de oración.

Los asistentes se encuentran sentados en círculo. La experiencia comprueba la conveniencia de que el círculo central no sea muy amplio para no dar sensación de dispersión. Omito ahora la descripción de algunas formalidades que aparecerán en el

³ Se alaba a Dios en reconocimiento y señal de los bienes naturales y sobrenaturales que hemos recibido de El. Se le alaba porque El es bueno, grande, santo. Porque nos ama. Porque nos ha reunido en el nombre de su Hijo. De aquí que a un observador extraño, por no decir superficial, le parezca ésta una oración infantil, alienante y una evasión de los acuciantes problemas de la realidad. Sin embargo, la finalidad exclusiva de estos encuentros de oración es precisamente la alabanza a Cristo, el Señor, y al Padre desde la propia situación, desde las preocupaciones de la vida, con nuestra propia personalidad sin ocultar el rostro. Cfr. lo que hemos escrito sobre la alabanza en *La Renovación Carismática* y los Ejercicios Espirituales, MANRESA 48 (1976, oct-dic) pp. 323-336

esquema que ofreceré al final de este apartado. La oración es espontánea, con la sencillez de lo improvisado. Cada participante expresa en voz alta su oración al Señor. No se guarda un orden en las diversas intervenciones, aunque es evidente cómo ninguno debe acaparar esta libertad para discursar ni adoctrinar a los demás. De aquí que las intervenciones deben ser breves. Ya hemos indicado antes cómo una característica de la oración carismática es la alabanza. Junto a ella, llama la atención la frecuencia y el fervor con el que se invoca una venida efusiva y abundante del Espíritu Santo sobre los orantes. Precisamente estamos asistiendo a un grupo de oración carismática y es normal se precise la presencia del Dador de los carismas. El grupo está abierto a esta posible venida del Espíritu y utilizará los dones que Él derrame. No es extraño observar en estos grupos de oración cómo efectivamente se utilizan una serie de carismas correspondientes a los enumerados en el NT (1Cor 12-14; Rom 12,6-8; Ef 4,11; 1Petr 4,11). Lo más frecuente es la utilización de los carismas de profecías y lenguas, cuyo sentido procuraremos perfilar más adelante en el curso de este mismo artículo.

En un ambiente de gran libertad y de mucha flexibilidad, la atmósfera humana creada es sumamente acogedora, sin tensiones nerviosas, con el equilibrio armónico de la alegría y la meditación, los cánticos y el silencio, donde el hilo conductor es siempre la alabanza a Dios.

Algo típico de estos encuentros son los gestos. Se ora con las manos extendidas y abiertas, implorantes, esperándolo todo del Señor. También se mantiene esa misma postura a lo largo de la oración, pero apoyando las manos sobre las rodillas. Los cantos también suelen ir acompañados de gestos, los brazos en alto o tocando las palmas al ritmo de las canciones.

Conviene dejar constancia del lugar tan relevante que ocupa la lectura de breves pasajes de la Escritura. Y hay que valorar la utilización que se hace de los textos del A.T. Más tarde tendremos ocasión de aludir al influjo de la *Renovación Carismática* en un mayor aprecio y utilización de la Biblia en la vida cristiana de cada día.

Con lo que llevamos dicho tenemos ya una idea bastante aproximativa de lo que observa en el grupo de oración carismática el que lo visita por primera vez.

Quizás pueda ser útil presentar un esquema que, sin ser rígido, oriente sobre el orden a llevar en un grupo que se esté iniciando. La duración de un encuentro de oración puede variar de una a dos horas, según se disponga de más o menos tiempo. Como esquema vale el siguiente:

1. *Todos en pie inician el encuentro de oración con un cántico.*
2. *El líder saluda a todos y explica brevemente cómo se han reunido para alabar a nuestro Padre Dios. Puede invocar al Espíritu.*
3. *Sentados se escucha la lectura de un texto bíblico.*
4. *Unos minutos de silencio para serenarse y ponerse en presencia de Cristo.*
5. *Comienza el líder (o algún otro) pidiendo perdón al Señor e invocando la potencia de su Espíritu para alabar con verdad al Padre.*
6. *Comienzan espontáneamente a alabar a Dios, sin que haya que guardar orden de preeminencia.*
7. *A lo largo de la oración conviene invocar repetidamente la efusión del Espíritu, incluso con cantos.*

8. *Cuando hay una mayor densidad de oración es quizás el momento (así suele ocurrir) de utilizar los diversos carismas. No se olvide cómo el Espíritu se reserva también sus propios tiempos.*
9. *El último espacio de tiempo se dedica a las peticiones y a la acción de gracias. Si es característica la insistencia en la oración, cuando se pide la curación de algún enfermo.*
10. *Valga como reparto proporcional del tiempo la siguiente orientación: si la oración durase una hora, tres cuartos de hora debieran dedicarse a la alabanza. Se termina siempre con el Padrenuestro y un cántico.*

b) BAUTISMO EN EL ESPÍRITU

En los círculos carismáticos es frecuentísimo el empleo del término *Bautismo en el Espíritu*. Pero con la intención de evitar toda clase de equívocos, se está introduciendo paulatinamente el uso de una expresión distinta: *Efusión del Espíritu*. No vamos a discutir la utilidad de emplear una u otra fórmula. De la primera sabemos que es un término bíblico.

En efecto, en el NT encontramos una serie de textos que hablan del *Bautismo en el Espíritu* (Mc 1,8; Mt 3,11; Lc 3,16; Jn 1,33; Act 1,5; 11,16).

Una primera constatación es que en esos pasajes se presenta *el Bautismo en el Espíritu* como contrapuesto al bautismo de agua del Bautista. Pero además se puede establecer lo siguiente.

1. Mt 3,11 y Lc 3,16 reproducen con más fidelidad la profecía del Bautista sobre Jesús: «El os bautizará en Espíritu Santo y fuego». *Espíritu Santo* significa aquí *poder divino* en sentido veterotestamentario. *Fuego* hace referencia al juicio inminente de Dios. La preposición griega *en*, que se utiliza en estos textos, se interpreta como instrumental con cierta connotación local. Se puede, por tanto, decir *bautismo con/en Espíritu*.
2. Mc 1,8 y Jn 1,33 son una interpretación cristiana de la profecía del Bautista, y, por lo mismo, sólo se habla en ella del *bautismo en el Espíritu* que realizará el Mesías, en cumplimiento de la efusión del Espíritu prometida en el AT (cfr. Is 32,15s; 44,3s; Ez 36,26; 39,29; Joel 3,1-5). Ahora bien, según Jn 4,1, Jesús no bautiza durante su vida, sino que el evento anunciado acontece en la plenitud de la Pascua (cfr. Jn 19,30.34; 20,22). Lucas presentará el cumplimiento de la profecía del Bautista (cfr. Act 1,5; 11,16) en Pentecostés (Act 2,1-4), como evento abierto y nuevamente repetible (cfr. Act 10,47; 11,15-16).

De lo que llevamos dicho y de un estudio de la significación de *Bautismo en el Espíritu* en los Hechos de los Apóstoles, tal como lo realiza F. A. Sullivan⁴, encontramos dos sentidos del término: a) en sentido activo equivale a enviar, derramar, dar; b) en sentido pasivo significa ser revestido con, recibir, ser llenado, venir, caer sobre. Fundamentalmente se trata, pues, de una donación o envío del Espíritu. Esa es la

⁴ Francis A. Sullivan, *Baptism in the Holy Spirit: A Catholic Interpretation of the Pentecostal Experience*. GREGORIANUM 55 (1974) 49-68.

conclusión si nos limitamos a una determinada teología neotestamentaria. Pero teniendo en cuenta la pluralidad de teologías existentes en el NT y que en algunos de sus escritos sólo se menciona al Espíritu de forma esporádica, hay que tener presente la siguiente sugerencia de P. Schoonenberg: «Es, por tanto, posible que la venida del Espíritu sea descrita en otros términos, por ejemplo, como la obra del Señor Jesús (Mc 16,19s) o como «Cristo todo en todos» (Col 3,11-17). Además, en los pasajes en que se menciona al Espíritu o se trata de él con amplitud se manifiestan también concepciones diferentes o, al menos, diversos acentos».⁵ Así mientras en Actos a través del don de lenguas (cfr. Act 2,4; 10,46; 19,6) se haría referencia a la acción misionera del Espíritu, en *Pablo* se insistiría en la multiplicidad de carismas para edificación y provecho del cuerpo de la Iglesia (cfr. 1Cor 12,7; Ef 4,12; 1Petr 4,10), aunque sin excluir la actividad misionera (cfr. 1Cor 12,24ss) pero subrayando sobre todo el don supremo de la caridad (1Cor 13), sin la cual los carismas no tienen valor. En *Juan* se atiende al nuevo nacimiento (cfr. Jn 3,5) y al Espíritu como testigo ante el mundo (cfr. Jn 15,25; 16,8; también Mt 10,19s; Act 4,8; 7,55).⁶

Basten estas notas para una visión de conjunto sobre el *Bautismo en el Espíritu* según los datos que aporta el NT.

Antes de pasar a la descripción que de este acontecimiento se da en la *Renovación Carismática*, hay que dejar bien claro que todo cristiano, por el hecho de serlo, ha recibido al Espíritu Santo y, por tanto, puede decir que ha sido bautizado en el Espíritu. Según Rom 8,9 quien no tiene el Espíritu de Cristo no es cristiano. Es decir, no se es cristiano sin el Espíritu. La iniciación cristiana supone la recepción del Espíritu. Sin embargo, hay que reconocer cómo ha sido el movimiento pentecostal el que ha sacado a nueva luz la realidad bíblica del *Bautismo en el Espíritu*.

Cuando en la *Renovación Carismática* se habla del *Bautismo en el Espíritu* se hace referencia a una experiencia espiritual acontecida normalmente en el curso de una oración en la que junto a la imposición de manos (cfr. Act 6,6; 8,17; 9,17; 19,6) se pide para el individuo, por el que se ora, una apertura y disponibilidad total al Espíritu de Dios, que ya habita en él por el Bautismo y la Confirmación.

Como descripción amplia y prescindiendo de detalles, puede tomarse la que propone F. A. Sullivan: «Una experiencia religiosa que inicia un sentido decididamente nuevo de la presencia y de la actuación poderosas de Dios en la propia vida. Por lo general, esta actividad de Dios implica uno o más dones carismáticos»⁷

Esta descripción la admiten todos. Los teólogos católicos al describir la experiencia normalmente la ponen en relación con el Bautismo y la Confirmación. De hecho, el Espíritu vive en nosotros, pero frecuentemente por los obstáculos que le ponemos y por la poca atención que le prestamos está como dormido. A través de un nuevo compromiso con Cristo y de la apertura a su Espíritu se producirá en nuestras vidas una renovación de los sacramentos de la iniciación actualizando los dones ya recibidos en potencia. Algunos hablan de una liberación del Espíritu (“release of the Spirit”) recibido en los sacramentos.⁸ S. Tugwell habla de la manifestación del Espíritu

⁵ Piet SCHGGNENBERG, *El Bautismo con Espíritu Santo*, CONCILIUM noviembre 1974, 59-81, la cita en p. 66.

⁶ Cfr. P. SOHOONENBERG, *Ibid.*, pp. 66-67

⁷ F. A. SULLIVAN, *Ibid.*, p. 49

⁸ Cfr. COLOQUIO DE MALINAS, *Le Renouveau charismatique. Orientations théologiques et pastorales* (21-26 mayo 1974), LUMEN VITAE 29 (1974). El texto final de este documento está elaborado y firmado por Killian Me DONELL, OSB, Carlos ALDUNATE, SJ, Salvador CARRILLO ALDAY, MSPS, Ralph MARTIN, A. de

y sus dones en la «experiencia consciente» como constitutivo de la experiencia pentecostal.⁹

Como experiencia íntima del poder del Espíritu que satura y transforma, E. D. O'Connor subraya cómo, según resulta de la experiencia pentecostal, el *Bautismo en el Espíritu* asume diferentes formas y causa efectos distintos en los individuos. Prescindiendo de la descripción que hace sobre un bautismo visible y otro invisible según que comporte una manifestación carismática o no, la experiencia religiosa del Bautismo en el Espíritu implica, según E. D. O'Connor, al menos las siguientes características: «1. El Bautismo en el Espíritu tiene el carácter de un nuevo principio, un renacimiento, un ingreso en una forma de vida dirigida y sostenida por el Espíritu Santo de una manera más o menos manifiesta. 2. Siempre comprende una transformación moral. No es sólo una experiencia gozosa, sino que lleva a cabo una modificación en la forma de pensar y actuar. Este cambio puede no ser permanente, ya que el sujeto es susceptible de caer. Sin embargo, el bautismo en sí, siempre provoca un cambio. 3. La experiencia, por lo menos cuando es consciente, posee un carácter de plenitud».¹⁰

Es interesante la explicación dada por F. A. Sullivan en una línea distinta a la de otros teólogos católicos. Toma como base la doctrina de Santo Tomás sobre la misión del Espíritu Santo.¹¹ La “misión” o “envío” de una Persona Divina no implica movimiento, cambio de un lugar a otro. Las Personas Divinas están presentes en todas partes. En la “misión” se trata, por tanto, de un nuevo modo de presencia. La criatura comienza a tener una nueva relación con Dios, un modo de estar unido con Dios, un amor nuevo y, por lo mismo, un tipo de “conocimiento experimental” de Dios. Cuando Santo Tomás habla de la misión del Espíritu en nosotros utiliza los términos de *inhabitatio* e *innovatio*. Aquí se plantea una pregunta: recibíéndose el Espíritu en el sacramento del bautismo, ¿tiene sentido hablar de otro envío del Espíritu a la misma persona? La teología sacramental da la respuesta. La Confirmación y el Orden son sacramentos de vivos y se interpretan como una nueva venida del Espíritu con nuevos dones que la persona no tenía antes. Ahora bien, los dones que enumera Santo Tomás en esta teología sacramental son desconcertantes: obrar milagros, profetizar, el martirio, la renuncia a los bienes y otros actos heroicos. Vemos que estos dones más que sacramentales son gracias «carismáticas». Supone en la persona una nueva factura - *innovatio*- y un nuevo modo de *inhabitatio* del Espíritu. Con estos datos, F. A. Sullivan interpreta la experiencia pentecostal más que como la donación de carismas, como un nuevo modo de habitación y una innovación real de las relaciones con el Espíritu Inhabitante, lo cual comporta un conocimiento más íntimo y experiencial de *Dios* presente en el alma, conocimiento que estalla en un amor más ardiente a Dios.¹²

A través de lo que precede hemos podido adquirir una idea bastante amplia de la realidad signficada por el *Bautismo en el Espíritu*, tal como se vive en el ámbito de la *Renovación Carismática*.

MONLEON OP, Heribert MÜILEN, Verónica O'BRIEN, L. RANAGHAN. Existe una traducción castellana publicada por *Nueva Vida*, Puerto Rico 1974. Cfr. también un resumen del mismo en SELECCIONES DE TEOLOGIA 14 (1975) 215-230. Recomendamos vivamente la lectura del documento.

⁹ Cfr. F. A. SULLIVAN, Ibid., p. 53 remite a Simón TUGWELL, OP, *Did you receive the Spirit?*, Darton, Longman and Todd, London 1972, pp. 5059.91

¹⁰ E. D. O'CONNOR, La renovación carismática en la Iglesia Católica, p. 122.

¹¹ Summa Theologica I q. 43

¹² Cfr. F.A. SULLIVAN, Ibid, p.66; cfr. Summa Theologica I q. 43 a.5 ad 2.

Puede resultar de notable interés para nuestros lectores conocer el esquema catequético desarrollado en muchos de los grupos carismáticos como preparación al *Bautismo en el Espíritu*.

La iniciación se desarrolla en siete semanas, y consta de los siguientes elementos: una catequesis a la semana, más la oración individual que cada sujeto irá haciendo diariamente sobre determinados textos bíblicos acompañados de un breve comentario. Este material está recogido en un folleto y a cada participante se le entrega un ejemplar. A partir de la segunda catequesis se deja un espacio para la oración comunitaria y para el intercambio de la experiencia que se ha comenzado a vivir. Así va naciendo en ellos una fuerte cohesión y un vinculante sentido de comunidad cristiana

El temario de las catequesis correspondientes a cada semana es el siguiente:

1. *El amor de Dios. Se insiste en el aspecto personal de ese amor.*
2. *Dios quiere hacer Alianza contigo.*
3. *Jesús nos da una vida nueva. Por medio de su Espíritu la posibilita en nosotros.*
4. *Preparación al Bautismo en el Espíritu. Tema: conversión al Señor y arrepentimiento.*
5. *Tema: La vida nueva en el Espíritu que es el poder de Dios en nosotros. (En este día conviene tener un retiro en el que se hará la imposición de manos y la oración pidiendo al Señor bautice El en el Espíritu al candidato)*
6. *Crecimiento en la oración con Cristo y en la vida en el Espíritu. Se insiste en la oración, el estudio de la Palabra de Dios, el encuentro regular con otros que vienen de la misma experiencia, y el servicio cristiano primariamente entendido como compartir la nueva vida.*
7. *Transformación progresiva en Cristo. Inserción en la Iglesia, Cuerpo de Cristo.*

c) LOS CARISMAS

La presencia de los carismas es el capítulo más característico del movimiento pentecostal. Hasta tal punto es esto así que la versión católica de este movimiento se denomina *Renovación Carismática*. Con todo, se puede notar cómo la actualización, independientemente del movimiento pentecostal, de los términos «carisma» y «carismático» ha invadido los ambientes eclesiales y especialmente las Órdenes e Institutos religiosos, hablándose muy frecuentemente en ellos del «carisma fundacional» de dicha Orden o Congregación y del «carisma» de la vida religiosa. Si por mucho tiempo no se hablaba del tema en la Iglesia, el Vaticano II ha reivindicado cómo a la esencia de la Iglesia pertenece la dimensión carismática.¹³

Decíamos que la experiencia del llamado *Bautismo en el Espíritu* comporta normalmente la presencia o la colación de algunos de los carismas del Espíritu. Antes de presentar algunos de los más conocidos en la *Renovación Carismática*, puede ser de interés que nos asomemos a la doctrina del NT sobre el tema.

¹³ *Lumen Gentium* 4,7,12; *Apostolicam Actuositatem* 3; *Ad Gentes* 4,23. Puede verse el discurso con que el Card. Suenens, en defensa de la dimensión carismática de la Iglesia, respondió al Card. Rufini que pretendía, por su parte, enterrar honorablemente los carismas como pertenecientes al pasado de la Iglesia. Card. SuENENS, *Dimensión carismática de la Iglesia*, en *Discursos Conciliares*, Editados por Y. Congar, H. Küng, D. O'Hanlon. Cristiandad. Madrid 1964, pp. 33-38.

Como es sabido, el término *járisma* aparece sólo 17 veces en el NT, de las cuales 16 en Pablo y 1 vez en 1Petr 4,10.¹⁴ Se trata de un término técnico forjado por Pablo para expresar las manifestaciones del Espíritu Santo en la Iglesia.¹⁵ En realidad, el término es tan amplio que comprende desde la vocación a la vida cristiana hasta el don de la vida eterna. Digamos que en la vida cristiana todo es don, todo es gracia, todo es carisma.

Hay en los escritos paulinos cuatro textos que presentan directamente la enumeración de una serie de carismas. Tales listas se encuentran en 1Cor 12,4-10.28-30; Rom 12,6-8; Ef 4,11. De estos textos, Ef 4,11 presenta como don, y no con el término *carisma*, al apóstol, al profeta y al maestro. Más directamente nos interesan los textos de 1Cor. Probablemente aquí Pablo utiliza el término en el mismo sentido que los corintios, como dones manifiestos y espectaculares pertenecientes a la economía del Pneuma.¹⁶ Tales manifestaciones son funciones dentro del organismo que es el Cuerpo de Cristo, y su valor depende precisamente de la utilidad que aporte al bien común del Cuerpo. Se orientan, por tanto, al servicio de la comunidad.

De una u otra forma, a lo largo de la historia de la Iglesia siempre ha habido personalidades carismáticas. Cada época ha gozado de alguno de estos seres privilegiados, piénsese, por ejemplo, en Bernardo, Francisco de Asís, Catalina de Siena, Ignacio de Loyola, Teresa de Avila, Juan de la Cruz, el Cura de Ars, Juan XXIII, etc. La gran diferencia respecto al movimiento pentecostal radica en que antes los carismas iban asociados a grandes personalidades y ahora se presentan como dones de la comunidad.

Con la referencia que hemos hecho al NT, es suficiente para comprobar que la actualización de los carismas en la *Renovación Carismática* tiene un serio fundamento bíblico. Nos detendremos solamente en la presentación de dos dones muy frecuentes en la actualidad: el carisma de lenguas y el de profecía.

Carisma de lenguas

El *carisma de lenguas* es un don propiamente de *oración*. Quizás sea el carisma más llamativo y el que hace más vulnerable a la *Renovación Carismática* para aquellos que la juzgan desde fuera. Para entenderlo hay que partir de los datos de Pablo en 1Cor.

En efecto, se trata de un carisma cuya realidad bíblica es incontestable. Pablo le dedica algunas consideraciones decisivas en 1Cor 12-14. Conviene recogerlas porque el *don de lenguas*, tal como se da en la *Renovación Carismática*, es sustancialmente idéntico a la glosolalia de la comunidad cristiana de Corinto. A esta cuestión ha dedicado el P. Sullivan un meditado y orientador artículo cuya exposición intentaremos resumir.¹⁷ Sí es importante tener en cuenta antes de tratar esta cuestión, que es inútil por carecer de importancia espiritual y teológica, la pregunta de si los glosófalos hablan una lengua verdadera existente en la actualidad o en el pasado.¹⁸ Según los datos paulinos, este supuesto, la glosolalia corintia, era una expresión verbal que se asemejaba a un lenguaje humano real,¹⁹ ininteligible tanto para el glosófalo como para los oyentes,²⁰ hasta tal

¹⁴ Cfr. Alfred SCIINOLLER, *Handkonkordanz zum griechischen Neuen Testament*, en art. *járisma*.

¹⁵ Sobre este tema, el iluminador artículo de B. N. WAMEACQ, *Le mot 'charisme'*, NOUVELLE REVUE THEOLOGIQUE 97 (1975) 345-355.

¹⁶ Cfr. B. N. WAMBACQ, *Ibid.*, p. 349.

¹⁷ F. A. SULLIVAN, «*Ils parlent en langues...*», LUMEN VITAE 31 (1974) 21-46.

¹⁸ Cfr. al respecto Peter HOCKEN en LA VIE SPIRITUELLE 128 (1974) 31-42.

¹⁹ 1Cor 14,5-19; 1 Cor 1, 1, cfr. SULLIVAN, *Ils parlent...* pg. 24.

punto que su interpretación exigía un don carismático distinto.²¹ Este carisma es ante todo un don de oración, una manera de orar, incluso una manera 'excelente' de orar (cfr. 1Cor 14,17), practicada por el mismo Pablo (cfr. 1Cor 14,18) y a la que invita, según la interpretación que de 1Cor 14,28 propone el P. Sullivan.

En la *Renovación Carismática*, el *don de lenguas* se presenta como *don de oración*, practicado frecuentemente tanto en los grupos de oración como en la oración personal privada. Vale la misma descripción que acabamos de dar siguiendo a San Pablo. Aunque la glosolalia carismática no sea una lengua, según establecen los estudios de lingüistas como W. J. Camarín²² y J. R. Jaquith,²³ sin embargo, no se puede poner en duda que a través de ella se expresa todo un mundo de sentimientos y el impulso interior de orar alabando a Dios. Justamente aquí radica la significación espiritual de este carisma: ser un don de oración cuyo valor como lenguaje de alabanza no depende de lo que digan los lingüistas. El valor de este don parece estar en que permite al espíritu humano expresar con ayuda del cuerpo lo que es impotente para expresar con las palabras ordinarias. Se ha comparado al don de lágrimas.²⁴

Los efectos de este don, según confirman los diversos testimonios, son un abandono en las manos del Señor, un desprendimiento de sí mismo, un desbloqueo y liberación interior ante Dios y ante los hombres. Y cuando se ejerce en público es un acto de humildad.

Valgan estas breves indicaciones para conocer los datos fundamentales sobre el don de lenguas. La interpretación espiritual que hemos dado podría ayudarnos a franquear el bloqueo que nos impide frecuentemente aceptarlo e incorporarlo a nuestra propia vida espiritual.

Carisma de profecía

La profecía no es primariamente una predicción del futuro temporal, -es ése un aspecto secundario- sino que es transmisión de la palabra de Dios, del mensaje de Dios a un individuo o a un grupo.

El ministerio profético juega un papel muy importante en la Iglesia primitiva. Dirá San Pablo que la Iglesia está fundada sobre el cimiento de los apóstoles y profetas (Ef 2,20). De hecho, junto al ministerio del apostolado aparece el del profeta ocupando un segundo puesto (1Cor 12,28; Efe 2,20; 3,5; 4,11; Apoc 18,20). Don frecuente en la Iglesia apostólica (Act 11,27s; 13,1; 21,10s), hay que estimarlo y no despreciarlo (1Tes 5,19-20). Más aún, hay que desearlo (1Cor 14,1.5.39). La función del ministerio

²⁰ 1Cor 14,13-14; SULLIVAN, *Its parlent*, p. 25.

²¹ 1Cor 14,27-28; SULLIVAN, *Its parlent*, p. 25.

²² W. J. SAMARIN, *Tongue of Men and Angels*. The Religious Language of Pentecostalism. MacMillan Company. New York 1972

²³ J. R. JAQUITH, *Toward a Typology of Formal Communicative Behaviors: Glossolalia*, ANTHROPOLOGICAL LINGUISTICS 9 (1967) 1-7.

²⁴ Cfr. Card. SUENENS, *¿Un nuevo Pentecostés?*, p. 104-105; R. LAURENTIN, *Pentecostalismo Católico*, p. 130; SULLIVAN, *Its parlent*, p. 45 y el siguiente texto: « Le parler en langues, est un vrai don de la grâce, un charisme, lorsqu'il vérifie cette sorte d'efficacité quasi sacramentelle qui consiste à signifier et à intensifier un élan intérieur de prière et, plus particulièrement, de louange. On se trouve incapable de trouver les mots appropriés pour «exalter le Seigneur»; mais cela n'empêche pas de dormir à ce surgissement de la louange une expression sonore. Il suffit de laisser se déployer sans entraves de «[langage de louange] avec cette confiance qu'il s'agit là d'une authentique glorification de Dieu, de même que les larmes peuvent signifier authentiquement la contrition du cœur» (p. 46).

profético se orienta a edificar, exhortar y consolar la comunidad (1Cor 14,3). Con su palabra el profeta edifica, es decir, construye la comunidad (1Cor 14,4)

En la Renovación Carismática es muy frecuente el don de profecía. Comúnmente se entiende como edificación, exhortación y consolación de la comunidad, en el sentido paulino. La manera concreta como se lleva a cabo en los grupos de oración, es al estilo de los oráculos proféticos de la Biblia. Se utilizan normalmente expresiones como «así habla el Señor», y luego se expresa el mensaje en primera persona como portavoz de Dios. Con esto es claro que no se pretende añadir nada nuevo a la Revelación. Transcribo uno de estos mensajes proféticos:

«Pueblo mío, Yo soy tu Dios. Yo te he reunido en este lugar. Alégrate, goza y exulta de júbilo en Mí. Yo te amo, Yo sano tu corazón y tu cuerpo. Alégrate, Yo soy tu Pastor y tu Dios.»

Esta profecía anotada en el curso de un grupo de oración son fácilmente reconocibles los rasgos, e incluso las palabras, de las profecías bíblicas. Es evidente que tales palabras producen consuelo y estimulan a todo el grupo de oración

Ahora bien, ¿cómo reconocer la verdad de un mensaje? Para ello hay que acudir al don de discernimiento. En líneas generales, podemos establecer lo siguiente: dirigida al grupo, él mismo puede juzgar si la palabra viene del Señor. Sabemos que su palabra es eficaz y los que escuchan el mensaje advierten la vida y la potencia que comunica. En línea con el sentido de la Palabra de Dios, la profecía nunca destruye la unidad de la comunidad sino que la construye y edifica.²⁵

En la Renovación Carismática se dan muchos carismas, con la abundancia inagotable del Espíritu que los proporciona. Es siempre el mismo Espíritu quien suscita tanto aquellos carismas atestiguados en el NT como estos otros, que coinciden prácticamente con aquellos. Nosotros hemos presentado aquí solamente una muestra de ellos: el don de lenguas y el de profecías. Pero lo mismo podríamos haber tratado los dones de magisterio, discernimiento, curación, interpretación de lenguas, obras de caridad y servicio, etcétera, tal como surgen en la actualidad de la Renovación Carismática. Aunque ésta hable particularmente de algunos carismas es consciente de que la mayoría de ellos abundan en la vida de la Iglesia bajo rasgos sencillos y comunes.

²⁵ Cfr. Bruce Yocum, *La prophétie*, Il est vivant. Cahiers du Renouveau n.º 5, décembre 1975, pp. 13-15.

La Iglesia primitiva fue carismática

Alejandro Díez Macho, M. S.C.¹

Después del destierro cesó la profecía en Israel; únicamente quedó el "eco de la profecía" y se esperaba con ansia la llegada del Mesías para que de nuevo la profecía y sus fenómenos concomitantes se derramasen sobre todo el pueblo mesiánico, no sólo sobre algunos privilegiados. Lo había profetizado Joel 3.

Efectivamente, el día de Pentecostés, fiesta de la "clausura" de la Pascua, los judíos celebraban la donación de la Ley en el Sinaí y la constitución de la Alianza o Antiguo Testamento. Lo celebraban particularmente las clases sacerdotales y los esenios. Pero era una fiesta de carácter nacional, y por eso se llenaba Jerusalén de peregrinos llegados de la diáspora.

“Espíritu de Jesús”

Ese día de fiesta fue el escogido por el Señor para enviar al Espíritu Santo que había prometido.

Espíritu santo significa para el judaísmo sobre todo espíritu de profecía, y este sentido tiene muchas veces en el Nuevo Testamento. Pero para los cristianos significó, además, todos los dones comunicados por Dios e incluso lo que llamamos el Espíritu Santo con mayúsculas, es decir la Tercera Persona de la Santísima Trinidad.

Jesús ascendió al cielo, es decir, cesó de comunicar su presencia visible a los cristianos, para enviar al Espíritu Santo. Hasta el siglo IV, la fiesta de la Ascensión se celebró junto con la fiesta de Pentecostés, con lo que se subrayaba una finalidad importante de la Ascensión del Señor, o sea, el envío del Espíritu Santo, también llamado en el Nuevo Testamento "Espíritu de Jesús".

Vino el Espíritu Santo el día de Pentecostés judío, y se comunicó con tal abundancia y extensión que Pedro, en su primera alocución a los judíos en tal fiesta tomó como texto la famosa profecía de Joel, en la que se profetizaba la donación del Espíritu de Dios a todo el pueblo mesiánico. Desde ese día, también fundacional de la Nueva Alianza o Nuevo Testamento, los dones del Espíritu Santo se comunicaron a todo el pueblo cristiano, no solamente a algunos individuos, particularmente agraciados con el don de profecía.

¹ Koinonia, 33-34 pp 4-7

El P. Alejandro Díez Macho pertenece a los Misioneros del Sagrado Corazón y actualmente es catedrático de Filología Bíblica en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Desde el año 1939 hasta el 1973 fue profesor de Lengua y Literatura Hebrea en la Universidad Civil de Barcelona, y es Doctor Honoris Causa por la Facultad de Teología, tanto de la Católica como de la Protestante, de Estrasburgo. Forma parte del grupo de la R.C. "Ntra. Sra. del Sgdo. Corazón" de Madrid.

El sugestivo tema de los carismas

La Iglesia cristiana comenzó así a ser carismática.

Los dones que acompañan a la recepción del Espíritu Santo se llaman carismas (jarismata en griego) cuya definición es dones del Espíritu Santo para la edificación de la comunidad.

Esa es la diferencia básica respecto a los seis dones (en la Vulgata son siete, pues se añade el don de la piedad), que recibirá el Germen de David, el Mesías, y tras él, los cristianos. Dones que menciona Is 11, 2: don de sabiduría, de inteligencia, de consejo, de ciencia, de fortaleza, de temor de Dios. Estos dones se ordenan a la santificación del cristiano que los recibe. Son -dicen los teólogos- unos hábitos que acompañan al Espíritu Santo en el alma, a la gracia santificante, y que la habilitan para seguir las mociones del Espíritu aun en situaciones o circunstancias difíciles. Estos dones exigen la gracia santificante; los carismas, por sí mismos no la exigen. Por ejemplo, Caifás profetizó que convenía que muriese un hombre para salvar al pueblo, y Balaam pronunció, en contra de su voluntad, verdaderas profecías. Tanto Caifás como Balaam son prototipos de personajes perversos.

No todas las comunidades cristianas primitivas recibieron en la misma medida los carismas, que aparecían preferentemente en las asambleas litúrgicas comunitarias. La comunidad más carismática fue la de Corinto.

Corinto, la comunidad carismática

Pablo habla de los carismas, sobre todo en el cap. 12 de la Primera Carta a los Corintios, y hace la valoración de uno de ellos, el de lenguas -muy apreciado por aquella comunidad- en el capítulo 14.

La comunidad de Corinto era "rica en toda cosa, en toda palabra y conocimiento" (1, 5); "no le falta ningún carisma" (1, 7). Era la comunidad carismática por excelencia.

La Primera Carta a los Corintios es polémica. Pablo se enfrenta, parece, a los cristianos gnósticos de la comunidad, que se creían "perfectos" precisamente por la "gnosis", por el "conocimiento" de los misterios divinos y por el "éxtasis". En consecuencia se consideraban llegados a la perfecta libertad cristiana, permitiéndose atentados contra la ética y desatenciones con otros cristianos débiles, cosas que Pablo no podía tolerar.

De entrada, Pablo recuerda a los corintios, en gran parte cristianos procedentes de la gentilidad, que, cuando eran paganos, el "éxtasis" los sacaba fuera de sí, de su libre albedrío, en el culto de los "dioses mudos". También en el culto cristiano de Corinto ocurrían fenómenos extáticos, extraños. ¿Producidos por poderes demoníacos o por el Espíritu Santo? La comunidad necesitaba un criterio para discernir la acción demoníaca de la acción del Espíritu.

Y Pablo lo proporciona: un cristiano verdadero no puede decir "maldito sea Jesús", como quizá -es la opinión de Smithals- algunos gnósticos cristianos decían refiriéndose a "Jesús" en cuanto hombre, pues, según ellos, Jesús-hombre nada tenía que

ver con Cristo y, por tanto, con el Espíritu Santo. Por eso se atreverían a maldecir de Jesús-hombre esos gnósticos que profesaban que Cristo no había venido en carne. Eran los mismos que rechazaban la resurrección corporal de los muertos, precisamente por ser corporal; los que decían que la resurrección es puramente espiritual, y que había acontecido ya.

Tales gnósticos -viene a decirnos Pablo-, a pesar de su ciencia y de sus manifestaciones extáticas, no tienen el Espíritu Santo.

Las “cosas del Espíritu”

En cambio, los cristianos que confiesan que "Jesús es el Señor", el Kyrios, que admiran su encarnación, muerte y resurrección, éstos sí que tienen el Espíritu Santo. Esa confesión, ese credo rudimentario, que fue uno de los primeros credos de la Iglesia primitiva, no puede profesarse sin el Espíritu Santo.

Los de Corinto consultaron a Pablo acerca de las "cosas del Espíritu". De ellas habla 1Co 12-14.

Pablo dice que los dones del Espíritu son muchos, y que todos proceden del Espíritu Santo. La fuente de esos dones espirituales es única, Dios uno y trino; la distribución (¿o variedad?) de los carismas se atribuye al Espíritu Santo; la de los servicios o ministerios a la comunidad, al Señor Jesucristo; la de actividades (sinónimo de jarismata en 1Co 12, 9.10), a Dios Padre, quien es el que "obra todo en todos".

Esta formulación ternaria, frecuente en el apóstol, es una manera de hacer intervenir en los dones, en los carismas del Espíritu Santo, a las tres personas divinas; pero no pretende acotar el campo de cada Persona, como si cada una solamente interviniera en una clase de carismas.

Lo que Pablo enseña es esto: carismas, servicios (o ministerios) y operaciones, todo procede del Padre a través de Jesús, quien lo otorga por medio del Espíritu Santo, también llamado Espíritu de Jesús. Por eso en 1Co 12,6 se dice que "Dios (el Padre) obra en todos". Y en 12,11 que "todas estas cosas las obra un mismo y solo Espíritu repartiendo a cada uno según quiere".

Cada cristiano, un carisma

Los carismas son dones del Espíritu Santo para la edificación de la comunidad (12,7). Este es, según Pablo, el criterio para saber qué don del Espíritu merece el nombre de carisma, y para valorar la mayor o menor importancia del don: el servicio de la comunidad, el mayor o menor servicio de la misma. No olvidemos que cada cristiano tiene una "manifestación del Espíritu", un carisma (1Co 12,7 l).

A uno se le da el lenguaje de sabiduría; a otro, el lenguaje de ciencia. ¿En qué se distinguen estos dos carismas? ¿Se diferencian de verdad o son dos maneras de expresar el mismo don? No se puede responder con certeza. Se trata de uno o dos carismas de conocimiento y, por tanto, muy apreciados por los corintios, particularmente por sus gnósticos, que ponían la perfección en la "gnosis", en la "sabiduría". Pablo tenía este carisma y hablaba, sirviéndose de él, a los "perfectos" (1Co 2,6), a los cristianos del

espíritu, a los que realmente tenían este don. Un don que consistía en un conocimiento de las "profundidades" de Dios (1Co 2,10), de su misterioso plan salvífico.

Otros cristianos están dotados del carisma de la fe. La palabra "fe" no significa aquí, al parecer, simplemente la fe teológica más desarrollada, sino una fe capaz de trasladar montañas, es decir, el don de hacer milagros, de hacer "imposibles", que eso significa la expresión hebrea "trasladar montañas".

Sigue el don de curaciones de enfermedades, el don de "obras" milagrosas, tal vez exorcismos, y el carisma de la profecía.

¿Qué es el carisma de profecía? Es el don de predicar la penitencia y el juicio como los antiguos profetas, la penitencia y el juicio escatológico, o sea, profecía concerniente al presente de la comunidad o de sus miembros, y también el futuro. En 1Co 14,3, Pablo detalla funciones de la profecía: "El que profetiza habla a los hombres para su edificación, exhortación y consolación." Según 14, 24-25, el profeta descubre los secretos del hombre, lo pone de manifiesto y así lo convierte.

Sigue ensanchándose la lista de los carismas: la discreción de espíritus. Es la capacidad de discernir si el carismático habla en nombre del Espíritu Santo o movido por el mal espíritu. En el capítulo 14 San Pablo dice: "Si uno profetiza, los otros 'disciernan': o todo el grupo carismático o el que tenga el carisma de discernimiento" (14,29).

Termina la enumeración con el carisma de hablar variedad de lenguas y de interpretarlas. El don de las lenguas era el más estimado por los cristianos de Corinto, pero Pablo lo relega de intención al último lugar. Su valoración la reserva para el capítulo 14. La variedad de lenguas hace referencia a la plural manifestación de este fenómeno. Una variedad es la lengua de los ángeles; en las religiones helenísticas se creía que los ángeles se dirigían a la divinidad en una lengua especial.

La conclusión de Pablo tras la enumeración de los carismas es que "todas estas cosas las obra un mismo y solo Espíritu, que reparte en particular a cada uno según El quiere".

Como entre paréntesis

El don de lenguas consistía, y consiste en el movimiento carismático contemporáneo, en orar mediante sonidos inarticulados o articulados, en sílabas o palabras normalmente ininteligibles y sin significado aun para el que las profiere, pues no son palabras de lenguas conocidas, vivas o muertas.

Parece que en contados casos el habla corresponde a alguna lengua existente, del presente o del pasado, pero desconocida para el glosólogo.

Lo corriente es que sea a modo oración, pero puede ocurrir que tal lenguaje sea portador de un mensaje para la comunidad. Entonces precisa de interpretación.

El fenómeno de hablar lenguas ha existido en religiones no cristianas. Hay constancia de que se hablaban lenguas no conocidas en religiones paganas de

Mesopotamia casi dos mil años antes Cristo. Se hablaron en Fenicia, Cana entre los Hititas, en Egipto, en las religiones místicas del tiempo de Pablo.

El que sea, o pueda ser un fenómeno natural, no quiere decir que el Espíritu Santo no pueda valerse de él y convertirlo en carisma auténtico, a beneficio del que lo recibe o de la comunidad.

Cuerpo místico

Pablo pasa seguidamente a exponer la doctrina del cuerpo místico de Cristo, alegoría conocida por el apólogo de Menenio Agripa y porque fue usada frecuentemente en la antigüedad para describir las relaciones del cuerpo social.

Pablo pretende subrayar que cristianos forman un cuerpo, una unidad, dentro de la cual hay variedad funciones, y que el funcionamiento de ese cuerpo depende del cumplimiento de la función de cada miembro. Nadie pretenda, pues, acaparar todos los carismas, nadie tenga el suyo en poca consideración.

En la Iglesia -sigue Pablo aplicando la alegoría del cuerpo místico- Dios ha puesto en primer lugar a unos como apóstoles; en segundo lugar los profetas, en tercer lugar los doctores. Este es un grupo de privilegiados, nombrados por orden, un grupo especial de carismáticos. En Ef 4,11 se vuelve a nombrar el grupo, aumentado: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Hay quien cree que profetas, doctores y evangelistas eran misioneros peregrinantes de comunidad a comunidad. Esto no excluye que algunos estuvieran incardinados en una comunidad.

Hemos considerado la función de los profetas. Los maestros y doctores eran los "transmisores e intérpretes de la tradición de Cristo, los que enseñaban los mandamientos y artículos de la fe" (H. Fr. von Campenhausen); además, los que cuidaban de la catequesis de los neófitos (Althaus). Pablo era, en una pieza, apóstol, profeta y maestro, amén de hablar lenguas, de haber tenido éxtasis y revelaciones.

Tras esta tríada de carismáticos, Pablo empalma una nueva lista detallando otros carismas, sin orden ni jerarquía. Sin embargo, vuelve a poner en la cola el carisma de hablar lenguas.

Observamos que Pablo pone entre los carismas las "obras de ayuda" al prójimo y el "gobierno" de la comunidad.

La caridad

Pablo intercala en el capítulo 13 una página maravillosa acerca de la caridad, que no es un carisma, pero que está en la base y sobre todos los carismas, y es el camino más excelente, el modo de comportarse más perfecto, al que los carismas se ordenan como los medios al fin.

En este capítulo 13 vuelven a aparecer los carismas para parangonarlos a la caridad; para decir que los carismas no son nada, que no aprovechan nada sin la caridad.

Empieza Pablo dicha contraposición por los carismas del lenguaje: "Si hablando lenguas de hombres y de ángeles no tengo caridad, soy como bronce que suena y

címbalo que retiñe. Y si teniendo el don de profecía y conociendo todos los misterios y toda la ciencia y tanta fe que trasladase los montes, si no tengo caridad, no soy nada."

Establecido en el capítulo 13 que la caridad está por encima de todos los carismas y que su relación con la caridad les da a éstos mayor o menor valor, Pablo pasa, en el capítulo 14, a establecer el orden de importancia de dos carismas: profecía y don de lenguas.

Entre líneas se lee que los corintos preferían el don de lenguas a la profecía, es decir, que preferían lo extático, lo incomprensible, lo que les parecía obra superior del Espíritu. La profecía, ofrecida en palabras asequibles, les parecía carisma inferior.

El apóstol mantiene todo lo contrario: al que reza en lenguas le entiende Dios, pero no los hombres; por lo mismo, no edifica a la comunidad, a menos que él u otro reciba el don de interpretar tal glosolalia y así la comunidad se enriquezca con su mensaje. La profecía, por el contrario, habla a la comunidad palabras de edificación, de exhortación, de consolación. Más tarde, en el versículo 24, Pablo atribuye también a la profecía el desenmascarar el interior, manifestar lo que es propio del hombre.

No es que Pablo, con esto, se oponga al carisma de lenguas; al contrario, desearía -así dice- que todos hablasen lenguas. Lo que enseña es que la profecía es carisma superior, a menos que el glosolalo, él mismo u otro, interprete, y así edifique a la comunidad. Esto supone que puede hablar en lenguas y al mismo tiempo recibir el carisma de la interpretación. Estos dos carismas -glosalía e interpretación-, en todo caso, figuran como dones otorgados a personas distintas.

Hablar en lenguas sin interpretación no aporta edificación. "¿Qué provecho -continúa el apóstol- representaría que yo os empezase a hablar en lenguas, si no os aportara alguna revelación, conocimiento, profecía o enseñanza?". Pablo prefiere hablar en la comunidad cinco palabras con seso, dando instrucción a los demás, que diez mil palabras en lengua (14,59).

Hablar en lenguas no es carisma apto para convertir a incrédulos; éstos tacharán el glosolalo de loco. Es únicamente para creyentes. Lo que convence y convierte a los incrédulos es la profecía, pues sondea y descubre su interior y los hace confesar al Señor.

La asamblea

Finalmente, Pablo, después de evaluar profecía y lenguas, establece normas prácticas para el uso de los carismas en las asambleas comunitarias.

Supone Pablo que todos los participantes en la asamblea comunitaria tienen algo que aportar. Cada uno aporta algo: un salmo, una enseñanza, una revelación, una lengua, una interpretación. El apóstol permite hablar en lenguas a dos o tres, con tal de que siga interpretación y que no hablen a la vez, sino uno tras otro. Lo mismo a los profetas: dos o tres, y que los demás dictaminen si la profecía es de Dios o del enemigo. Si entretanto surge una revelación, que calle el profeta, pues puede controlar su profecía, y dé paso a esa revelación.

Todo debe proceder en paz y en orden, pues Dios es "Dios de paz".

(Leído este último párrafo, y fuera de las hojas transcritas de las revistas Koinonia y Nuevo Pentecostés, añadimos aquí que, dado que no son fenómenos excesivamente frecuentes en nuestras asambleas, simplemente se anime a que cada uno esté a la escucha del Señor para ponerlo al servicio de los demás, pero que siempre se deje al discernimiento de los servidores del grupo cómo ha de realizarse este intercambio de palabra recibida y en qué momento de la oración conviene hacerlo... Tal vez sea un tema que debiéramos comentar entre nosotros.)

DOS ETAPAS INICIALES PARA EL CRECIMIENTO EN EL ESPIRITU

Francisco López¹

Respecto a los hermanos que comienzan a venir a los grupos de oración observamos que hay muchos que desconocen la vida en el Espíritu y que deben descubrirla y empezarla a vivir. Para ellos es necesario un plan de iniciación y de integración.

PRIMERA ETAPA: INICIACION A LA VIDA EN EL ESPIRITU

Esta etapa implica dos aspectos importantes y simultáneos: información y experiencia en la vida del espíritu. Los dos van íntimamente unidos y si atendemos solamente a uno no habrá verdadera iniciación. Es lo mismo que ocurría con el catecumenado cristiano de los primeros siglos, que ponía el acento en la conversación y en la catequesis.

La forma más común de realizar esta etapa es a través del Seminario de las siete semanas sobre la vida en el Espíritu, que de ordinario exigirá que sean más de siete semanas para ampliar y profundizar más en los temas. El Seminario quedará completado con el retiro de dos o tres días, con que acaba, y en el que se recibe la Efusión del Espíritu.

En el Seminario, a la vez que se exponen los temas principales, se va dando información sobre los aspectos más importantes de la vida en el Espíritu: fundamentalmente sobre la Efusión del Espíritu y todo lo que es la R.C., sobre el valor y la práctica de la oración, que deberá ser una de las preocupaciones más importantes del semanista hasta llegar a hallar gusto y facilidad para la oración. La Renovación es fundamentalmente una experiencia del Espíritu a través de la oración. Por tanto al hermano nuevo hay que aconsejarle un tiempo determinado de oración, que al principio debe ser breve para que resulte fácil de cumplir. El dirigente o acompañante debe orientarle y revisarle este compromiso.

Para empezar, es de aconsejar que no se adquieran otros compromisos más que el de la fidelidad a la oración. Si se quieren adquirir otros, que sean de forma que no les perturbe en su vida de oración.

Este compromiso de oración deberá estar animado y protegido con ciertas prácticas ascéticas, por ejemplo, vigias de oración, servicios prestados a los hermanos, obras de misericordia, y hasta el ayuno practicado algún día, pues hay que tener muy presente que la vida del Espíritu es una lucha decidida contra todo lo que representa el mundo, la carne y el demonio (Rm 8,5; Ga5,16). Por esto necesitamos espiritualizar

¹ Koinonia, 27 pp.10-11

nuestro cuerpo, hacerlo ágil y obediente a las exigencias del Espíritu, no en plan de guerra, sino de adiestramiento para la lucha contra las fuerzas del mal y de nuestro propio egoísmo.

Las dificultades que van a encontrar los nuevos van a ser tentación para abandonar el camino emprendido, que es un camino de conversión, personas que califican la Renovación como algo raro o extravagante, falta de tiempo para la oración, desconfianza y dudas sobre la misma Renovación.

Por esto se aconseja que un dirigente o un servidor se encargue del acompañamiento espiritual de los hermanos iniciados y les vaya aclarando las dificultades que se les van presentando. Esto es ya una forma de discipulado en el seguimiento del Señor.

Una vez hecho el Seminario se celebra el retiro para que se llegue a la verdadera experiencia de fe y de vida en el Espíritu. Se ha de procurar prevenir a los nuevos contra las emociones, pues fácilmente se da un engaño al confundir el estado emocional con la experiencia del Señor. Todo lo que sea emocional es muy transitorio y no deja cambio permanente en la persona ni llega a cambiar una vida.

Después habrá que fomentar las convivencias y encuentros para conseguir unas relaciones personales profundas, muy necesarias para el proceso de integración en el grupo. Si se presenta la oportunidad también es bueno asistir a otros retiros o convivencias de otros grupos para un mayor enriquecimiento.

En esta primera etapa no se aconseja dar a los iniciados puestos de responsabilidad en el grupo, por muy admirable que nos parezca su conversión, ya que la falta de conocimiento y experiencia podrían crear problemas tanto para los dirigentes como para el mismo grupo. En cambio sí que pueden ayudar en alguno de los servicios.

Después conviene seguir dando instrucción. A algunos habrá que adiestrarlos en el manejo de la Biblia y enseñarles a gustar y amar la Palabra de Dios que es luz y vida. Será útil, para el que sea posible, asistir a cursillos o cursos completos sobre la Biblia.

También se debe leer libros que completen la formación, literatura sobre la Renovación, sobre la oración, los carismas, la vida espiritual, y hasta utilizar folletos, cassettes, cantos, etc.

En cuanto a la enseñanza se deberá aclarar los temas fundamentales y repetirlos una y otra vez: qué es la Renovación, la oración de alabanza, la intercesión, la liberación y la curación, la oración en lenguas, el bautismo en el Espíritu, las principales tentaciones y dificultades, la necesidad de comprometerse con el Señor y los hermanos y de caminar juntos, etc.

La duración de esta etapa puede llevar un par de años. Los dirigentes discernirán si el hermano deberá pasar a la siguiente.

SEGUNDA ETAPA: INTEGRACION Y CRECIMIENTO

Esta segunda etapa se da cuando el hermano, convencido ya de que este es el camino claro para la realización de su vida cristiana, y habiendo sido orientado y discernido por los dirigentes, desea seguir en su crecimiento de la vida en el Espíritu. Desea formar parte de un grupo en el que se sienta plenamente aceptado, y que pueda integrarse.

Deberá tener ya una cierta garantía de fidelidad a la oración, tanto personal, como de constancia y asiduidad en el grupo.

Aceptará a los dirigentes en sus orientaciones, pensando que el Señor los ha puesto en su camino para su crecimiento espiritual.

Deberá dar muestras de espíritu de servicio y de disponibilidad al grupo. Se deberán fomentar mucho las convivencias en el grupo a fin de crecer en las relaciones humanas con todos y cada uno de los hermanos.

En cuanto a la formación, tendrá como objetivo: el llegar a conocer más profundamente a Jesús y por tanto a su plena aceptación, o mejor, a entregarle plenamente la vida.

Esta enseñanza se puede dividir en los siguientes periodos:

1.-Purificación y desmonte de la fe, hasta llegar a una verdadera liberación de todo aquello que es obstáculo para aceptar a Jesús, como único Salvador y Señor. Podemos seguir unos textos bíblicos que nos presentan los diccionarios bíblicos.

2.-Construcción y fortalecimiento de la fe, mediante la insistencia sobre el terna de Jesús. Conocerlo más profundamente, para terminar con una aceptación de su vida.

3.-De crecimiento en la fe, insistiendo en los temas: frutos y carismas del Espíritu, vida en el Espíritu, lo que supone dejarse guiar por Él y ser llenados de sus dones.

Otros temas que se pueden tratar en la enseñanza son los Sacramentos, y de modo especial la Confirmación.

Al término de cada uno de estos periodos, se deberá tener un retiro, con una celebración o rito de compromiso. Al final del primero con una renuncia especial a todo lo que significa el pecado, el demonio, el mal. En el segundo, haciendo una profesión de fe, con la aceptación de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y al finalizar el tercero, recibiendo el sacramento de la Confirmación, para los que no lo hayan recibido, o renovando la Efusión del Espíritu, o recibéndola por primera vez.

La duración de esta etapa puede ser de dos o más años.

Los hermanos irán sintiendo la necesidad de un mayor compromiso, de un mayor crecimiento en la vida del Espíritu.

Los compromisos de esta segunda etapa serán de una mayor fidelidad a la oración, tanto personal como comunitaria. Más integración en el grupo, más transparencia y espíritu de disponibilidad en algún servicio o ministerio del grupo. También podrán aceptar algunos servicios y compromisos fuera del grupo, como pueden ser en las parroquias, y también habrá que iniciar ya alguna forma de compartir bienes en el grupo.

Estas son las que podríamos llamar etapas iniciales, pues aún podemos distinguir otras dos siguientes: etapa de grupos de profundización y etapa de comunidad de alianza.

MEDIOS PRÁCTICOS PARA CRECER EN LA VIDA DEL ESPÍRITU

Alejandro Balbás Sinobas¹

Todo caminar, como todo desarrollo, supone un punto de partida, un origen. De este modo será un caminar consciente, con sentido y con perspectiva de futuro.

En nuestro caso, por tanto, todo crecimiento en la vida del Espíritu ya supone la vida del Espíritu. Así, al hablar del caminar o del crecimiento, afirmamos una consecuencia lógica y honrada. Suponemos que ha habido un encuentro y experiencia personal, como fuera, con Jesús, que es quien cambia y transforma nuestras vidas por su Espíritu. Afirmamos la efusión del Espíritu Santo y la opción clara y decidida por Jesús para que sea real y personalmente Camino, Verdad y Vida. (Jn 14-6)

Considerando los sacramentos como un encuentro personal y también comunitario con Cristo, se reavivará y fortalecerá dicho encuentro con la eucaristía y el sacramento de la reconciliación por amor, fuerza, oblación y también ante la propia debilidad.

Solamente así podremos hablar de caminar y de crecer. Y es así como nos fundamentamos en la Renovación Carismática, abriendo nuestras vida a la acción del Espíritu Santo para poder ser luz y sal de la tierra, para responder a la llamada urgente de Jesús: "Id, id, id" (Mt 28, 19).

El futuro de nuestros grupos y comunidades está en que sean transparentes de su identidad carismática por la vida pletórica y dinámica de sus miembros.

Partiendo, pues, de Jn 15,5: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de Mí no podéis hacer nada", presentamos los pasos, o medios prácticos, para solidificar, hacer perdurar con eficacia lo que se comenzó, y crecer así en la vida del Espíritu.

1.-ORACIÓN PERSONAL: EL TRATO CON EL SEÑOR

"De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración. Simón y sus compañeros vinieron en su busca; al encontrarle, le dicen: Todos te buscan" (Mc 1,35-37). Estamos ante un modo de orar, que creo atañe a nuestro caso. Siguiendo a Jesús tendremos que levantarnos de lo ordinario, de lo corriente, tal vez de la comodidad, y salirnos de la multitud, del vivir "pagano" de la gente y marcharnos a solas con Dios.

Tendremos que ir donde está Dios. "Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo

¹ Koinonia 27 pp.7-9

escondido; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará” (Mt 6,6). Dios no se deja "atrapar" con nuestras cosas y nuestro bullicio y nuestros líos. Es necesario ir donde está Dios, donde todo es puro y donde se deja oír.

Es decir, Dios ve en lo escondido, en la sencillez de la verdad, donde a uno nada le estorba ni le oculta. Allí habla Dios y da su recompensa.

La oración es Dios con nosotros, que nos recibe y se nos comunica. Dios se desborda en su paternidad, en su amor y también en su llamada.

La oración es poder llamar a Dios Padre y esto es válido en cuanto que nosotros, al estar unidos a Jesús, su único Hijo, hacemos nuestra su oración y terminamos siempre en la voluntad del Padre. Hemos de buscar siempre su voluntad por encima de nuestro bienestar personal.

Así la oración es un don, cuando es movida y guiada por el Espíritu Santo. "El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rm 8,26).

No pequemos de palabrereros que oculten el verdadero rostro de Dios. Él es quien tiene que construir. Por nuestra parte haya una apertura confiada y esperanzada siempre.

Tampoco consideremos la oración como un simple acto piadoso que responda, o bien a una obligación que tengo que cumplir, o bien a un gusto subjetivo. Es Dios mismo quien nos ama, nos llama y quiere construirnos y transformarnos en su Hijo por el Espíritu. Toda la alabanza sea para Él.

Necesitamos orar, pues en este caso del crecimiento la efusión del Espíritu no se agotó ni en los sacramentos ni en el día de la oración de los hermanos. Y es precisamente la oración un medio por el que seguirá derramándose en Espíritu con sus dones y frutos.

2.- EN COMUNIÓN COMO MIEMBROS DE UN MISMO CUERPO

Recuerdo haber leído, creo que de Ralph Martin, que en la Renovación Carismática nada es obligatorio, pero que recibida la efusión del Espíritu no se puede menos de buscar y vivir en grupo, en comunidad.

Es claro que Dios nos quiere caminando unidos. La doctrina de S. Pablo, voluntad de Dios, reflejo de una realidad, es clarísima: Todos hemos sido bautizados con el único Espíritu para formar un solo cuerpo y sobre todos se ha derramado el único Espíritu (1Co 12,13).

Del mismo capítulo 12 de la I Corintios se deduce clarísimamente el objetivo de comunidad. Hablando de la variedad de carismas, dice que, sin embargo, todos proceden del mismo y único Espíritu para la edificación común. Y a continuación habla de la variedad de personas, que teniendo todos el único y mismo Espíritu, han de formar un solo cuerpo.

Creo que todo esto más que ulteriores explicaciones y razonamientos lo que necesita es mucha oración, oración auténtica y llena de generosidad por nuestra parte.

Para que la efusión del Espíritu no resulte nula, es necesario el grupo, la comunidad, que apoye y confirme a los que desean vivir la vida en el Espíritu. Porque tratar de vivir la vida cristiana aisladamente es una forma de espiritualidad egoísta, no del Espíritu. Hablando de la fe, es igualmente nuestro caso, un autor francés, Liégé, dice: "La fe o será fraterna, es decir, vivida en comunidad, o no será fe".

Las relaciones interpersonales constituyen un medio necesario de crecimiento comunitario. Han de ser en nombre del Señor, selladas con su Espíritu y, por tanto, limpias de todo egoísmo, conveniencias o gustos personalistas.

Cada hermano ha de procurar ser hermano de todos los demás. Ello no excluye el que haya que buscar las relaciones siempre que cada uno las necesite para sí. Y entonces, tampoco habrá que esperar a que vayan los demás, amparado en un egocentrismo aislante. Salir de uno mismo es apertura, comunión, comunidad.

El someterse es señal también de comunión y de crecimiento. El sometimiento es fundamental. La vida y el crecimiento de un cuerpo se lleva a cabo contando siempre con el sometimiento de todos sus miembros, que producen la unidad.

Someterse es corresponsabilidad y enriquecimiento mutuo. Someterse es contribuir a la construcción y desarrollo del grupo, del cuerpo de Cristo, según S. Pablo. Someterse es negarse uno a sí mismo, primera condición que pone Jesús a sus seguidores (Mt 16,24).

Someterse es ponerse en actitud de búsqueda y dar con la voluntad de Dios, juntamente con los otros hermanos, prueba de mayor garantía. Libertad sí, la de los hijos de Dios guiados por su Espíritu; independencia no. En comunión. Es un proceso constante y necesario.

3.- COMPROMETIDOS EN EL SERVICIO Y EN EL COMPARTIR

El compromiso es síntoma y expresión de crecimiento. Me refiero ahora al compromiso con los demás hermanos del grupo y sus derivaciones o exigencias. No trato aquí del compromiso expreso y pretendido de evangelizar.

Podemos considerarlo, pues, en una doble dimensión: el servicio y el compartir. Ambas manifestaciones demuestran la seriedad de la opción por Jesús, la fuerza de su amor y la acción del Espíritu.

"Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si Yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como Yo he hecho con vosotros" (Jn 13,13-15). Lo propio del discípulo de Jesús, del que le ha dicho "sí", es seguirle en el servir, en el amar, en el ser útil a los demás.

El servicio desborda los límites de las meras obligaciones y sobre todo si no pasan de ser meramente asistenciales. El servicio supone o exige de nosotros la generosidad, la amplitud de espíritu, el corazón nuevo que se mueve a favor de los

demás y cuya fuerza es el mismo Espíritu. Con sentido de corresponsabilidad los que son movidos por el Espíritu van haciendo de su vida una verdadera prestación personal espontánea. El crecimiento de su vida en el Espíritu se va manifestando en algunos de los más variados servicios que van siendo necesarios en el grupo y que pueden ir desde el preparar el local para la reunión de oración, pasando por un compartir oración, y llegar hasta una asistencia personal. Igualmente se manifiesta colaborando en algún ministerio: música, secretaría, acogida, biblioteca, etc.

Todos estos compromisos, siendo vida, servirán además para una mayor integración en el grupo y para ir descubriendo su propia vocación cristiana dentro de la comunidad.

La otra dimensión del compromiso es la de compartir. Cuando Dios ha irrumpido en un alma, en una vida, es muy difícil guardarlo a solas. Cuando uno busca al Señor de verdad movido por su Espíritu, necesita de los hermanos, de su misma actitud o situación para alabar o dar gracias, para dejarse así construirse por el Señor. El poderse reunir dos o más en el nombre del Señor (Mt 18,20), es una invasión amorosa y de poder del Señor, es una plataforma básica de lanzamiento, de crecimiento.

El apóstol Santiago (5,6) nos enseña a orar juntos e incluso a confesarnos mutuamente nuestras faltas y encontrar así curación. Necesitamos compartir nuestras vidas, pero por encima de la simple, aunque buena, amistad, de la frialdad del acto u obligación.

Pueden darse grupos pequeños de compartir. Pero siempre habrán de ser cauce de crecimiento, no ghettos, y tampoco meta o simple necesidad psicológica. Serían espontáneos e informales.

Para un compromiso más serio y de crecimiento no sólo personal, sino del grupo está el llamado grupo de profundización. Su reunión tendrá como base la oración, la enseñanza y el compartir las propias experiencias de vida. El Espíritu del Señor se ha de mover necesariamente, habiendo un clima de fe y de unidad. Esas vidas en una transformación enriquecedora llegarán a ser una levadura en todo el grupo, crecerá todo él, el Espíritu derramará sus dones, será muy alabado el Señor y otros muchos hermanos podrán descubrir al Señor.

4.- EL ESTUDIO COMO FORMA DE ENSEÑANZA

Nos lamentamos frecuentemente de la ignorancia de los cristianos. Constatamos, por otra parte, los grandes deseos de formación de los hermanos de nuestros grupos. Es que la enseñanza, el estudio, de mil formas, es necesario. Todo grupo sin enseñanza languidece y la persona sin el debido y adecuado estudio no crece.

En el mandato que deja Jesús, según Mt 28,19-20, queda constancia no sólo de hacer discípulos, sino de enseñar cuanto Él les había mandado.

Y ya S. Lucas en los Hechos 2,42 nos dice cómo aquellos primeros cristianos perseveraban en la enseñanza de los apóstoles.

Por eso, Ralph Martin, hablando de esta cuestión, dice que la efusión del Espíritu Santo es tan solo una parte del largo proceso de la formación cristiana. De todo

lo cual se deduce que no es suficiente para crecer en la vida del Espíritu la sola evangelización primera, es decir, la aceptación de la Buena Nueva de Jesús como Señor y Salvador, que también es necesario. Traducido a nuestro caso equivaldría a decir que las catequesis de iniciación para la efusión del Espíritu nunca son una meta, un fin de curso, sino que exigen una enseñanza posterior y constante. En el caso de los primeros cristianos, repito, se dice claramente que perseveraban, acudían asiduamente en la enseñanza de los apóstoles.

Por parte del que enseña habrá de haber discernido sobre las personas y el grupo. ¿En qué situación están? ¿Qué es lo que necesitan? ¿Cómo hay que presentárselo? No caer en el peligro de una bella exposición y poco fruto. La enseñanza ha de ir en orden no de una simple frustración, sino de una profundidad práctica y progresiva, de tal modo que se identifiquen con la enseñanza, queden enriquecidos y se dé una verdadera transformación, aunque lenta, firme.

Todos necesitan enseñanza. En todos ha de haber una preocupación e interés especiales, que han de traducirse en acciones, tiempos, instrumentos, personas, libros, revistas, etc. Es peligrosa la autosuficiencia. No podemos contentarnos con que ya lo sé todo o que ya somos un grupo promocionado. Qué bien que todos los grupos dispusieran de una biblioteca adecuada y que se pudiera preguntar a cada uno ¿qué libro estás leyendo? y nos pudiera contestar favorablemente.

La Palabra de Dios merece una atención especial al tratar del estudio. Uno de los frutos de la efusión del Espíritu es el amor y lectura de la Palabra de Dios. Jesús alababa a los judíos el que estudiaran las Escrituras y les interpelaba a que le descubrieran a Él en ellas, pues daban testimonio de Él, (Jn 5,39). Ningún día sin meditar, sin orar sobre las Sagradas Escrituras.

Glosando 1Tes 2,13, en la Palabra de Dios hemos de ver y reconocer al mismo Dios que habla. No es palabra de hombre, no es mera idea o doctrina, sino vida de Dios, el Hijo de Dios, la Fuerza de Dios, el mensaje de Dios de salvación revestido de palabra humana.

Por nuestra parte sea bien acogida para que sea operante (Is 55,10-1). Oremos personalmente con la Biblia y su lectura sea, a su vez, oracionada. Acudamos a la Biblia, a Dios, en nuestra circunstancia difícil, en nuestro problema agobiante o encrucijada de indecisión. El nos dará su Palabra. Sepamos también mostrar a otros la riqueza de la Biblia que es revelación de Dios y revelación del hombre.

Para vivir, para crecer y luchar, sea según Jer 15,16: "Cuando recibía tus palabras (Yahvé), las devoraba; tu palabra era mi gozo y mi alegría íntima; yo llevaba tu nombre, Señor, Dios de los ejércitos".

EL ESPÍRITU Y SUS DONES

Juan Manuel Martín-Moreno, S. J.¹

La especulación teológica medieval construyó sobre la arena movediza de una exégesis arbitraria de un texto de Isaías un grandioso edificio doctrinal sumamente elaborado, acerca de los siete dones del Espíritu Santo. Los materiales bien endeble con los que se llevaba a cabo esta construcción consistían en aplicar el análisis de objetos formales a cada uno de los dones mencionados en el texto.

Si a esto se suma que había que dejar espacio para la gracia santificante, las gracias actuales, las siete virtudes infusas y los doce frutos del Espíritu, nos vemos un poco perdidos en una jungla conceptual muy lejana de nuestra sensibilidad moderna y bien lejana también del mundo de nuestras experiencias del Espíritu.

¿Quiere decir esto que toda aquella construcción teológica es algo inservible que haya que relegar a la historia? Pensamos que no. De las ruinas de aquel edificio que hoy día no puede tenerse en pie, podemos rescatar elementos e intuiciones muy valiosas para una mejor comprensión de nuestra experiencia del Espíritu y de nuestra vida de transformación en Cristo. Esto es lo que pretendemos hacer en estas breves líneas, a la manera como de las ruinas de los antiguos templos se han aprovechado columnas y materiales para integrar en nuevas construcciones enmarcadas en el estilo de la nueva época.

I.- El texto de Isaías

Decíamos que la piedra angular de aquel edificio doctrinal sobre los siete dones del Espíritu Santo era el texto de Isaías 11, 1 -3 a:

"Saldrá un vástago del tronco de Jesé y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el Espíritu de Yahvé: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahvé. Y le inspirará en el temor de Yahvé".

En el texto hebreo original sólo aparecen seis dones, estando repetido dos veces el temor de Yahvé. El séptimo don, o don de piedad, sólo aparece en la traducción griega de los LXX y en la Vulgata latina. Es sólo apoyándose en estas traducciones como el texto ha podido servir de fundamento para una teología de los siete dones.

Además, el texto de Isaías tiene un sentido mesiánico, y se refiere primariamente al futuro Rey que establecerá el perfecto Reinado de Dios. Los dones del Espíritu son dones del Mesías, y por eso el Nuevo Testamento aplicará este texto a Jesús en el momento de su unción mesiánica, al ser bautizado en el Jordán (Mt 3,16; Mc 1,10).

Sólo en un sentido muy secundario se puede aplicar este texto a los cristianos, en la medida en que participan del don de Jesús Mesías y concurren por su vocación a

¹ Koinonia, 26 pp.8-10

realizar el Reino de Dios. Pero aquí hay una nueva dificultad. En el texto de Isaías se habla de dones del Espíritu para la tarea de la construcción del mundo y la sociedad nueva. En cambio en la teología clásica los siete dones tenían como finalidad la santificación personal, y se contraponían a los carismas que eran los que sí ayudaban para la construcción de la nueva comunidad.

Por todo ello vemos que el citado texto de Isaías mal puede dar pie para una teología de siete dones de santificación personal de cada cristiano. Prescindiremos de este texto y reflexionemos sobre otros textos bíblicos que nos parecen más relevantes para el tema. Prescindiremos de numerar los dones, del número siete o de cualquier otro número concreto, y no trataremos de delimitar con exactitud el área correspondiente a cada uno de ellos.

II.- Si conocieras el don de Dios

Antes de hablar de la pluralidad de los dones convendría fijarse en todo el poder de sugerencia que tiene el término don, regalo. En el discurso de Pedro el día de Pentecostés se exhorta a la multitud: "Que cada uno se haga bautizar y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hch 2,38). Se nos habla del don así, en singular, ese don del agua del Espíritu del que Jesús hablaba también en singular a la Samaritana: "Si conocieras el don de Dios..." (Jn 4,10).

Antes de diversificarse en un haz de dones concretos, el gran don de Dios es su mismo Espíritu, que nos viene dado como manifestación de su amor y de su generosidad. De la misma manera que el rayo de luz blanca, al refractarse en el prisma, da lugar a un haz de diversos colores, así también el don del Espíritu en nosotros se diversifica en un haz multicolor de dones concretos. Pero el mayor regalo que una persona puede hacer es el don de sí. Y esto es lo que hace el Padre con nosotros, infinitamente mejor que esos padres que siendo malos saben dar cosas buenas a sus hijos (cf. Mt 7,11). "El que nos entregó a su propio Hijo, ¿cómo no nos dará todas las otras cosas juntamente con El?" (Rm 8,32). Padre e Hijo nos hacen donación de su mismo Espíritu por el que son Uno, para hacernos vivir de su misma vida.

Pero para acoger el don de Dios hace falta una conversión previa. Hace falta estar abierto a recibir. Una espiritualidad demasiado voluntarista ha centrado todo en el esfuerzo del hombre, en el mérito humano, en el precio que pagamos para recibir los dones de Dios. La Renovación Carismática quiere subrayar la gratuidad del don divino. La sociedad nos envuelve en sus hábitos mercantilistas. Las cosas valen por lo que cuestan. Estamos habituados a pensar que lo que no cuesta no tiene valor. Por eso hay que convertirse para apreciar el don de Dios. Hay que llegar a comprender que las cosas verdaderamente valiosas no cuestan nada, que una puesta de sol es más bella que el más lujoso espectáculo. ¿Qué hay tan valioso como el aire? Sin embargo no cuesta nada. Ahí está gratis; sólo hace falta abrir los pulmones para acogerlo. ¿Qué hay tan valioso como el agua? Ahí está gratis, siempre dispuesta a satisfacer nuestra sed.

Pero habitualmente apreciamos las cosas por su precio o por nuestro esfuerzo en conseguirlas. Y hay que convertirse de esta actitud, para poder conocer el don, apreciarlo y acogerlo en su gratuidad. Y para acoger la vida como don gratuito hay que sentirse pobre y renunciar definitivamente a nuestros esquemas mercantiles en nuestro trato con Dios. "¡Oh, todos los sedientos venid por agua, y los que no tenéis plata, venid, comprad y comed sin plata, y sin pagar, vino y leche. ¿Por qué gastar plata en lo

que no es pan y vuestro jornal en lo que no sacia?" (Is 55,1-2). Venid al mundo nuevo en el que no hay dinero, en el que "todo es gracia".

El concepto de gratuidad viene reforzado por el término infuso que la teología medieval aplicaba a los dones del Espíritu. Infuso quiere decir infundido, derramado, y hace alusión al agua derramada en el bautismo, que es el momento en que recibimos estos dones. Junto con el agua que se derrama sobre nuestras cabezas, son derramados los dones del Espíritu. Y este concepto de infusión se opone radicalmente a cualquier idea de adquisición, de logro, de compra o de mérito.

Se oponen estos dones infusos a las virtudes que uno puede ir adquiriendo poco a poco a base de ejercicio, de constancia, de ascética, de esfuerzo humano. Hay evidentemente en la vida unas virtudes que vamos adquiriendo poco a poco como fruto de nuestro esfuerzo. Pero no nos referimos a ellas al hablar de los dones, sino a un regalo gratuito de quien "nos amó primero". "Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios; tampoco viene de las obras para que nadie se gloríe." (Ef 1,8-9).

III.- Dones de Santificación

Otro elemento válido e iluminador de la teología medieval era la distinción que hacía entre los dones santificantes (los siete dones) y los carismas o gracias "gratis datae". Según esto habría que distinguir, en el plano de la gracia, unos dones preferentemente destinados a la santificación personal del cristiano, y otros destinados a la edificación del cuerpo de la Iglesia (carismas).

No conviene insistir demasiado en esta diferencia, ya que se da una relación mutua entre ambos. Una persona santa (interiormente abierta a la acción del Espíritu) será forzosamente un instrumento más apto para acoger los carismas en la tarea de la construcción de la Iglesia. Sin embargo sí puede ser útil señalar la diversidad de funciones entre dones y carismas.

Hay que resaltar primariamente la llamada del cristiano a la santidad. ¿Qué es santidad? En el Nuevo Testamento santidad significa consagración. Los santos son aquellos que están consagrados para el servicio de Dios. El Santo de Dios es Jesús, consagrado por el Padre, sellado con la unción del Espíritu, para realizar la misión salvadora que el Padre le confió. El cristiano en su bautismo es también escogido, consagrado por el Espíritu para asimilarse a Cristo, revestirse de Cristo, conformarse a su imagen. El ideal de santidad es entrar en el misterio pascual de Jesús, en su profunda actitud de despojo interior para la entrega al amor de los hermanos. Santidad es emprender el éxodo que nos saca de este mundo y sus criterios, para vivir a la luz de las bienaventuranzas: "A los que de antemano conoció los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera El el primogénito entre muchos hermanos" (Rm 8,29).

El Espíritu Santo nos consagra con sus dones, nos aparta para una dedicación exclusiva al servicio de Dios, nos reviste de la misma entrega de Cristo por amor, y nos da un corazón nuevo, manso, pobre y limpio, hambriento de justicia, paciente y misericordioso, instrumento de paz. Y esta acción del Espíritu se interioriza en el hombre. Además de las llamadas gracias actuales o inspiraciones pasajeras, hay en el

hombre nuevo una disposición permanente de docilidad de prontitud para dejarse moldear según la imagen de Jesús. Es como una segunda naturaleza.

La santidad es una vocación, una llamada que tiene su propio dinamismo, que se va desplegando en el tiempo y va creciendo “hasta llegar al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud en Cristo” (Ef 4.133). Es un proceso en el que nos vamos despojando del hombre viejo y revistiendo del nuevo.

Pues bien, todo este proceso y dinamismo tiene dos polos: uno exterior al hombre, que son las gracias y ayudas concretas que vienen de Dios, y otro interiorizado dentro del cristiano, que son los dones como capacidad de respuesta, como facilidad y agilidad del hombre interior para dejarse conducir por el Espíritu en su tarea de recrear en nosotros el hombre nuevo. Esta facilidad y capacidad permanente de respuesta interior en sus diversos aspectos es lo que llamamos dones del Espíritu Santo.

IV.- Docilidad al Espíritu

Definíamos, pues, los dones como docilidad interior y permanente a la obra del Espíritu en nosotros. Decíamos que esta actitud no es adquirida sino infusa, otorgada. Podemos explicarla mejor con algún ejemplo.

Hay personas que nacen con buen oído y con una capacidad especial para gustar la música. Este buen oído no se puede adquirir ni aprender, y no es fruto de mucho trabajo o de muchos estudios. Se nace con él; es un don de la naturaleza, que capacita al hombre para gustar la música, para componer melodías nuevas o interpretarlas. Es un don permanente, habitual que hay que distinguir de los momentos pasajeros de inspiración para componer una melodía. La inspiración es pasajera, pero la facilidad para la música es habitual.

En la vida del Espíritu ocurre algo semejante. ¿Por qué hay personas que se aburren habitualmente en la oración, a quienes la Biblia no les dice nada, incapaces de vibrar o emocionarse ante la belleza de las bienaventuranzas, torpes para captar la vocación o los impulsos con los que Dios quiere ir conduciendo su vida? En el fondo es la carencia de los dones del Espíritu la que lleva a esta situación de pasividad y aburrimiento, semejante a la que siente en un concierto un hombre que no tiene ningún interés ni facilidad para la música. Tardos de corazón para creer (Lc 24,25), incapaces de comprender las cosas que son de arriba (Un 3,12), sin sentido del misterio, sin capacidad de maravillarse y extasiarse. Lo que ocurre sencillamente es que “el hombre animal no tiene sensibilidad para el Espíritu.” (1Co 2,14). Es romo, zafio, insensible, tosco, superficial. Se aburre, bosteza, no capta los matices, no es capaz de ilusionarse. En el fondo es que no hay en él esa sensibilidad, ese don interior que le haga vibrar y resonar en armonía con la acción del Espíritu.

En cambio el hombre espiritual muestra una gran connaturalidad con las mociones espirituales, que conlleva facilidad, gusto, agilidad, sensibilidad a los detalles, perspicacia, agudeza intuitiva, profundidad, docilidad y abandono. Son estos dones interiorizados los que posibilitan que el hombre pueda responder de una manera dinámica y crecer en santidad, es decir, irse asimilando progresivamente a Cristo.

En los picaderos distinguen entre caballos de boca dura, a quienes hay que regir con un grueso hierro en la boca (bocado), y los caballos finos a quienes se rige con un

finísimo hilo de metal (filete) y son sensibles al más suave tirón de las riendas. Es de esta docilidad habitual al Espíritu de la que estamos tratando.

V.- Diversidad de dones

¿Por qué hablar de dones así, en plural? Hasta ahora sólo hemos hablado de palabras en singular: docilidad, sensibilidad, etc... ¿En qué sentido podemos hablar de los dones en plural, de docilidades, sensibilidades, etc?

Sin insistir en el número siete, ni tratar de diversificar los dones con precisión según el criterio de sus objetos formales, sí podemos decir que esta actitud de docilidad puede recibir diversos nombres, al ser aplicada a las distintas áreas o aspectos de nuestra vida en las que se ejercita la acción del Espíritu.

Encontramos personas sencillas que sin muchos estudios han llegado a una comprensión muy profunda de los misterios del Reino. Hay en ellos una inteligencia natural. Ese es un don del Espíritu.

En otras personas encontramos un don especial para saborear las cosas de Dios, para asombrarse ante sus maravillas, para gustar contemplativamente la alabanza, la música y la poesía de la oración. Es otro don del Espíritu.

En otras personas encontramos un gran don para discernir interiormente las mociones del Espíritu y los signos por los que Dios nos muestra su voluntad en nuestra vida. En otras detectamos una gran capacidad de ilusión por el programa evangélico, y una gran creatividad para concretarlo en formas renovadas y en dar sentidos proféticos nuevos a la propia existencia bajo la acción del Espíritu.

De alguna manera podemos decir que hay una gran variedad de dones de santificación personal: sensibilidad para captar los valores de la castidad consagrada; sensibilidad para vibrar emocionalmente ante un compromiso radical de pobreza evangélica; docilidad al Espíritu para transformar situaciones de intenso dolor o humillación en signo de amor y misericordia...

Verdaderamente "cada uno recibe de Dios un don particular, éste de una manera, aquél de otra" (1Co 7,7). Así como en la llamada a construir la Iglesia hay distintos carismas para distintos individuos, así también en la llamada a la santidad hay diversas vocaciones a encarnar algún aspecto especial de Cristo, a especializarse en su actitud contemplativa, en su misericordia, en su amor fiel en medio del sufrimiento etc... A cada Una de estas vocaciones corresponde un don del Espíritu que prepara y capacita para responder activamente a las diversas mociones que SC irán dando a lo largo del proceso de crecimiento en Cristo.

Distinguían también los teólogos entre dones y virtudes. Quizás esta distinción pueda parecer demasiado sutil, pero quiero recogerla porque nos ayuda a ilustrar algo muy importante. Según esta teología las virtudes nos disponen para poder actuar conforme al dictado de la razón. En cambio los dones nos disponen para actuar conforme a los dictados del Espíritu Santo. Hay algo muy importante en esta distinción. Pone de manifiesto que la acción del Espíritu, aunque nunca sea absurda o antirracional, sí desborda con mucho los límites de la razón. Los santos han llegado a hacer cosas a las que nunca hubieran llegado por el solo ejercicio de su razón.

En el caso del discernimiento espiritual, por ejemplo, S. Ignacio de Loyola distingue dos momentos en que entran en juego distintas capacidades del hombre. En un primer momento se sopesan los pros y los contras a favor de una u otra opción en cualquier alternativa que se nos presente, y todo ello según la luz de la razón. Aquí estaría en juego la virtud de la prudencia. Pero hay un segundo momento en que se captan las mociones concretas del Espíritu por vía de signos, diversidad de espíritus, consolaciones o desolaciones, intuiciones que ya no pueden ser discernidas por la razón humana. La capacidad para este discernimiento nos viene de un don especial del Espíritu. Lo entenderemos mejor con un ejemplo. La razón es apta para captar tan solo aquellos mensajes que llegan en una cierta- frecuencia dentro de una banda determinada, Pero hay mensajes de Dios emitidos en unas frecuencias que no corresponden a la banda de la simple razón. Necesitamos un receptor equipado con una banda especial para estas frecuencias. Los dones del Espíritu son esta banda especial que nos capacita para captar frecuencias que escapan a la simple razón.

“El Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios... Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales hablamos también, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales. El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios: son necedad para él. Y no las puede conocer, pues sólo espiritualmente pueden ser discernidas" (1Co 2,10.12-14).

Son los dones del Espíritu los que nos constituyen, por tanto, en hombres espirituales, capaces de sondear hasta las profundidades de Dios (v. 10), "captar las cosas del Espíritu de Dios" (v. 14) y no "naturalmente" (v. 13) ni "con una sabiduría humana" sino con una nueva sensibilidad recibida de Dios por todos cuantos tenemos la mente de Cristo”

ASPECTOS A PONTENCIAR EN LA EFUSION DEL ESPIRITU

LUIS MARTIN¹

La R.C. tiene como punto de partida la Efusión del Espíritu Santo. Es una experiencia espiritual que caracteriza toda la vida, marcando una nueva orientación a través del despertar a la realidad de Dios.

Se trata de un encuentro personal con Cristo glorificado, el cual derrama su Espíritu de una manera nueva y en mayor abundancia.

Cierto que desde el primer momento de nuestra incorporación a Cristo por los Sacramentos de la iniciación cristiana ya habíamos recibido el don del Espíritu Santo y quedamos convertidos en sus templos. Desde entonces el Espíritu, si nos mantenemos en la gracia bautismal, vive en nosotros como en un templo. Sin embargo no siempre se manifiesta en nuestra vida: puede haber dureza de corazón, infidelidad, o determinados obstáculos por nuestra parte.

A esto se añade que quizá la educación cristiana que recibimos no haya conseguido hacernos madurar y despertar a la presencia del Espíritu y llevarnos al encuentro personal con Cristo. La consecuencia es que la vida del Espíritu se desarrolla muy pobremente en muchos cristianos. Lo que tendría que ser la tónica corriente en los cristianos: caminar y vivir la vida del Espíritu intensamente, tal como testifican las epístolas paulinas, especialmente Romanos, Corintios, Gálatas y Efesios, así como los Evangelios y el Libro de los Hechos, se ha convertido en excepción, en algo que parece que no fuera para todo cristiano.

La relación con el Cristo Resucitado, de seguimiento, de amistad, de fidelidad no llega a darse plenamente.

Aún en muchos de los que nos hemos sentido llamados a seguir más de cerca a Cristo en la vida consagrada, en el ministerio, en la vida apostólica, se pueden dar decaimientos, retrocesos, abandono de la vida espiritual y hasta vida de rompimiento con El o de infidelidad constante. Las alternativas por las que se puede pasar son tantas como individuos: cada uno somos un caso distinto tanto en la vida de alejamiento de Dios como en el seguimiento de Cristo.

La nueva efusión del Espíritu que se recibe después de haber hecho el Seminario de Vida en el Espíritu, renueva y actualiza de forma muy personal la gracia recibida en los Sacramentos de la iniciación cristiana, así como la vocación específica y la gracia del estado de vida. Entre otras cosas podemos decir que rompe la dureza del corazón y libera de trabas que impiden el desarrollo de la relación con Cristo, aportando cierta liberación interior.

¹ Koinonia, 59 pp.10-12

De los muchos frutos de la Efusión del Espíritu aquí nos interesa resaltar la conversión interior o transformación espiritual, y como consecuencia, el compromiso personal con Cristo.

LA CONVERSION

Lo decisivo en la vida de todo cristiano es mantener y vivir siempre la conversión a Jesús, que, en principio, se configuró y se hizo realidad en el Sacramento del Bautismo.

La conversión no siempre se mantiene firme. Se puede ser un cristiano comprometido y ferviente, o se puede estar alejado de la práctica sacramental, o influenciado más por ideologías que por la mentalidad cristiana.

La vida cristiana se robustece y alimenta con la vida sacramental, la oración, la participación en la vida eclesial a través de la comunidad de fe en la que vive.

El Seminario de la Vida en el Espíritu está orientado a suscitar, renovar o aumentar y consolidar la conversión, centrando al cristiano en el reconocimiento y aceptación de Jesús como Salvador y Señor de la propia vida, el cual nos comunica su Espíritu, fuente y principio dinámico de la vida cristiana.

Toda la actividad del Seminario, oración, catequesis, celebraciones de penitencia, de curación, intercesión, compartir en grupos, hasta culminar en la Efusión del Espíritu, ha de recalcar esta conversión y se ha de centrar en ella. El Seminario es ante todo un camino de vida espiritual intensa que se va recorriendo. Las catequesis de cada una de las siete semanas han de contribuir a ayudar al participante a recorrer este camino, es decir, a que se desarrolle en él, por la acción del Espíritu, esta conversión fundamental.

Como método de catequesis de adultos, está orientado esencialmente a renovar el compromiso bautismal y el don del Espíritu que allí se recibió. El método es poco más o menos llevar al participante por los mismos pasos por los que debería caminar si se tuviera que preparar ahora para recibir el Sacramento del bautismo. Llevándolos por el mismo camino se trata de revivir, o mejor dicho, de tomar conciencia, y por lo tanto renovar, la conversión cristiana.

El método más adecuado sería que el enfoque y organización del Seminario se conforme en lo posible al Ritual de la Iniciación Cristiana de adultos, en el cual la Iglesia sigue una forma muy concreta de instrucción y maduración.

Allí hay "grados" o etapas, "mediante las cuales el catecúmeno ha de avanzar". El primer grado o etapa es cuando el catecúmeno se enfrenta con el problema de la conversión; en el segundo grado, madurando ya la fe y finalizado casi el catecumenado, es admitido a una preparación más intensa de los sacramentos, para pasar luego al tercer grado, cuando acabada la preparación espiritual, recibe los sacramentos con los que comienza a ser cristiano.

Nuestro Seminario de Introducción a la Vida en el Espíritu tiene también una primera parte centrada en la conversión, en la que se enmarca el arrepentimiento y la renuncia del mal.

La conversión o cambio interior se ha de configurar o materializar en una decisión fundamental que se toma por el Señor. Esta decisión, que, usando otros términos, es un rendirse ante el Señor, entregarle la propia vida o hacer una opción seria por El, no hay que suponerla. Hay que suscitarla y fomentarla de forma que se haga libre y consciente y sea el comienzo de una nueva relación con Dios.

A esto preparan dos ritos importantes de la celebración bautismal, de donde se ha tomado la renovación de las promesas bautismales, tal como se suele hacer en la Vigilia Pascua y en otros momentos importantes de la vida del cristiano. Aquí hay que darles una importancia grande como presupuesto para recibir la Efusión del Espíritu: son la renuncia al mal y la profesión de la fe.

LA RENUNCIA AL MAL

La renuncia al mal es una forma de tomar conciencia del propio pecado, de exteriorizar el arrepentimiento, apartarse de cultos extraños y abandonar ciertas formas paganas de vida abiertamente opuestas al espíritu de Cristo.

La renuncia puede ser a la droga, al alcoholismo, a tales vicios o desordenes, a tal forma de vivir, a cualquier práctica de ocultismo, espiritismo, cualquier forma de culto exotérico, a pecados graves contra la justicia, contra la Iglesia, a los pecados de escándalo, etc.

A veces no son cosas tan graves, pero que constituyen un estorbo importante, como puede ser el caso de una actitud de rencor, no perdonar a alguien, desobediencia deliberada, vida familiar desorientada.

En el Ritual de la Iniciación Cristiana de adultos esta renuncia se realiza en diversos momentos por medio de los exorcismos, de los cuales, unos que son más graves se hacen en el rito de entrada en el catecumenado, de manera especial allí donde están en boga los cultos de las religiones no cristianas y de las artes mágicas (Ritual ns. 78-82), y otros se hacen durante el catecumenado, en cada uno de los tres escrutinios, y son los exorcismos menores, que "ordenados de modo deprecatorio y positivo, muestran ante los ojos de los catecúmenos la verdadera condición de la vida espiritual, la lucha entre la carne y el espíritu, la importancia de la renuncia para conseguir las bienaventuranzas del reino de Dios y la necesidad constante del divino auxilio" (Idem ns. 101, 109-118; 164; 171; 178). Todavía al llegar el momento del bautismo habrá otra renuncia en forma de diálogo.

En el Seminario de la Vida en el Espíritu esta renuncia tiene un lugar muy adecuado en el marco de una celebración penitencial, sacramento de conversión, de arrepentimiento y de curación interior.

Implica rechazar las normas anticristianas del mundo, el concepto pagano de la vida, aceptar y seguir el camino que Jesús nos presenta, como discípulo o seguidor fiel.

Esta celebración, si se prepara bien y se le da toda la importancia que tiene, será el momento de una gran liberación interior, de purificación, de encuentro con el Señor en su misericordia, y al mismo tiempo para muchos un descubrimiento de la acción profunda de este Sacramento.

LA RENOVACION DE LA FE

La renovación de la fe es de gran importancia en el proceso de la conversión. Se trata de tomar conciencia de lo esencial de la doctrina que Jesús nos ha revelado, lo cual constituye la fe de la Iglesia y que yo he de asumir plena y conscientemente como mi propia fe, como el apoyo y soporte de toda mi vida.

En el Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos, en el segundo periodo después de haber pasado por los escrutinios, vienen las "entregas" por las que se confía a los elegidos el Símbolo y la Oración dominical, las cuales "tienden a la iluminación de los elegidos. En el Símbolo, en el que se recuerdan las grandezas y maravillas de Dios para la salvación de los hombres, se inundan de fe y de gozo los ojos de los elegidos..." (Ritual no 25).

Al hacer la entrega del Símbolo la Iglesia dice: "escuchad las palabras de la fe, por la cual recibiréis la santificación. Las palabras son pocas, pero contienen grandes misterios. Recibidlas y gustadlas con sencillez de corazón".

En el Seminario de la Vida en el Espíritu la renovación de la fe para unos puede ser el abandono de una conciencia más o menos nebulosa de Dios o de un Dios lejano e inconcreto, para acercarse al Dios vivo de la revelación, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, el Dios con el que llegamos a vivir una relación filial, a través de Jesús y por la acción de su Espíritu.

La renovación de la fe implica también corregir o renovar nuestra visión distorsionada de la Iglesia, o curarnos de nuestro rechazo, abandonando el falso concepto de Iglesia en que estábamos, para empezar a verla y amarla como el Cuerpo de Cristo en la que me siento como miembro vivo.

La renovación de la fe podría ser el momento de descubrir más en profundidad el Credo, no sólo como algo puramente intelectual, sino como verdades de vida, y por tanto también como medio de oración. La Iglesia nos ha dicho sobre sus palabras: "recibidlas y gustadlas". Esto parece que se ha olvidado, y para muchos cristianos son palabras que resultan extrañas, sin acertar a comprender ni a gustar, pero en la tradición de la Iglesia siempre ha sido una forma de oración el decir el Credo. Y en verdad, es una oración profunda, eficiente, y al mismo tiempo de alabanza a Dios.

Recitar en nuestra oración personal pausadamente el Credo es hacer tres cosas importantes al mismo tiempo:

a) **responder sí a la Palabra de Dios**, que aquí es cada una de las verdades fundamentales de la fe que El Dios con el que llegamos a vivir una nos ha revelado, tal como se encuentran en su palabra, y que la Iglesia nos resume en fórmulas muy precisas y concretas. Es por esto una gran oración de alabanza.

b) **afirmarme en mi fe**, que no ha de ser otra más que la fe de la Iglesia, la cual para mí va a ser base y soporte de mi relación con Dios. Reafirmarme por tanto, en el verdadero concepto y visión de Dios, Dios con un rostro muy personal y concreto, Dios Padre, Dios Hijo y con todo lo que por nosotros ha realizado en la Encarnación y en la Redención, Dios Espíritu Santo. Adherirme profundamente a la Verdad que Jesús nos ha revelado, a pesar de que todo a mi alrededor trata de apartarme de la fe.

c) **aceptar así, en su Palabra, a Jesús**, lo cual me justifica con Dios, pues por la fe me entrego a El como a la única fuente de salvación. Si Dios ha hablado por medio de su Hijo, a El hay que creer, y después de El, al Kerygma del Evangelio predicado por los Apóstoles, que llega a nosotros a través de sus sucesores (la Iglesia). Esta fe en el nombre de Jesús, el Cristo, el Señor, el Hijo de Dios, compromete todo mi ser mediante la unión con Cristo Resucitado y me otorga su santo Espíritu.

Es la "justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen" (Rm 3,22). "La Promesa es otorgada a los creyentes mediante la fe en Jesucristo" (Ga 3,22.14).

"El que escucha mi Palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida" (Jn 5,24).

"La obra de Dios es que creáis en el que El ha enviado" (Jn 6,29).

"En verdad, en verdad os digo: el que cree, tiene vida eterna" (Jn 6,47).

"Yo, la luz, he venido al mundo para que todo el que crea en mí no siga en las tinieblas" (Jn 12,46).

"Si alguno guarda mi palabra no verá la muerte jamás" (Jn 8,51).

"El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás" (Jn 11,25-26).

Esta es la fe que me salva.

La renuncia al mal, o arrepentimiento, cambio de corazón, y la renovación de la fe o aceptación de la Palabra de Dios, son la sustancia de la conversión, el fundamento de una vida nueva, la vida en el Espíritu que ha de ir creciendo cada vez más.

EL SERVIDOR DEL GRUPO EN LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA

Grupo Coordinadora de Bizkaia¹

San Pablo nos dice que "quien aspira a un cargo de responsable (dirigente) no es poco lo que desea"(1Tim.3,1). En este mismo capítulo encontrareis doctrina segura sobre el tema. Hemos dicho muchas veces que el responsable o servidor o dirigente tiene una función clave en la marcha del grupo. De su gestión depende en gran medida que el grupo viva o no aquello a lo que el Señor le llamó.

A veces, dada la realidad y la "pobreza" de nuestros grupos, rebajamos en mucho aquello que hubiéramos de pedirle al servidor o responsable. Al final optamos por "soluciones de compromiso" que para nada ayudan a los grupos en su crecimiento, antes al contrario, vemos situaciones de progresiva decadencia de los mismos. Creemos que no se puede ser servidor a cualquier precio. O se sirve al Señor honradamente, o es mejor no aceptar aquello que no se puede o no se está dispuesto a dar, tal como el Señor necesita.

Estas serían, **doctrinalmente, las cualidades** que habríamos de buscar en alguien a quien ponemos como servidor en nuestros grupos:

- Primero de todo, que sea un **hombre/mujer de fe**. Que sea un buen creyente, y que su fe esté lo suficientemente madura. No podemos poner como dirigente de un grupo a un "recién convertido", por muy espectacular que haya sido la acción de Dios en él. Habrá que dejar pasar un tiempo prudencial para que su fe se vaya asentando y alcance la madurez necesaria para el servicio de los otros. Que sea, pues, una persona de oración.
- Que **conozca a fondo la Renovación Carismática**. Lo dicho en el punto anterior con respecto a la fe lo podemos repetir aquí con respecto a la Renovación. Un "recién llegado" nunca será la persona más idónea para el servicio del grupo. Sea quien sea y tenga los títulos que tenga. Es importante conocer el plan de Dios dentro de la Renovación para poder servirle en ella, y esto requiere tiempo. No hay por qué tener prisa.
- Que sea una **persona disponible**. El servicio requiere entrega, dedicación y una actitud de ir siempre por delante. El pastor que quiere conducir al grupo en el nombre del Señor no puede ir nunca por detrás del mismo, sino por delante, y tirando de él. Si sus otras ocupaciones no le dejan disponibilidad para la animación del grupo (dígase asistencia asidua a la oración del grupo, a los retiros que el grupo organice, etc.) y para ser su pastor (dígase velador por la salud espiritual de su grupo, por su formación), o si no encuentra aún la capacidad de decir no a otras cosas, a otros compromisos, a otros grupos para disponer de ese tiempo para el suyo propio, creemos que es mejor que no sea responsable. Así de sencillo.

¹ Notas preparadas para la lección de servidores en los grupos de Bizkaia

- Que sea una persona **equilibrada humana y religiosamente**. Que tenga el suficiente sentido común como para esperarse de ella un correcto discernimiento. Que no sea, por lo tanto, una persona que en su vida cotidiana, tanto a nivel social como religioso, tenga señalados conflictos.
- Ha de ser una **persona con autoridad**: respetada y aceptada por los demás. La autoridad no significa que sea "el dueño del grupo", sino que tenga la suficiente consideración dentro de él como para que su palabra tenga el peso necesario para poder conducirlo.
- Que sea alguien con **capacidades de acogida** de los demás y **generador de la unidad** entre todos los miembros del grupo. Que fomente los carismas de cada uno, pero que ayude a que sean ejercidos para el bien común. Que en medio de las más que probables tensiones y conflictos sea ser generador de reconciliación y de paz.
- Que sea, por último, una persona una **persona eclesial**, generadora de unidad entre su grupo y otros grupos de la Renovación, tanto en la región como a nivel nacional, y también con otros grupos de la Iglesia diocesana en la que vive.

Sabemos que hay mucho más que decir. Y también sabemos de las dificultades reales de los grupos. Sin embargo, entendemos que la Renovación es obra del Señor y que hemos de hacer cuanto esté en nuestra mano para no defraudarlo.

Oremos a María, la Madre de Jesús y de la Iglesia, y oremos al Espíritu de Dios para que no deje de darnos pastores que nos lleven al Señor.

EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL MEDIO DE CRECIMIENTO

Xavier Quincoces i Boter¹

"Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos". (Lc 24,13-15)

San Lucas empieza y termina su Evangelio con dos experiencias maravillosas de acompañamiento espiritual.

La primera la tenemos en Lc 1,39-45: "En aquellos días se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Cuando oyó Isabel el saludo de María saltó de gozo el niño en su seno, e ¡sabe! quedó llena del Espíritu Santo; y exclamando con gran voz dijo: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!"

María a impulsos del Espíritu Santo lo deja todo, y en el momento oportuno, cuando Isabel la necesitaba, se dirige a su casa para ayudarla, para acompañarla.

La segunda experiencia está en Lc 24,13-35: es el texto, con el que hemos encabezado este artículo, de los discípulos de Emaús. En este pasaje vemos en Jesús todas las cualidades del acompañante ideal, como se dirá al final de estas líneas. Jesús se acerca a ellos en un momento muy decisivo, sin ruido, con dulzura, los acepta como son, les pregunta, les escucha, no se impone... y provoca en ellos una oración de petición: "Quédate con nosotros" (Lc 24,29).

LA ACOGIDA, EL PRIMER ACOMPAÑAMIENTO

Si observamos un grupo de oración durante varias semanas, posiblemente veremos algunas personas que acuden una o dos asambleas de oración con un interés evidente y faltas de acogida, regresan a sus casas con una serie de preguntas que posiblemente no podrán ser contestadas, pues nadie se ha acercado a ellos. Estas personas terminan por dejar de asistir al grupo. Otras, haciendo un acto de fe en Dios y de confianza en la oración, se deciden a hacer el Seminario de iniciación, encuentran un equipo que las atiende durante estos días y normalmente piden la efusión del Espíritu. Pero si falla el acompañamiento difícilmente podrán superar los combates espirituales y tentaciones que acompañan a todo crecimiento auténtico en la vida del Espíritu. Les puede ocurrir que aquellos que les animaron a pedir la fuerza del Espíritu no estén ahora a su alcance en momentos en que necesitarían una palabra de aliento, un pasaje

¹ Koinonia, 27 pp 17-19

oportuno de la Biblia, una oración de intercesión, para superar las primeras dificultades que se les presentan.

Del ministerio de acogida depende en gran parte el crecimiento y el porvenir de los grupos de oración. Ha de ser un ministerio responsable y activo y su acción se notará en la vida del grupo.

EL ACOMPAÑAMIENTO, NECESARIO PARA UN CRECIMIENTO ARMONICO

Hoy, por desgracia, no es fácil encontrar buenos maestros de la vida espiritual. Los grandes santos sintieron necesidad de ayuda espiritual y siempre temían actuar por su propia cuenta, como San Francisco de Asís, Santa Teresa de Ávila, San Juan de la Cruz, etc. En su crecimiento espiritual, tal como ellos manifiestan, debieron mucho a sus maestros o directores espirituales.

Ante la dificultad que tenemos para hallar buenos acompañantes, la Renovación Carismática ha ideado un modo sencillo de cierto acompañamiento espiritual, que es distinto de la dirección espiritual y no trata de suplirla, pero que es una forma de acogernos mutuamente como nos acogió Cristo para gloria de Dios (Rm 15,7) y de “ser sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo” (Ef 5,21), y, sin duda, un medio de vivir la transparencia y de crecer en la vida del Espíritu.

El papel del acompañante es muy limitado, pero su importancia reside precisamente en esta misma limitación, ya que está solamente para dar testimonio de la presencia de Jesús que espera mucho de nosotros. Deberá hacer de guía como un montañero; a veces irá delante, a veces de lado y otras detrás del acompañado.

Y PARA EL CRECIMIENTO EN LA VIDA COMUNITARIA

En el acompañamiento espiritual se revisan todos los aspectos de nuestra vida:

a) Nuestra relación con el Señor. Nos relacionamos con el Señor de manera especial a través de nuestra oración personal y comunitaria.

El acompañante discernirá el tiempo que debemos dedicar cada día a la oración, una hora, media hora... más o menos tiempo, en relación con nuestra situación espiritual o llamada del Señor, nuestro ministerio y las condiciones que nos impone el trabajo y la vida de familia. No se puede pedir el mismo tiempo de oración a una persona que sale a las seis de la mañana para su trabajo y que regresa a casa por la noche, que a otra con un horario mucho más holgado y flexible.

También el acompañante verá cuál es el momento más adecuado para la oración, si por la mañana o por la noche antes del descanso.

Por supuesto su ayuda ha de servir también para encontrar o mejorar la forma de hacer la oración. Son muchos los hermanos de la Renovación que rezan las horas del Oficio Divino, que es la oración oficial de la Iglesia universal, y están llenas de inspiración y profundo contenido espiritual. Sí para alguno no es posible rezarlas todas completas, al menos la oración de la mañana, que son los Laudes, o la oración de la tarde, las Vísperas, o la oración de retirarse al descanso, las Completas.

b) Nuestra relación con los hermanos. En nuestro diálogo y transparencia con el acompañante habrá que revisar también la relación con todos los hermanos del grupo o comunidad, sobre todo cuando las relaciones interpersonales se han deteriorado. El nos hará ver la necesidad de una pronta reconciliación y hasta nos puede ayudar.

Otro aspecto importante es nuestra asistencia al grupo e integración en los servicios y ministerios. Si, por ejemplo, estoy en el ministerio del canto, ¿acudo a los ensayos con puntualidad e interés?; si estoy en la acogida o en el ministerio de la Palabra, ¿acudo media hora antes del comienzo de la oración para acoger, o para preparar con oración la asamblea que tendremos momentos después?

Un aspecto que no se debería pasar nunca por alto es el del servicio. Hay hermanos que tardan en comprender esto y no prestan ningún servicio al grupo, es decir a los demás hermanos. Todos tenemos que tener la preocupación de servir en algo. Para esto he de procurar de no ser de los que siempre llegan tarde, cuando ya todo está preparado y hasta ya ha empezado la asamblea.

Revisaremos también nuestro compromiso económico con la comunidad. El acompañante deberá discernir cuál debe ser la aportación mensual para contribuir a compartir bienes en comunidad; puede ser una aportación fija, pero revisable de vez en cuando, ya que la situación económica puede variar de un mes a otro. En su revisión se han de tener en cuenta los ingresos de cada persona, pero también los gastos y la situación familiar, número de hijos, etc. Este compromiso nos va enseñando poco a poco, teniendo en cuenta las propias necesidades, a compartirlo todo y a practicar el desprendimiento evangélico y la sobriedad de vida. Nos enseña a dar, pero también a recibir y a pedir con humildad cuando nos haga falta. Cuando alguien está en dificultad económica, el acompañante deberá hablar con los dirigentes del grupo no solo para que sea liberado del compromiso de aportar algo, sino para que reciba de la comunidad la ayuda que necesita.

c) Aspectos de la propia vida. Con el acompañante debemos poner en común la vida de cada día en los siguientes aspectos:

Nuestro Trabajo: ¿cómo marcha nuestro trabajo?, ¿es el que nos conviene para dar testimonio de la presencia del Señor Jesús en nuestras vidas, o deberíamos cambiarlo si fuera posible?, ¿trabajamos con honradez y eficacia? Si somos empresarios, ¿se mueve nuestra empresa en un ambiente de justicia social?

Nuestra vida familiar o comunitaria: los matrimonios debemos examinar cómo vamos creciendo cada día a nivel de pareja y cómo es nuestro diálogo, las relaciones con nuestros hijos y con los demás miembros de la familia, y qué oración familiar hacemos, etc...

El religioso o la religiosa debe revisar cómo van sus relaciones con la comunidad desde que se encuentra en la Renovación. ¿Estoy al servicio de los hermanos y soy asequible a todos?

Nuestra vida social. La sociedad está enferma y la situación socio-política de nuestro país necesita constantemente del testimonio de comunidades cristianas y de

cristianos que tengan el Evangelio como ideario, y que sean luz y esperanza para todos los hombres, especialmente para los más pobres y marginados.

¿A qué clase de acción socio-política nos llama el Señor? Quizá a colaborar activamente en la asociación de padres del colegio de nuestros hijos, quizá a comprometerme mucho más en la parroquia, quizá alguna forma de compromiso político. El acompañante deberá discernir nuestra situación en este aspecto.

A veces estamos absorbidos por demasiadas actividades y reuniones a la semana. Esto dificulta nuestro crecimiento espiritual, familiar y comunitario, y hasta puede poner en peligro nuestra salud. Con el acompañante hemos de discernir qué debemos dejar.

Naturalmente quedan más puntos que tratar. Este esquema que presentamos aquí debe ser adaptado a las situaciones concretas de cada comunidad, cuyos dirigentes debe discernir quiénes necesitan acompañante y quiénes pueden ejercer este ministerio. El acompañante y el acompañado deben poder actuar con gran libertad de espíritu, de forma que si conviene en algún momento se pueda pedir un cambio a los dirigentes, sin ninguna dificultad.

CUALIDADES DEL ACOMPAÑANTE

El que acompaña debe ser alguien:

- que ore,
- que experimente en su propia vida la acción del Espíritu,
- que tenga fe en la Palabra y en su eficacia,
- que sepa maravillarse,
- que viva la transparencia,
- que sepa y admita que puede caer,
- que ame y conozca la paz,
- que sepa perdonar sin resentimiento,
- debe **saber acoger** con buen humor, con alegría y cordialidad,
- debe **saber escuchar** no solamente con el oído, sino con los ojos, con todo el ser.
- debe **saber callarse** y no tener respuesta para todo; el otro solamente podrá hablar si nosotros callamos; entonces podremos descubrir todas sus riquezas, sus deseos, su interior.

ALGUNAS CONSIDERACIONES PRÁCTICAS

Estas consideraciones son fruto de la experiencia, y conviene tenerlas en cuenta para el buen fin de este ministerio.

-El acompañante, a ser posible, debe ser del mismo sexo que el acompañado, incluyendo a los sacerdotes, pues el acompañamiento no debe ser nunca confundido con la dirección espiritual.

-A ser posible, los matrimonios tendrán a otro matrimonio como acompañante: se verán primero a solas hombre con hombre y mujer con mujer, y a continuación tendrán una entrevista todos juntos, teniendo naturalmente la suficiente discreción para mantener en reserva las confidencias personales que se puedan haber hecho.

-Si no hay dificultad, se procurará que el acompañante de un sacerdote sea otro sacerdote, y el de una religiosa sea otra religiosa, aunque naturalmente puede haber todas las excepciones necesarias.

-No debe haber ningún caso de acompañamiento mutuo, yo soy tu acompañante y tú eres el mio, ya que lleva el peligro de cierto confucionismo.

-La entrevista puede ser una vez al mes, con una duración que no es necesario que pase de una hora.

-Se procurará que nadie tenga más de tres acompañados, para no tomar un trabajo que luego le resulte difícil de cumplir.

-¿Cómo se escoge un acompañante? Primeramente se debe hablar con los dirigentes del grupo, manifestándoles nuestro deseo de tener un hermano que nos ayude a avanzar en la vida, en el Espíritu. Si los dirigentes lo ven conveniente (a veces hay que dar antes otros pasos), pedirán al hermano que les sugiera tres nombres de personas que él crea le pueden ayudar. Después de un discernimiento, los dirigentes hablarán con una de estas tres personas para encomendarle este ministerio en nombre de toda la comunidad.

-Todos los acompañamientos espirituales en una comunidad son públicos, o sea que todos saben quién acompaña a quién. Esto facilita las relaciones comunitarias, pues si veo algo inadecuado en algún hermano podré hablar con su acompañante, el cual en momento oportuno y si lo cree conveniente le podrá transmitir mi inquietud.

Este acompañamiento espiritual es una forma sencilla y profunda de caridad. Si amo a mi hermano, desearé que se acerque a Jesús, que le conozca y forme parte de su vida. Así somos verdaderos cooperadores de Cristo unos para con otros.

¿Qué significa la palabra «carisma»?¹

Rodolfo Puigdollers, Sch. P.

La Iglesia está viviendo un momento de “renovación carismática”, un reverdecir de los “carismas” dentro de la comunidad; es conveniente, por lo tanto, que intentemos aclarar el significado de la palabra “carisma”.

NECESIDAD DE EXPLICACION

Hemos de reconocer que, a pesar de su continuo uso, la palabra carisma es una “palabra imprecisa”, expresión de un concepto no menos impreciso, que tal vez no ha cristalizado todavía perfectamente dentro de la teología" (I. GOMA, *El Espíritu Santo Y sus carismas en la Teología del Nuevo Testamento*, Barcelona 1954, p. 5 S).

La teología clásica entendió el carisma como toda gracia “por la cual una persona coopera para que otro se encamine a Dios; este don se le llama también 'gracia gratis dada', porque se concede a la persona por encima de las facultades naturales y del mérito de cada uno”. De ella dice el Apóstol: 'A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para utilidad, es decir, para los otros" (S. TOMAS DE AQUINO, ST 1-2, q 111, a. 1 e).

Es cierto que hay muchos estudios y escritos sobre los carismas, pero sobre esta abundante bibliografía podríamos decir lo que un autor dice de los estudios sobre el "hablar en lenguas": “una parte considerable de lo que se ha escrito sería útil solamente para una antología de curiosidades" (I. GOMA, op. cit., p. 92, nota 77).

Un término paulino

En todo el Nuevo Testamento el término “carisma” lo encontramos utilizado diecisiete veces, de las cuales dieciséis son en textos de S. Pablo (Rm 1, 11; 5, 15.16; 6, 23; 11, 29; 12, 6; 1Co 1,7; 7,7; 12, 4.9.2 8.30.31; 2Co 1,11; 1 Tim 4, 14; 2 Tim 1, 6) y una en 1P 4, 10.

De todos estos textos hay que destacar dos como principales: 1Co 12, 1ss; y Rm 12, 3ss. Sin embargo, hay que tener también en cuenta Ef 4,7-16 en que, aunque no aparece la palabra “carisma”, se habla de esta realidad.

¹ Koinonia, 33-34(1982)pág. 8-10

S. Pablo aparece como el autor que ha introducido este término dentro del uso religioso, por lo que si se quiere estudiar en profundidad hay que acercarse al significado que le daba el Apóstol.¹

La ayuda de la filología

“Carisma” es una palabra griega compuesta del término “charis”(léase “jaris”) y del sufijo “-ma-”. El término “charis” significa “gracia”; referido a Dios significa, por lo tanto, **la gracia de Dios**, el favor de Dios. S. Pablo emplea este término muchas veces: pongamos ese saludo que se ha convertido en saludo litúrgico: “Que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros” (2Co 13, 13).

Esta benevolencia de Dios hacia nosotros se nos ha manifestado en Jesucristo, tal como dice el Apóstol escribiendo a Tito: “Se ha manifestado la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres; enseñándonos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a llevar ya desde ahora un vida sobria, justa y piadosa, aguardando la dicha que esperamos: la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro: Jesucristo. El se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y para prepararse un pueblo purificado, dedicado a las buenas obras” (Tt 2, 11-14).

Esta dimensión de manifestación de la gracia, la indica desde otra perspectiva el prólogo del evangelio de S. Juan cuando escribe: “Lo que se nos ha dado por medio de Moisés ha sido la Ley, pero por medio de Jesucristo se ha manifestado la gracia verdadera” (Jn 1, 17). En Jesucristo se nos ha manifestado la gracia, el amor de Dios; en Él hemos alcanzado el perdón, en Él hemos alcanzado el favor de Dios.

Sabemos, pues, ya el significado de la primera parte de la palabra “carisma”: “charis” significa la gracia de Dios. Ahora nos tenemos que fijar en la segunda parte, en el sufijo “-ma”. La lengua griega emplea este sufijo para indicar “una cosa en acto”, es decir, la “manifestación de una cosa”. Un ejemplo de este tipo de construcción lingüística lo tenemos en el término “energeia”, que aparece también en 1Co 12,4 “Energeia” significa “actividad”, más el sufijo “-ma” resulta: “acción, operación”.²

Por lo tanto, si “charis” significa “gracia” y el sufijo “-ma” significa “algo en acto”, el término “carisma” significa: la manifestación de la gracia, la gracia en acto.

EL TEXTO FUNDAMENTAL

Lo que se entiende por carisma lo ha sintetizado S. Pablo en 1Co 11, 4-7:

¹ En el texto griego del Antiguo Testamento (versión de los LXX) encontramos el término “carisma” en el códice Sinaitico de Si 7, 33 (37): “Haz gracia ante todo viviente, y al muerto no le niegues tu gracia” (aunque los códices Alejandrino y Vaticano tienen el término “charis”, gracia). También lo tiene el códice Vaticano en Si 38, 30: “se esfuerza por terminar la gracia (?)”, pero es una equivocación del copista que ha escrito “carisma” en vez de “chrisma” (aceite, barnizado).

² Escribe G. Bertram, *Th Wb II*, 649: “*energuema*” es el trabajo cumplido, la obra o la acción”.

"Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu. Hay diversidad de servicios, pero un mismo Señor. Hay diversidad de trabajos, pero un mismo Dios que obra en todos. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común".

Como ha señalado muy certeramente el mejor comentarista católico de la primera carta a los Corintios, E. M. Allo, el Apóstol no habla aquí de tres cosas distintas, sino que "se trata de los mismos fenómenos considerados bajo tres aspectos" (*Première épître aux Corinthiens*, Paris 19 56, p. 323)³. La manifestación del Espíritu es siempre gracia, servicio y trabajo. De ahí que siguiendo a I. Gomá, que se inspira en S. Juan Crisóstomo, podamos decir que el carisma es la gracia de trabajar al servicio de la comunidad cristiana (cf. op. cit., pp. 68-69). De este modo recuperamos las tres características principales que ya señalaba la teología clásica:

a) es una gracia, un don gratuito: "porque se concede a la persona por encima de las facultades naturales y del mérito personal" (ST 1-2 q. 111 a. 1 c). Lo que supone que no es incompatible con el pecado (cf. la respuesta de ST 2-2 q. 172 a. 4 "si para la profecía se requiere bondad de costumbres", q. 178 s. 22 "si los malos pueden hacer milagros"). El que sea "por encima de las facultades naturales" no quiere decir que se trate necesariamente de fenómenos extraordinarios, sino que puede ser la dimensión sobrenatural de la vida ordinaria;

b) es una acción, un trabajo: "aquella por la cual un hombre coopera" (ST 1-2 q. 111 a.1c). No se trata de la propia santificación interna, sino de acciones externas encaminadas a la santificación de los demás. Es la cooperación en la obra de Dios;

c) es un servicio para el bien común: "un hombre coopera para que otro se encamine a Dios" (ST 1-2 q. 111 a. 1c). No se dirige a la santificación de la persona que la recibe, sino a la santificación de los otros.

CARISMA ES GRATUIDAD

Como vemos, para S. Pablo hablar de "carisma" es hablar de gratuidad, hablar de la manifestación de la gracia de Dios. Esta dimensión de gratuidad hay que tenerla muy en cuenta para entender bien la costumbre muy extendida de traducir "carisma" por "don". La palabra "don" puede ser entendida de dos modos: o bien fijándose en el origen gratuito, o bien fijándose en el hecho de que es algo que se tiene. La palabra "carisma" sólo es entendida correctamente si se mantiene siempre la dimensión de gratuidad.⁴

³ Escribía ya F. Prat, La *théologie de saint Paul*, t. I, nota D: "Uno estaría tentado referir a las **operaciones** (milagros, curaciones, etc.) al **Padre**; los **ministerios** (pastores, doctores, etc.) al **Hijo**; y los otros **carismas** (don de lenguas, discernimiento de espíritus, etc.) al **Espíritu Santo**; pero se ve que estos son sólo tres aspectos diversos de las mismas gracias".

⁴ El movimiento pneumático de Corinto "permutó la experiencia cristiana originaria escatológica del Espíritu de Dios en la afirmación entusiástica de que este Espíritu fuera el espíritu divino del hombre mismo, el cual se liberaría ya aquí y ahora de su pérdida en el mundo. De este modo, el don del Espíritu se transforma en su posesión, la nueva creación en el desprecio entusiasta de lo creado, el hombre de Dios en el hombre divino, la alabanza del Salvador en la apoteosis del hombre" (W. SCHMITALS, *Experiencia del Espíritu como experiencia de Cristo*, en C. HEITMANN-H. MÜHLEN, *Experiencia y teología del Espíritu Santo*, Salamanca, 1978, p. 157).

Dice Jesús a Nicodemo: “el Espíritu sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va” (Jn. 3,8). Esta libertad profunda del Espíritu no es más que la expresión de su gratuidad.

Esta gratuidad está presente en toda manifestación del Espíritu, aunque de formas distintas, según la característica de cada uno de los servicios. Así, por ejemplo, el sacerdote tiene el don de perdonar los pecados. Es un don siempre presente en su servicio sacerdotal, pero que está siempre como algo completamente gratuito, de lo que no es dueño. Igualmente, el catequista, la persona encargada del ministerio de los enfermos, la persona encargada del ministerio de los necesitados, los dirigentes, etc., están viviendo el don gratuito que han recibido de trabajar al servicio de los demás en un lugar y función concretas. Es algo que viven en la gratuidad, pero al mismo tiempo en la estabilidad de su ministerio.

Por el contrario, hay manifestaciones de la gracia que por sus propias características se presentan de forma imprevisible, aunque a veces se presenten con mayor frecuencia en alguna persona determinada. Es más, hay manifestaciones de la gracia que pueden presentarse sin intermediarios, o a través de la oración de la comunidad en su conjunto. Tomemos como primer ejemplo el caso de la profecía; escribe de ella Sto. Tomás de Aquino: “La luz profética no se halla en el entendimiento del profeta de forma permanente, porque, en ese caso tendría siempre la facultad de profetizar, lo que es falso, según dice San Gregorio: “A veces carecen los profetas del espíritu de profecía, el cual no está siempre presente en la mente de ellos, de modo que, cuando no le poseen, entiendan por esto que es un don de Dios cuando lo tienen” (ST 2-2, q. 171, a. 2c). Lo mismo hay que decir de las curaciones; éstas se presentan a veces habiendo orado una persona, habiendo orado muchas o hasta sin que nadie haya orado de una forma especial. Se manifiesta entonces la gracia de Dios en la curación, sin que lo haga a través de persona alguna. Cuando el Señor lo hace a través de alguna persona, se mantiene siempre esta dimensión de gratuidad, como indica Sto. Tomás: “La causa (de los milagros) es la omnipotencia divina, la cual no puede ser comunicada a ninguna criatura. Por esto es imposible que el principio de obrar milagros sea alguna cualidad habitual en el alma” (ST 2-2, q. 178, a.1, ad 1). Esto es muy importante para no situar estas manifestaciones en algunas personas, como si éstas poseyesen el poder de profetizar, o el poder de curar.⁵ Podemos decir con toda propiedad que la gracia de Dios se ha manifestado en medio de nosotros cuando una persona ha sido curada, pero no podemos decir que una persona tiene el don (poder) de curación.⁶

CARISMA ES ACCION

Hablar de “carisma” es hablar de manifestación. No se trata de algo que está dentro de nuestro interior, sino de la gracia de Espíritu que nos hace salir de nosotros mismos y nos lleva, por encima de nuestra santificación personal, hacia los demás.

Como dice S. Pablo, el “carisma” es *energéma*, es decir, acción. No podemos, por lo tanto, imaginar una vida carismática como una postura quietista, como un encerrarse dentro del Cenáculo para gozar de las delicias del Señor.

⁵ No pretendemos negar la existencia del “don de curaciones” (cf ST 2-2, q.178, a1: “si se da alguna gracia gratis dada de obrar milagros”), sino simplemente concebir la curación como una gracia que es dada en cada momentos, aunque sea a veces a través de alguna persona.

⁶ Cuando decimos que los santos han tenido el don de curación, no hacemos sino constatar **a posteriori** que Dios se ha manifestado varias veces a través de ellos.

Hablar de carismas es hablar de Pentecostés, del rompimiento de las puertas cerradas y de la apertura a la alabanza, la construcción de la comunidad cristiana y la evangelización. El Pentecostés es el principio de los **hechos** de los apóstoles.

CARISMA ES SERVICIO

La gracia de Dios se manifiesta para la construcción de la comunidad cristiana. Es precisamente en este sentido de servicio a los demás en la construcción de la comunidad cristiana que podemos hablar con propiedad de carismas.

El Señor, en su infinita misericordia, se manifiesta de muchos modos y en muchas circunstancias. Dios puede manifestarse teniendo misericordia de un enfermo, tocando el corazón de una persona y convirtiéndola, consolando a un angustiado, sin que con esto esté confirmando el modo de proceder de aquellas personas a través de las cuales se ha manifestado esta gracia. S. Jerónimo, en su comentario al evangelio de S. Mateo (PL 26, 50), escribe: "Profetizar o hacer milagros, a veces, no es por medio del que los obra, sino que ocurren por la invocación de Cristo, para que los hombres honren al Dios por cuya invocación se realizan tales prodigios". Lo mismo encontramos en Sto. Tomás de Aquino: "Los milagros pueden ser obrados por quienquiera que predique la verdadera fe e invoque el nombre de Jesucristo, lo cual hacen a veces los mismos malos" (ST 2-2, q. 178, a 2c). Lo que no es sino el comentario de las palabras de Jesús: "No todo el que me dice Señor, Señor entrará en el Reino de los Cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo. Aquél día muchos dirán: 'Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?'. Yo entonces les declararé: Nunca os he conocido" (Mt 7, 21-23).

No todo contribuye del mismo modo a la "común utilidad"; hay que tender siempre a lo más útil para la construcción de la comunidad (cf. Pablo VI 19-V-1 975). Como dice S. Pablo, "todo está permitido, sí, pero no todo aprovecha" (1Co 6, 11). No basta el hecho de que algo sea una manifestación del Espíritu, para ser un auténtico carisma y sobre todo para ser un carisma que hay que desear y fomentar; esta manifestación de la gracia ha de ayudar a un crecimiento en la recta doctrina, en la caridad fraterna, en la fe de todos, en la construcción de la comunidad. Así S. Pablo escribe a los Efesios: "Él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelizadores, a otros, pastores y maestros, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud" (Ef. 4, 11-13). Por eso a los corintios que sólo se fijaban en las manifestaciones espirituales más espectaculares, les dice que no quiere que continúen en ese error (1 Co 12,1). Este error en la comprensión de la acción del Espíritu hace que el Apóstol les haya tenido que tratar no "como a personas carismáticas, sino como a gente carnal, como a niños en Cristo. Por eso os alimenté con leche, no con comida, porque no estabais para más" (1Co 3, 1-2). Con esto S. Pablo nos indica que el "supercarismatismo" es la negación misma de la dimensión carismática. Poner el acento en los carismas más espectaculares, considerar carisma exclusivamente las profecías, las curaciones y la oración en lenguas, es vaciar la obra del Espíritu Santo de su verdadero contenido de construcción de la comunidad cristiana. Es convertir el Espíritu de Jesucristo en el espíritu irracional de los ídolos mudos (c f 1Co 12, 2).

RESUMEN

Podemos concluir este artículo con el siguiente esquema:

1. Carisma significa manifestación de la gracia de Dios, es decir, **el don de trabajar al servicio de los demás**, por la fuerza del Espíritu Santo.
2. La dimensión carismática consiste en verlo todo como un don gratuito, movido por el Espíritu; salir de uno mismo y ponerse a trabajar, a imitación de Dios Padre; vivir al servicio de los demás, como Jesús; para la construcción de la comunidad cristiana.
3. Reducir los carismas a los fenómenos espectaculares es una actitud pagana que vacía de sentido la verdadera manifestación del Espíritu Santo.

¿Qué dice San Pablo sobre los carismas?¹

por Rodolfo Puigdollers, Sch.

Hemos visto en el artículo anterior cuál es el significado del término “carisma”. Hemos visto cómo en el Nuevo Testamento es una palabra que emplea casi únicamente S. Pablo. Hemos visto como éste la entiende como “don de trabajar al servicio” de los demás en la construcción de la comunidad cristiana.

Una vez estudiado lo que significa el término “carisma” para S. Pablo, hemos de ver qué es lo que el Apóstol nos dice sobre ellos.

Tres son los textos fundamentales en los que S. Pablo explica los carismas. El primero de ellos comprende los capítulos 12-14 de la primera carta a los Corintios (por razones de brevedad nosotros nos limitaremos a estudiar el capítulo 12). El segundo texto es de la carta a los Romanos: 12, 3-8. El tercero presenta una doble particularidad: en primer lugar no aparece de forma explícita la palabra “carisma”; en segundo lugar, pertenece a una carta que no sabemos exactamente si la escribió S. Pablo o alguno de sus discípulos (por lo que no sabemos la fecha): se trata de un texto de la carta a los Efesios: 4, 7-10.

Los tres textos están escritos a partir de unas situaciones concretas de las comunidades primitivas, sobre todo el texto escrito a la comunidad de Corinto; pero las afirmaciones de S. Pablo se convierten para nosotros actualmente en una enseñanza clara para la situación de nuestras propias comunidades.

Primer texto: 1Co. 12

El capítulo 12 de la primera carta a los Corintios es, sin lugar a dudas, uno de los textos más leídos dentro de la Renovación Carismática. Es conveniente, pues, que lo estudiemos con un poco de detención.

NO PODEMOS REDUCIR LOS CARISMAS A LOS FENOMENOS ESPECTACULARES

"En cuanto a los fenómenos espirituales no quiero, hermanos, que sigáis en la ignorancia. Recordáis que cuando no erais cristianos, os sentíais arrebatados hacia los ídolos irracionales, siguiendo el ímpetu que os venía. Por eso os advierto que nadie puede decir: ¡Afuera Jesús!, si habla impulsado por el Espíritu de Dios. Ni nadie puede decir: Jesús es Señor, si no es bajo la acción del Espíritu Santo".-(vv. 1-2).

S. Pablo escribe a los corintios sobre los “fenómenos espirituales”. Es ésta una expresión que Pablo emplea solamente aquí y en 14, 1, lo que nos hace pensar que no forma parte de su vocabulario, sino que la toma de los mismos corintios. Cuando éstos

¹ Koinonia, 33-34 pp. 11-17

hablaban de los “espirituales” se referían a personas que, según ellos, tenían una ciencia especial y que esto les convertía en una especie de élite (los “perfectos”). S. Pablo, sin embargo, corrige ya en 2, 13-15 esta concepción y emplea el término “espiritual” referido al “hombre que, **por la virtud del Espíritu** de Dios, confiesa la obra redentora de Dios” (E. SCHWEITZER, en *Th Wb VI*, 435), es decir, al creyente.

S. Pablo se encuentra con que los corintios estaban haciendo una interpretación de la vida cristiana a partir de la vida de Jesús. Por eso, según el modo de ver de Pablo, los corintios presentaban una comprensión equivocada de la acción del Espíritu Santo en medio de la comunidad.

Los corintios se sentían inclinados, por una parte, a dejar de lado el sentido (“os sentíais arrebatados hacia los ídolos mudos”, es decir, ininteligibles, irracionales) y, por otra parte, a dejarse llevar por impulsos irrefrenables (“siguiendo el ímpetu que os venía”) Esta exaltación, según S. Pablo, lleva a dos cosas:

- 1) a apreciar solamente las cosas espectaculares, despreciando las sencillas;
- 2) a decir cosas completamente incongruentes o fuera de sentido.

Por eso, S. Pablo advierte a los corintios que todo el que diga tonterías, todo el que diga algo fuera del sentido común, todo el que esté diciendo o haciendo cosas contrarias a lo que decía o hacía Jesús, no está actuando realmente de una forma carismática. Por otra parte, les recuerda que todo el que cree, todo el que realiza la confesión más elemental (“Jesús es el Señor”), es decir, todo creyente que está viviendo su bautismo, está actuando movido por el Espíritu, está actuando carismáticamente.⁴¹

La diferencia entre el pensamiento de S. Pablo y la interpretación de los corintios (sobre el modo de entender los carismas) es muy grande. En esta última, la posesión del Espíritu en el hombre destruye su personalidad y lo separa de los demás que, no siendo **espirituales** (o carismáticos), se le convierten en totalmente extraños. Por el contrario, en S. Pablo, el **conocimiento** está subordinado al amor. El conocimiento que da el Espíritu es el del acto redentor de Dios y, por lo tanto, libera al hombre de sí mismo y lo hace disponible a los demás. Renueva al mismo tiempo su individualidad, permitiéndole estar verdaderamente presente para los demás.

De este modo, la idea de comunidad es el elemento regulador. Cuando Pablo habla de pertenecer al 'cuerpo de Cristo', subraya la unidad del cuerpo que une entre ellos a los diversos miembros. El valor de los dones del Espíritu no consiste en el hecho que demuestran que quien los tiene es un **carismático**, sino en el hecho que edifican la comunidad (1Co 14). “Ciertamente ésta es edificada por los **carismáticos; pero todos** son carismáticos, todos tienen su carisma. Si algunos se separan (o se quieren distinguir) están demostrando que no son **carismáticos, sino carnales**” (E. SCHWEITZER, en *Th Wb VI*, 430).

⁴¹ "El cristiano sincero que dice simplemente: Jesús es el Señor (confesión resumida de todo el cristianismo), está ya bajo la influencia del verdadero Espíritu Santo" (E.M. ALLO, *Première épttre aux Corinthiens*, p. 322).

EL PADRE, EL HIJO Y EL ESPIRITU SANTO SE MANIFIESTAN EN TODO CRISTIANO

“Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu. Hay diversidad de servicios, pero un mismo Señor. Hay diversidad de acciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común” (vv. 4 -7)

Esta orientación equivocada de los corintios les lleva a dos cosas:

1. a vivir ciertos fenómenos como una acción “espectacular” del Espíritu, como si el Espíritu Santo no fuese el Espíritu de Jesús (cuya vida todos conocemos), enviado por el Padre;
2. a vivir de una forma independiente, destruyendo con su propio orgullo la comunidad.

Pablo, en una fórmula completamente trinitaria, les señala que toda la vida cristiana es al mismo tiempo manifestación del Espíritu, manifestación de Jesús y manifestación del Padre. Por consiguiente, los carismas no pueden ser entendidos como “fenómenos espectaculares” sueltos, sino como la acción del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Como ha señalado muy certeramente uno de los mejores comentaristas católicos, cuando Pablo habla aquí de carismas, servicios y acciones "se trata de los mismos fenómenos, pero considerados bajo tres aspectos" (E. ALLO, *Première épître aux Corinthiens*, p. 323). Todo carisma es un servicio y todo servicio es un carisma; toda acción cristiana es un servicio y un carisma.

Esta unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu lleva también a la unidad de la construcción de la comunidad cristiana ("En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común" v.7). De este modo, el Espíritu Santo se manifiesta en todos para la construcción de la comunidad.

UN EJEMPLO CONCRETO: LA ASAMBLEA EUCARISTICA

"Y así, uno recibe del Espíritu un hablar con sabiduría; otro, un hablar con ciencia, según el mismo Espíritu; otro, por el mismo Espíritu, la fe. Uno, por el mismo Espíritu, esas manifestaciones de la gracia (=carismas) que son las curaciones; otro, esas obras de las posibilidades. Uno, una profecía; otro, el discernir las inspiraciones. Uno, una fuerte oración en lenguas; otro, el orar con lengua comprensible. El mismo y único Espíritu obra todo esto, repartiendo a cada uno en particular como a Él le parece" (vv. 8-11).

Para entender correctamente estos versículos hemos de tener en cuenta que San Pablo, después de haber indicado que las manifestaciones del Espíritu son para la construcción de la comunidad ("para el bien común"), fija su atención en un aspecto concreto, en la fuente y culmen de la comunidad cristiana, es decir, en la asamblea eucarística.

Es por eso que los vv. 8-10 son una descripción de las distintas manifestaciones del Espíritu que se dan en la asamblea. Esto nos indica que no podemos reducir los

carismas, es decir, la manifestaciones del Espíritu a esta breve lista de nueve. El Apóstol ha indicado ya que toda la vida del cristiano, desde lo más grande hasta lo más pequeño, es una continua manifestación de la gracia de Dios, un servicio a los demás, una acción de Dios en medio de nosotros

Teniendo esto en cuenta, las tres primeras indicaciones que hace San Pablo deben ser leídas formando una unidad (así, ya santo Tomás de Aquino en ST 1-2, q. 111, a 4c): palabra de sabiduría, palabra de ciencia y fe, ¿qué significan?. San Pablo está hablando de la primera parte de la asamblea eucarística lo que hoy llamamos liturgia de la Palabra; en ella, en una comunidad viva, se presentan tres hechos diversos: las personas que escuchan con fe ("fe")⁴², el sacerdote o catequista que instruye con la ciencia del Señor ("una palabra de ciencia")⁴³ y, por último, alguna vez se presenta el caso de alguien que habla con un fuego y una penetración especial ("una palabra de sabiduría"), San Pablo las coloca en orden decreciente según el grado de espectacularidad.⁴⁴ La persona que ha hablado llena de sabiduría en el Espíritu, el catequista que ha dado su enseñanza con la ciencia del Señor y el resto de la asamblea que ha acogido con fe la Palabra. Todo es manifestación del Espíritu para la construcción de la comunidad. No se puede reducir el carisma, como hacían lo corintios, únicamente a lo espectacular.

A continuación, San Pablo pasa a lo que tradicionalmente se realiza en la asamblea eucarística entre la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística: la oración de los fieles y la colecta. Cuando la comunidad ora por las necesidades de la Iglesia, del mundo y de la propia comunidad, es normal que ore de un modo especial por los enfermos presentes. A veces, atestigua San Pablo, (y no olvidemos que nos encontramos hablando de comunidades vivas), algún enfermo es curado por el Señor. Es esto ciertamente una manifestación de la gracia de Dios. A continuación se realiza la colecta de los bienes que los miembros de la comunidad han traído para compartir con los más necesitados. En esos momentos, se dan en las comunidades vivas hechos de gran generosidad, como nos atestiguan ya los Hechos de los Apóstoles: "Bernabé... tenía un campo y lo vendió; llevó el dinero y lo puso a disposición de los apóstoles" (Hech 4, 36-37). En esta colecta cada uno entrega según sus posibilidades, las posibilidades económicas y las posibilidades de la fe.⁴⁵ Ciertamente es mucho más espectacular una curación que un compartir generoso, pero San Pablo indica a los

⁴² Se han dado otras muchas interpretaciones de lo que significa aquí "fe": 1) "una supereminente certeza de fe, que hace al hombre capaz de instruir a otros en las cosas que pertenecen a la fe" (Sto. Tomás de Aquino, ST 1-2, q. 111, a. 4, ad. 2); 2) una fe que es capaz de trasladar montañas, es decir, de hacer milagros; 3) una fe que ayuda a los demás a mantenerse firmes en la fe. Todas estas explicaciones no tienen suficientemente en cuenta el texto y parten del presupuesto que no se puede estar hablando de la fe como gracia santificante. Pero, ¿qué hay que ayude más a la construcción de la comunidad que el contemplar la fe de los demás? Esta fe es llamada carisma por san Pablo no en cuanto es un fenómeno extraordinario de unos pocos, sino en cuanto se manifiesta y, al hacerse palpable, construye la comunidad.

⁴³ El denominar "palabra de ciencia o de conocimiento" al anuncio de una curación que Dios está realizando en ese momento, es una novedad que no hemos encontrado en ningún escritor antiguo y que no tiene ningún fundamento bíblico.

⁴⁴ Este orden decreciente de "espectacularidad" queda reflejado en el uso de las preposiciones en el texto griego: la primera (διά) significa la acción directa y exclusiva del Espíritu Santo, que forma él mismo los pensamientos en la inteligencia del hombre espiritual que pronuncia los discursos de sabiduría; mientras que la preposición κατά indica la conformación a las inspiraciones divinas de los pensamientos producidos por el intelecto humano como causa propia; es siempre el Espíritu que obra, pero su función aquí no es más que directora" (E.M. ALLO, op. cit., p. 325).

⁴⁵ El texto griego habla de "energémata dynaméōnn (o dynaméōs, según algunos códices)", lo que viene traducido ordinariamente por "operación de milagros". Es cierto que la expresión **dynamis** (fuerza, poder, posibilidad) empleada en plural puede significar. las fuerzas milagrosas, es decir, los milagros, pero nos parece que no es este el

corintios que tanto una cosa como la otra son una manifestación del Espíritu y que no se pueden hacer distinciones. Se manifiesta la gracia de Dios cuando hay una curación, y se manifiesta la gracia de Dios cuando hay un acto de compartir. Hay que notar, de paso, que el Apóstol no habla aquí de la curación como de alguien que tiene el poder (o el carisma) de curar, sino que se fija en la curación en sí misma como manifestación de la gracia de Dios: se ha manifestado la gracia de Dios, a una persona se le ha concedido (¿al enfermo o a la persona que oraba?)⁴⁶ una manifestación de la benevolencia de Dios (un carisma). La gracia se ha manifestado, en primer lugar, en la persona curada; no se puede hablar, pues, de una persona que **tiene el carisma de curaciones** (Santo Tomás de Aquino, ST 2-2, q. 178, a. 1, ad 1: "es imposible que el principio de obrar los milagros sea alguna cualidad habitual en el alma"). Es como si san Pablo nos estuviese advirtiéndole que cuando se da alguna curación demos gracias a Dios y alabémosle sin fijarnos en el instrumento, sin decir "fulanito" tiene el don de curar.

En tercer lugar, San Pablo se fija en la última parte de la asamblea eucarística, la parte propiamente dicha de oración eucarística (plegaria eucarística y comunión). En ella San Pablo se fija en dos hechos. En primer lugar, en los que dicen alguna palabra inspirada, alguna profecía. Frente a este hecho más notorio, el Apóstol recuerda que hay otro elemento más modesto que no se puede olvidar: el discernimiento de la asamblea que sabe reconocer en las palabras de un hermano la exhortación de Dios, o bien que las sabe escuchar como los pensamientos piadosos de una persona, o que las rechaza como las palabras de un exaltado. Tan manifestación de la gracia es la profecía como la actitud de discernimiento de toda la asamblea.

El segundo hecho en el que se fija San Pablo en esta parte final de la asamblea eucarística, es en la oración. Hay, en algunos momentos, hermanos que oran con una lengua inteligible, y que es gracias a esta oración inteligible que la oración de la comunidad tiene un sentido. Hasta tal punto que la oración eucarística no puede ser hecha en lenguas, porque de lo contrario la asamblea no podría contestar "Amén" a una oración que no ha entendido (cf. 14, 16); y si no hay nadie que sepa dar sentido a las oraciones en lenguas, éstas no deben hacerse (cf. 14, 28). Tan manifestación del Espíritu es, por lo tanto, la un poco "chocante" oración en lenguas, como la sencilla oración realizada en la propia lengua.

LO IMPORTANTE ES LA CONSTRUCCION DEL CUERPO DE CRISTO

"Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un

significado que tiene aquí. ' . La "obra de la posibilidad" significa la generosidad económica según las propias posibilidades. Varios textos nos invitan a hacer esta interpretación. ICo 16, 2-3: "Los domingos poned aparte cada uno por vuestra cuenta lo que consigáis ahorrar, para que, cuando yo vaya, no haya que andar entonces con colectas. Cuando yo llegue daré cartas de presentación a los que vosotros deis por buenos y los enviaré a Jerusalén con vuestra gracia (charis)". Hch. 11,26: "Los discípulos acordaron enviar un servicio (diakonia), según los recursos de cada uno, a los hermanos que vivían en Judea". 2Co 8, 1-5a: "Queremos que conozcáis, hermanos, la gracia (**charis**) que Dios ha dado a las iglesias de Macedonia: En las pruebas y desgracias creció su alegría; y su pobreza extrema se desbordó en un derroche de generosidad. Con todas sus fuerzas (**kata dynamin**) y aun por encima de sus fuerzas (**para dynamin**) –os lo aseguro–, con toda espontaneidad e insistencia nos pidieron como una gracia (charis) que aceptara su servicio (diakonia) en la colecta a favor de los santos. Y dieron más de lo que esperábamos".

⁴⁶ El texto griego dice. "charismata hiematón". El genitivo puede ser entendido como especificativo ("carismas de curaciones") o bien como epexegetico ("carismas, que son curaciones"). Nosotros nos inclinamos por esta segunda posibilidad, por lo que se hablaría de una forma directa de las personas curadas y no de las personas a través de las cuales otras quedan curadas. Aunque, en el fondo, la curación es un don no solamente para la persona curada, sino para toda la comunidad.

mismo Espíritu para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. El cuerpo tiene muchos miembros, no uno solo. Si el pie dijera: no soy mano, luego no formo parte del cuerpo, ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo?. Si el oído dijera: no soy ojo, luego no formo parte del cuerpo, ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo?. Si el cuerpo entero fuera oído, ¿cómo olería?. Pues bien, Dios distribuyó el cuerpo y cada uno de los miembros como Él quiso. Si todos fueran un mismo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?. Los miembros son muchos, es verdad, pero el cuerpo es uno solo. El ojo no puede decir a la mano: no te necesito; y la cabeza no puede decir a los pies: no os necesito. Más aún, los miembros que parecen más débiles son más necesarios. Los que parecen despreciables, los apreciamos más. Los menos decentes, los tratamos con más decoro. Porque los miembros más decentes no lo necesitan. Ahora bien, Dios organizó los miembros del cuerpo dando mayor honor a los que menos valían. Así no hay divisiones en el cuerpo, porque todos los miembros por igual se preocupan unos de otros, (cuando un miembro sufre, todos sufren con él; cuando un miembro es honrado, todos le felicitan)” (vv. 12-26).

San Pablo, mediante la imagen del cuerpo, señala dos puntos principales. En primer lugar, que la acción del Espíritu va destinada a la formación del cuerpo de Cristo, es decir, la formación de la comunidad. Por lo tanto, la verdadera dimensión carismática es aquella que mantiene a la comunidad en la unidad, que reconoce la función a cada uno de los miembros sin despreciarlos. En segundo lugar, que dar la mayor importancia a las manifestaciones espectaculares no lleva sino a la división de la comunidad y al empequeñecimiento de la obra del Espíritu. Allí donde está la acción del Espíritu, allí está la diversidad en la unidad.

Es ésta una advertencia seria contra todo tipo de orgullo que pueda dividir a la comunidad y formar una élite. Es también una advertencia a no empequeñecer la obra del Espíritu, aunque sea a nuevas manifestaciones espectaculares (los "nueve carismas").

NO HAY QUE REDUCIR EL ESPIRITU A LOS LIMITES DE NUESTRA EXPERIENCIA PERSONAL

"Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro. Y Dios ha distribuido en la Iglesia: en primer puesto los apóstoles, en el segundo los profetas, en el tercero los maestros; después las posibilidades (de compartir los bienes), después las manifestaciones de la gracia, que son las curaciones, la asistencia, el gobierno, la diversidad de lenguas. ¿Acaso son todos apóstoles?. ¿O todos son profetas?. ¿O todos maestros?. ¿O todos tienen posibilidades (de compartir los bienes)?. ¿Reciben todos las manifestaciones de la gracia que son las curaciones?. ¿Hablan todos en lenguas?. ¿Se expresan todos de forma comprensible?. Estáis ambicionando los carismas mejores" (vv. 27-31)

San Pablo señala que dentro de la gran multiplicidad de manifestaciones de la Iglesia, de cara a la construcción de la comunidad cristiana ocupan un lugar fundamental esos dones más permanentes de trabajar al servicio de los demás como son los apóstoles, los profetas y los doctores. Debemos entender por estos tres carismas principales la función directora de las comunidades.

“El ‘apóstol’ es el fundador de la comunidad. No es preciso que haya sido uno de los doce. Se da el nombre de apóstol ocasionalmente a otros varones, como Bernabé, Silas y Apolo” (E. WALTER, *Primera carta a los Corintios*, Barcelona, 1971, pág. 236). Los profetas y doctores son los dirigentes de cada comunidad, como se ve en Hch 13, 1: “En la iglesia de Antioquía había profetas y doctores”. Seguramente esta doble denominación primitiva debía entenderse como un binomio inseparable, una especie de frase hecha, sin que se pudiese hablar de unos como profetas y otros como doctores. Los dirigentes de la comunidad destacaban por su ministerio de la Palabra, que abarcaba tanto la transmisión de la doctrina recibida como la palabra concreta de Dios para la comunidad. Con el tiempo, este binomio se escindiría e irán apareciendo dos funciones distintas. Esta fase quizá está ya algo presente en nuestro texto, que habla primero de los profetas y luego de los doctores.

Sobre las “posibilidades” entendidas como la posibilidad de compartir los bienes y no como el don de hacer milagros, hemos hablado ya anteriormente. Lo mismo de los “carismas de curaciones” entendidos como la gracia de la curación y no como el poder de curar. A continuación, San Pablo emplea dos expresiones que sólo aparecerán en este texto a lo largo de todo el Nuevo Testamento. Nos referimos a los **antilémpseis y kybeméseis**. La primera de ellas parece que hay que interpretarla en el sentido de **asistencia**. La segunda en el sentido de **dirección**. Se trata seguramente de la denominación de los dirigentes de la comunidad, que antiguamente eran llamados en algunas comunidades “profetas y doctores”.

San Pablo con esta lista y estas preguntas retóricas no hace sino señalar que cada uno tiene su lugar; que no se puede reducir a unas pocas manifestaciones del Espíritu. Del mismo modo que no se puede pensar que todos sean ‘apóstoles’ o dirigentes de la comunidad, así tampoco se puede reducir la manifestación del Espíritu a los fenómenos espectaculares.

La frase final del capítulo es traducida normalmente por “ambicionad los carismas mejores”. Sin embargo, cada vez son más los comentaristas que señalan que el verbo **zéloute** no puede entenderse como imperativo, sino como indicativo. Escribe A. Díez-Macho: “El apóstol termina el capítulo 12, todo él dedicado al tema de las cosas pneumáticas, del Espíritu, sobre las que los Corintios le habían consultado, con esta constatación: los de Corinto ‘codiciáis (**zéloute**, en indicativo) los carismas más excelentes’, sin duda refiriéndose a los carismas extáticos” (La Iglesia primitiva *fue* carismática, en “El Olivo”, 1972, p. 17). San Pablo constata que los Corintios se están limitando a los fenómenos más espectaculares (palabra de sabiduría, curaciones, profecía, lenguas), con lo que, por una parte, están introduciendo juicios de valor sobre las manifestaciones del Espíritu y, por otra, están reduciendo la acción del Espíritu a lo espectacular.

Segundo texto: Rm 12, 3-8

El segundo texto fundamental de san Pablo sobre los carismas es Rm 12, 3-8, en el que se presenta la dimensión carismática de los distintos ministerios de la comunidad. Este es el texto:

v. 3 *“Por la GRACIA de Dios que me ha sido dada, os digo a todos ya cada uno de vosotros: no os estiméis en más de lo que conviene, sino estimaos moderadamente, según la medida de la FE que Dios otorgó a cada uno,*

v. 4 *Pues así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no todos desempeñan la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros.*

v. 6 *Los carismas que poseemos son diferentes, según la GRACIA que se nos ha dado, y se han de ejercer así:*

- *si es la profecía, de acuerdo con la fe;*

v. 7 - *si es el servicio, dedicándose a servir.
el que enseña, aplicándose a enseñar;*

v. 8 - *el que exhorta, a exhortar.*

*el que se encarga de la distribución, hágalo con generosidad;
el que preside, con empeño;
el que ejerce la misericordia, con alegría”-.*

En primer lugar, San Pablo habla de 'la gracia que él ha recibido. Esta debe entenderse en este texto como referida a “una cierta **misión específica** que debe ser reconocida por los otros miembros in el seno de la comunidad" (J. SANCHEZ BOSCH, *Le coros du Christ et les charismes dans l'épître aux Romains*, en *Dimensions de la vie chrétienne -Rm 12-13-*, Rome, 1979, p. 57); lo que invita a entender del mismo modo el término "carisma" en el v. 6. De este modo, San Pablo nos habla en este texto no de la dimensión carismática en cuanto hechos aislados que ocurren dentro de la comunidad, como es el caso de curación, un acto de generosidad, una oración, etc ., sino de la dimensión carismática en cuanto funciones concretas o ministerios reconocidos dentro de la comunidad.

Desde el punto de vista literario, Pablo divide los siete puntos que indica en los vv. 6b-8, en dos partes. En primer lugar indica dos puntos: "Si es la profecía, de acuerdo con la fe, si es el servicio, aplicándose a servir". A continuación indica cinco puntos más: el que enseña, el que exhorta, el que se encarga distribución, el que preside, el que ejerce la misericordia. Los dos primeros (profecía y servicio) están indicados con un sustantivo abstracto, mientras que los cinco restantes están indicados mediante un participio. Esta diferencia nos muestra que lo que los primeros han de ser tratados de distinta forma.

Profecía y servicio no son aquí dos funciones concretas, sino que abarcan lo que es especificado más concretamente con los participios. La profecía es aquí el nombre genérico que designa los ministerios de la Palabra, mientras que el servicio es nombre genérico que designa los ministerios de servicio (si es válida esta redundancia)⁴⁷. De

⁴⁷ Esta interpretación nos parece que viene confirmada por el único texto no paulino que utiliza el término “carisma”: "Que cada uno, con el CARISMA que ha recibido, se ponga al SERVICIO de los demás, como buenos

este modo, San Pablo aquí explicita el ministerio profético (o de la Palabra) en el que enseña y el que exhorta; mientras explicita el servicio (o ministerios de servicio) en el que se encarga de la distribución de los bienes, el que preside y el que encarga del ejercicio de la misericordia. Son cinco, por lo tanto, los carismas que San Pablo contempla en la comunidad en este texto.

CARISMA DE ENSEÑANZA

"En una comunidad en crecimiento debía haber alguno que se encargaba de la iniciación de los nuevos convertidos: el catequista. Pero quizá había ya 'maestros' de mayor grado" (J. SANCHEZ BOSCH, *op. cit.*, p. 66).

En 1 Co 12, 29 se habla por dos veces de los maestros, junto a los profetas. En Ef 4, 11 se habla también de los doctores, junto a los pastores. Seguramente la "palabra de ciencia" (1Co 12, 8) era la expresión normal del catequista o doctor.

La función del catequista o doctor es esencialmente transmitir la doctrina (Rm 6, 17; 1Tm 4, 6; 6, 3; Tt 1, 9; 2, 1; 7, 4) mediante la enseñanza (1Co 14, 26; 1Tm 4, 13; 5, 17; 2 Tm 3, 16).

CARISMA DE EXHORTACION

"En ningún texto, ni de Pablo ni de otros, encontramos la idea de que 'el que exhorta' tenga un lugar específico en las comunidades. Vemos solamente que Pablo exhorta muy a menudo en sus epístolas, y que los fieles son llamados a exhortarse los unos a los otros (1Tm 4, 18; 5, 11)" (J. SANCHEZ BOSCH, *op. cit.*, pp. 66.67).

Pero, ¿qué es la exhortación?. Los términos que nos hablan de ella en nuestro texto (**pariclein, paralclésis**) no tienen un sentido unívoco. A veces tienen el sentido de consolar a uno que está triste (especialmente en 2Co 1, 3-7; 2, 7; 7, 4.6s. 13), de suplicar a alguno, hasta a Dios mismo (2Co 12, 8; cf. 1Co 16, 12; 2Co 8, 4; 12, 8), pero tienen también, y este es el sentido que tiene en nuestro texto, el sentido de exhortar a hacer alguna cosa o a tomar una determinada actitud, con una cierta fuerza de autoridad divina, aun cuando si esa autoridad no va acompañada de ninguna obligación. "Nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por nuestro medio. ¡En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios!" (2Co 5, 20). Esta exhortación se dirige a la persona en su situación concreta. Aplica la llamada de Dios a la situación concreta de cada uno: "Tratamos con cada uno de vosotros personalmente, como un padre con sus hijos, animándoos con tono suave y enérgico a vivir como se merece Dios, que os ha llamado a su reino y gloria" (1Ts 2, 11-12) (*Ibid.*).

A nuestro modo de ver, esta dimensión de la exhortación es la misma que en la primera carta a los Corintios viene presentada bajo el nombre de "profecía", "profetizar", "profeta". Veamos algunos textos: "Si todos profetizan -es decir, si hablan de forma comprensible y no en lenguas- y entra un no creyente o un simpatizante, lo que dicen unos y otros le demuestra sus fallos, lo escruta, formula lo que lleva secreto

administradores de la múltiple GRACIA de Dios. El que **toma la palabra**, que hable la Palabra de Dios. El que **se dedica al servicio**, que lo haga en virtud del encargo recibido de Dios" (1P 4, 10-11).

en el corazón" (1Co 14, 24); "Profetizar podéis todos, pero uno a uno, para que aprendan todos y queden **exhortados** todos"(1Co 14,31).⁴⁸

Esta dimensión exhortativa tiene dos elementos que poco a poco se van distanciando en sus funciones. Hay un elemento de aplicación del evangelio y de la doctrina a la situación concreta de la comunidad, que se va sedimentando en los responsables. Sería una de las funciones de los "pastores", que en Ef 4, 11 son puestos junto a los doctores. Cf. igualmente 1Tm 5, 17: "Los presbíteros... que se afanan en la predicación y en la enseñanza". Hay otro elemento más imprevisible: es el que normalmente se entiende bajo el nombre de "profecía".

CARISMAS DE LA PALABRA. RESUMEN

Interpretado así este texto, San Pablo estaría indicando unos carismas de la Palabra (profecía) que abarcan fundamentalmente dos: el carisma de enseñanza (el que enseña) y el carisma de la exhortación (**el que exhorta**), que, a su vez, abarca un elemento de predicación (que en parte será función de los pastores) y un elemento de revelación (que es al que en lenguaje corriente queda reducida la profecía).

CARISMA DE ADMINISTRACION DE LOS BIENES

San Pablo emplea la expresión "el que da". Muchos comentaristas la entienden referida al que da de sus propios bienes. "Pero, en la Iglesia primitiva, la renuncia total a sus propios bienes es tan conocida (cf. lo Evangelios y los Hechos, pero también 1Co 13, 3: 'Si doy a los pobres todo lo que tengo') que la simple generosidad habitual no puede contar como una cosa extraordinaria, específica de algunos (que permite hablar de 'el que da'). Por esto comprendemos 'el que da' como 'el que distribuye los bienes de la Iglesia'". (J. SANCHEZ BOSCH, op. cit., p. 68).

Se trata del carisma de distribución de aquellos bienes que en 1Co 12, 10 (cf. 13, 3) se indica que los miembros de la comunidad han entregado según sus posibilidades para la comunidad y los necesitados. Quizá se deba identificar con la beneficencia o asistencia (**antilémpseis**) que se indica en 1Co 12, 28 junto a la *kybemeseis*, que vamos a entender como referida a los dirigentes de la comunidad.

CARISMA DE DIRECCION

La expresión utilizada por San Pablo y que hemos traducido por "el que preside" tiene el significado base de "tener cuidado de", pero entendido aquí referido a los que se encargan de la responsabilidad general de la comunidad. Es la misma expresión que encontramos en 1Ts 5, 12: "Os rogamos, hermanos, que apreciéis a esos de vosotros que trabajan duro, **haciéndose cargo** de vosotros por el Señor y llamándoos al orden".

Estos responsables de la comunidad deben ponerse en relación con los "episcopos" de Flp 1, 1 ; 1Tm 3,2; Tt 1, 17. Y son los continuadores de ese ministerio de dirección de las comunidades que en la Iglesia primitiva se realiza en primer lugar

⁴⁸ "La profecía está íntimamente relacionada con "consolación", como se ve por ese pasaje de 1Co 14, 3 y por un detalle en el que los autores no han reparado: que al levita Barnaba se le llama en Hch 4, 36 **hyos parakiéseos**, 'hijo de la consolación, significando literalmente su nombre 'hijo de la profecía', "**bar nabu**". Sólo identificando profecía con 'consolación', puede Barnaba, 'hijo de la **profecía**', significar 'hijo de la conolación'- (A. DIAZ-MACHO, La Iglesia primitiva fue carismática, en El Olivo (197 7) 2, pp. 22-23.)

por los "apóstoles" como autoridad máxima, y en cada comunidad concreta por los "profetas y doctores" (cf. Hch 13, 1). Esta nomenclatura antigua queda aún reflejada en 1Co 12, 28: "En el primer puesto los apóstoles, en el segundo los profetas, en el tercero los doctores,...".

CARISMA DE ASISTENCIA

‘El que ejerce la misericordia’ podría ser el que se ocupa, por medio de cuidados materiales, de los que tienen necesidad (especialmente los enfermos, ancianos, peregrinos) en nombre de la Iglesia" (J. SANCHEZ BOSCH, op. cit. p.70).

Seguramente hay que ponerlo también en relación con la beneficencia o asistencia (antilépseis) de 1Co 12, 28.

CARISMAS DE SERVICIO: RESUMEN

Siguiendo la interpretación que estamos haciendo de este texto, San Pablo nos presenta los distintos carismas de servicio distribuidos en tres: un carisma de administración (el que da) destinado a la administración de los bienes de la comunidad, un carisma de dirección (el que preside) que es el responsable de la comunidad, y un carisma de asistencia (el que ejerce la misericordia) para el cuidado de los necesitados.

Según esta interpretación que hemos hecho los carismas aparecen en este texto claramente como "los dones de trabajar al servicio" de la comunidad en los distintos ministerios reconocidos por la misma comunidad. Hay que notar que no se trata de "dones que hacen idóneos a un puesto de servicio en la comunidad" (B. YOCUM, Prophecy. Ann Arbor 1976, apend. 11), sino del servicio en sí mismo. San Pablo no distingue entre un ministerio y un don carismático para poder realizar este ministerio. Sino que, para él, el ministerio es carisma, es decir, **es el mismo ministerio que se realiza en la manifestación de la gracia de Dios.**

Tercer texto: Ef 4, 7-16

Por último vamos a acercarnos al tercer texto fundamental en que San Pablo habla sobre los carismas, aunque propiamente no aparezca aquí explícitamente el término. Veamos la primera parte del texto:

"A cada uno de vosotros se le ha dado la GRACIA según la medida del don de Cristo. Por eso dice la Escritura: subió a lo alto llevando cautivos y dio dones a los hombres. El subió supone que había bajado a lo profundo de la tierra; y el que bajó es el mismo que subió por encima de todos los cielos para llenar el universo. Y Él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelizadores, a otros, pastores y maestros, para el perfeccionamiento de los santos, para la OBRA de SERVICIO, y para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud" (vv. 7-13)

San Pablo se fija de nuevo en esta "edificación del cuerpo de Cristo" (cf. 1Co 12, 7 "para el provecho común"), e indica que todo **cristiano** ha recibido su forma de aportar (cf. 1Co 12, 7 ("cada uno ha recibido la manifestación del Espíritu"). Esta

aportación de da uno de los creyentes es gracia para la obra de servicio (cf. 1Co 12,4 "hay diversidad de carismas...de servicios...de acciones")

II IMPORTANCIA DE LOS DIRIGENTES

De todos estos dones de trabajar al servicio de la construcción de la comunidad, San Pablo enumera de nuevo aquí los que él considera más importantes de cara al crecimiento en plenitud (cf. 1Co 12, 28 "Y Dios ha distribuido en la Iglesia: en el primer puesto los apóstoles, en el segundo los profetas, en el tercero los doctores").

No es fácil encontrar una explicación de la diferencia entre la lista de 1Co 12, 28 y la que encontramos aquí en Ef 4, 11. En primer lugar comprobamos que la diferencia estriba en la inclusión de los "evangelistas" y de los "pastores" entre la pareja clásica de la iglesia primitiva "profetas y doctores" (cf. Hch 13, 1). En segundo lugar hay que tener en cuenta, quizá como base para una explicación, la distancia cronológica que hay entre las dos cartas. La primera carta a los Corintios la escribió San Pablo en Efeso hacia el año 56/57, mientras la carta a los Efesios, según algunos comentaristas habría sido escrita en Roma hacia el año 63 y según otros sería un escrito de algún discípulo hacia finales del siglo 1.

Nosotros pensamos que el autor de a carta a los Efesios ha adaptado la trilogía primitiva "apóstoles-profetas-doctores" a la situación contemporánea de sus comunidades y a la nomenclatura que en ellas se usaba. Se trata indudablemente de describir los responsables de las comunidades, las personas que tienen una autoridad especial. La función de los apóstoles y profetas es vista por el autor de la carta sobre todo en su dimensión itinerante y por eso viene adaptada a la situación de sus comunidades por la función de los "evangelistas". Poca cosa sabemos sobre los "evangelistas"; es un término que encontramos aplicado a Felipe, uno de los siete dirigentes helenistas, en Hch 21, 8: "Salimos al día siguiente y nos hospedamos en su casa. Felipe tenía cuatro hijas solteras con el don de profecía". Quizá también a esta labor de predicación itinerante de la Palabra se refiere la exhortación de San Pablo a Timoteo: "Cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu servicio" (2Tm 4, 5).

Frente a esta labor itinerante el autor de la carta a los Efesios señala también la labor de dirección estable de una comunidad local. Ésta la expresa mediante el binomio "pastores y doctores". Escribe J. Huby: "Los pastores y doctores se nombran juntos porque, según parece, consagraban su actividad -rasgo común a los dos grupos- a una Iglesia determinada: y por ello, dice Teodoro, son colocados después de los evangelistas, que eran misioneros. Del hecho de que ambos títulos, pastores y doctores, estén unidos estrechamente, no hay que concluir su identidad. Si normalmente, como observaba San Jerónimo, el pastor que gobernaba una Iglesia debía ser capaz de instruirla y por consiguiente de ejercer el papel de doctor, podía haber también maestros que no hacían de jefes de comunidades cristianas" (*Cartas de la cautividad*, Madrid 1963, pp. 181-182).

HACIA EL VERDADERO CRECIMIENTO

San Pablo resalta, por lo tanto en este texto, la acción del Espíritu Santo a través de los ministerios principales de la comunidad. Una visión carismática distinta que ésta mantiene a la gente en una situación de infantilismo, sin un verdadero crecimiento

espiritual, sin un descubrimiento profundo de lo que es Cristo, sembrando la división y no la construcción de la comunidad.

Por eso el autor de la carta después de señalar los dones principales para esta construcción de la comunidad, fijándose de un modo especial en los "pastores y doctores", indica que éste es el don que Cristo ha derramado "para que ya no seamos niños sacudidos por las olas y llevados al retortero por todo viento de doctrina, en la trampa de los hombres, que con astucia conduce al error; sino que, realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia El, que es la cabeza: Cristo, del cual todo el cuerpo, bien ajustado y unido a través de todo el complejo de junturas que lo nutren, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo, para construcción de sí mismo en el amor" (vv. 14-16).

La descripción de una falsa concepción carismática es muy realista. Una consideración de los carismas como "fenómenos extraordinarios" es una mentalidad de "niños" que lleva a toda clase de desviaciones y que pone a la gente en manos del primero que pasa o que dice algo exaltado ("sacudidos por las olas y llevados al retortero por todo viento de doctrina"), cuando en realidad, estas personas que sostienen estas visiones exaltadas no son más que personas que intentan tener poder sobre otras ("en la trampa de los hombres") y que seducen desviando del verdadero camino de Cristo ("con astucia conducen al error").

Aspirad a los Carismas superiores ¹

Jesús Villarroel, O. P.

Después de ocho años que lleva de camino la Renovación Carismática en España no creo que quepa otra cosa más que una acción de gracias continua y emocionada por esta obra maravillosa y por los abundantes frutos pastorales que produce. Estamos rodeados de "una nube de testigos" que estarían dispuestos a testificar todo esto. Muchos de nosotros podemos dar el testimonio de que nuestra vida ha cambiado en profundidad, se ha dado en ella un cambio cualitativo y hemos descubierto la clave para transformar en alabanza hasta los más pequeños actos de cada día. El Espíritu del Señor Jesús se ha hecho presente con fuerza y poder en nuestras vidas, y en Él hemos experimentado que Jesús está vivo, que sigue amando, salvando y construyendo su Iglesia como signo de salvación para todos los hombres. Y todo esto con una experiencia personal, dentro de la fe y la obediencia de la Iglesia, que hace se perciba todo ello con un talante de frescor, de juventud, de renovación, de actualidad, de presencia viva de, Señor en medio de nosotros y de todo el pueblo de Dios.

La Iglesia renueva continuamente su juventud, "como la del águila", y la presencia del Señor es siempre joven en gloria y poderío. Yo jamás pensé que la reforma de la Iglesia siguiera estos caminos. Pensé que con amor, con entrega y dedicación, evitando antitestimonios, sobre todo en la pobreza, con muchas reuniones y cambiando las estructuras ya estaba todo hecho. La lucha era contra estructuras viejas y caducas, ya no reales, que se empeñaban en perseverar, y que en el fondo escondían mucho: privilegios personales, mecanismos de defensa y posturas estereotipadas. La verdad es que el Espíritu del Señor me ha abierto los ojos. Y me ha enseñado que Él es la fuerza y el poder, que su Iglesia es un don maravilloso suyo, que lo nuestro es la acogida de ese don, que Él es el Señor y que no cede su gloria a nadie. Él actúa con poder en su pueblo creándolo y haciéndolo crecer, y que no se trata de correr y esforzarse desde nosotros, sino de que Él tenga misericordia.

Una de las formas en las que el Señor se muestra maravilloso es regalando a su Iglesia lo que llamamos carismas. Son dones especiales que tienen como función construir la Iglesia y darle consistencia. Carismas de santidad, de apostolado, de gobierno, de discernimiento, de profecía, de liberación, de curación, de todo tipo de compromisos, incluyendo a otros más pequeños como el de lenguas, que, por ser también don del Espíritu, es algo sagrado y digno de toda estima. Gracias a Dios, en la Renovación Carismática estas cosas han dejado de ser teorías para convertirse en una experiencia viva en medio de la Iglesia de hoy.

Ahora bien, el Señor actúa con nosotros, un pueblo histórico, pesado y de dura cerviz, poco convertido y siempre en peligro de prostituirse con toda clase de ídolos. De esta forma, somos una continua rémora para los planes y grandezas del Señor. Un pueblo que necesita profetas que le hablen de parte del Señor, que necesita signos, que

¹ Koinonia 33-34 (1982) pág. 26-28

necesita conocimiento, que necesita perdón y liberación. Por eso se nos invita a la escucha, a espabilar el oído y a descubrir los caminos del Señor.

El Señor, en este momento, quiere manifestarse actuando algunos carismas al parecer un poco dormidos en los últimos tiempos. Nos está enseñando el poder enorme de construcción que tienen en la Iglesia. Los carismas, por ejemplo, de curación, tanto interior como física, sirven de maravilloso despertador de la fe, pues al ser dones del Espíritu no actúan sólo espectacularmente, sino con fuerza interior en los corazones. Lo mismo, un carisma de santidad, de liberación, la aparición de verdaderos profetas, el despertar de algunas vocaciones en la pura fe, y en definitiva la aparición de grupos y comunidades de oración y de apostolado en su Iglesia.

Aquí en España, este año pasado, el Señor ha querido regalarnos una comprensión más profunda de todo esto con la venida del padre Tardiff, la Asamblea Nacional y los retiros dados por los hermanos hispano-venezolanos Nicolás y M. Carmen. Hemos comprendido, al escucharlos y al ver cómo el Señor actuaba por medio de ellos, que el apellido de "carismático" en la Renovación no es algo secundario. Que nos tenemos que tomar en serio todo esto y creer en ello, para que la Iglesia de España perciba también los frutos que el Señor quien derramar a nivel mundial. En definitiva que tenemos que estar abiertos al Espíritu, sin prevenciones y sin medida, para no ahogar el plan de Dios que siempre va a ser más maravilloso que todo lo que podamos pensar. El Señor quiere hacer verdad aquella recomendación de san Pablo: "Aspirad a los carismas superiores" (1Co 13, 1), "Aspirad a los dones espirituales" (Ibid. 14,1). La teología de la Iglesia viene a confirmarnos esta diciéndonos por boca de **Tomás de Aquino**: "Los dones espirituales no reciben a no ser que se deseen" (*In Iohannem*, 14, 6).

SOMETIDOS AL DISCERNIMIENTO DE LA IGLESIA

Ahora bien, ni en esto ni en nada podemos independizarnos del Magisterio de la Iglesia, pues como suele decirse: los individuos ni los grupos tienen teléfono directo con el Espíritu Santo. Es Iglesia la que posee todos los dones todos los carismas: ella es la que pe dona los pecados, ella la que bautiza, que predica, la que tiene el don de curación, de profecía y todos los demás

También el de discernimiento. Ninguna de estas cosas es de administración privada.

Por eso hay que estar atentos a la enseñanza de la Iglesia para que el diablo no nos tiene de nuevo diciendo: ¿Por qué no vas a comer esta manzana?. **Juan Pablo II** nos exhortaba en Roma a la "fidelidad a la auténtica doctrina de la fe; todo lo que contradice a esta doctrina no viene del Espíritu". Esto evidentemente se refiere no sólo a la teoría sino también a la praxis.

Pues bien, en lo que se refiere al deseo y ejercicio de los carismas hay una enseñanza de la Iglesia últimamente que nos marca la pauta a seguir. Coincide con Pablo en elogiar la grandeza de los dones de Dios y la gratitud con que se deben recibir. Pero siempre se añade la coletilla: "Los dones extraordinarios no deben pedirse temerariamente, ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos del trabajo apostólico". Así hablaba el **Vaticano 11**, L.G., 2, 12. Juan Pablo II, en la *Catechesi tradendae* 72, dice: "La Renovación en el Espíritu será auténtica y tendrá una verdadera fecundidad en la Iglesia, no tanto en la medida en que suscite carismas extraordinarios,

cuanto si conduce al mayor número posible de fieles, en su vida cotidiana, a un esfuerzo humilde, paciente y perseverante para conocer siempre mejor el misterio de Cristo y dar testimonio de El". El mismo Juan Pablo II en el *Congreso de Roma* nos decía: "Estad abiertos a los dones del Espíritu, sin exagerada concentración en los dones extraordinarios".

"ASPIRAD A LOS CARISMAS SUPERIORES..."

De aquí se sigue como consecuencia clara algo que ha causado inquietud en algunos grupos de España. El discernimiento acerca de si un grupo va bien o no va bien no se puede hacer a nivel de carismas extraordinarios, o sea, don de curaciones, de profecía, carismas especiales de discernimiento, palabras de ciencia, poder de expulsar demonios; y el menos bueno sería el que careciera de estos dones. No se puede hacer este juicio. Sería irnos por las ramas y edificar sobre arena. Lo mismo le sucedió a Pablo con Corinto y Tesalónica. Corinto fue la comunidad de los grandes dones que traían de cabeza a Pablo. En Tesalónica, por el contrario, no brillaba al parecer ninguno de los dones extraordinarios y, sin embargo, ved que derroche de ternura y de elogio derramó Pablo en sus dos cartas a los Tesalonicenses. De todas formas también les amonestaba: "No extingáis el Espíritu, no despreciéis las profecías" (1Ts 5, 19).

En una tesitura semejante a la nuestra se encontraba Pablo cuando escribió a los corintios el famoso himno a la caridad, de 1Co 13. Empieza así: "Aspirad a los carismas superiores, pero os voy a mostrar un camino mejor. Es decir, aspirad a todo, pero el camino básico es este... Y sigue diciendo: "Aunque hablara las lenguas de ángeles y tuviera todos los dones de la tierra y el cielo, si no tengo amor no sería nada". El discernimiento hay que hacerlo siempre a nivel de realidades esenciales y de intenciones fundamentales. El problema aquí es que estas realidades e intenciones suelen ser menos llamativas, más ocultas y halagan menos el triunfalismo inconsciente que anida dentro de cada uno de nosotros.

La Teología de la Iglesia distingue desde antiguo tres clases de gracia: a) **santificante**, que se objetiva en la caridad, el servicio, la negación de uno mismo en la pobreza... b) **actual**, se refiere a mociones del Espíritu, fundamentalmente en orden a la santificación, y e) **gratis datae**, es decir gracias gratuitas, o sea doblemente gratis, que son los carismas. Estos sirven para edificación de la Iglesia, y Dios los distribuye según épocas, según naciones, según el estilo e idiosincrasia de las gentes y los pueblos. En unos, dones de sabiduría, en otros, de milagros, en otros, de sencillez, y siempre para la máxima edificación y testimonio de su Iglesia.

ABRIRSE A TODOS LOS DONES DEL ESPIRITU

Por eso debemos estar abiertos a los dones del Espíritu, dejándole al Señor la libertad de distribuirlos según el beneplácito de su sabiduría y voluntad. Pero, eso sí, abiertos a esos dones, valorándolos, recibéndolos con gratitud y poniéndolos al servicio de la comunidad "como buenos administradores de la múltiple gracia de Dios" (1P 4-10). Es necesario desearlos, aspirar a ellos. Una cosa es poner con presunción la confianza en ellos, y otra muy distinta es recelar o cerrarse a ellos. También de esta segunda forma se puede pecar contra el Espíritu Santo, y por cierto, se hace con más frecuencia. Unas veces por temor al ridículo, otras, amparados en las ideologías u opiniones humanas, según las cuales estas cosas sólo fueron necesarias al principio de la Iglesia, cuando aun no estaban sus estructuras suficientemente consolidadas. La

renovación carismática es toda ella un don de Dios, y lleva el apellido de "carismática" como expresión de la voluntad de Dios para nuestro tiempo, porque si de una cosa estamos seguros es de que esto no nos lo hemos inventado nosotros. El mundo de hoy necesita signos, necesita muestras especiales del amor de Dios, hundido como está en la desesperanza y en la falta de motivaciones para vivir, necesita que la Iglesia sea reconstruida, y finalmente necesita percibir que Jesús vive y actúa en medio de su pueblo. Por lo tanto, los que hemos sido llamados a esta renovación bloquearíamos la acción de Dios si, despreciando los carismas, nos conformáramos con intensificar un poquito la piedad y devoción en nuestras vidas. Dejemos que el Espíritu se muestre poderoso en nosotros, dejemos actuar en su Iglesia la poderosa virtualidad de la sangre y la resurrección de Cristo. Aspiremos a los carismas superiores: un sacerdocio renovado, una teología viva, una alabanza que estalle en lenguas, unas estructuras revitalizadas. Aspiremos a que el Señor cure y libere a su pueblo, a que nos envíe verdaderos profetas, que nos comunique palabras de conocimiento, dones de interpretación y discernimiento y que en definitiva la predicación del evangelio se vea acompañada de signos de toda clase como nos tiene prometido en su Palabra.

La Renovación Carismática es un ámbito donde por gracia de Dios existe un clima de fe propicio para que el Señor actúe de esta manera. Pero por eso mismo, porque lo sublime está cerca de lo ridículo, tenemos que extremar entre nosotros las precauciones y el discernimiento. **Pablo VI** describió la Renovación como una flor delicada y como una oportunidad para la Iglesia. Esto último lo volvió a subrayar **Juan Pablo II** en el congreso de Dirigentes. La precaución que debemos adoptar consiste fundamentalmente en una actitud interior que se llama pobreza de espíritu. El grupo carismático y sus individuos deben cultivar al máximo esta pobreza, lo que tradicionalmente se ha llamado humildad.

Los frutos del Espíritu son actitudes resultado de la acción de Dios en nosotros. Estas actitudes son notas características de una personalidad cristiana. Pero hay unos frutos especialísimos que constituyen la esencia del ser y comportamiento cristiano en el mundo. Son las bienaventuranzas. Sólo el Espíritu las puede producir en nosotros y tienen razón de gozo y felicidad a pesar de expresar algo contrario a los criterios del mundo y de nuestras propias concupiscencias. Por eso se llaman bienaventuranzas. El que tiene experiencia de esto sabe que esa felicidad no es sólo promesa sino realidad que se cumple en esas situaciones. Por eso, el pobre de espíritu es feliz. Feliz en su pobreza.

SIENDO HUMILDES Y POBRES DE ESPIRITU

Es necesario que nuestros grupos y cada uno de nosotros seamos pobres de espíritu. Así nunca nos escandalizaremos de nuestra propia pobreza, de nuestro pecado, del pecado en nuestros grupos, de los pocos que somos, de la pobreza de nuestra alabanza y enseñanza, de lo poco guapos que somos y de lo mal que cantamos. El Señor quiere crear personalidades bienaventuradas en nuestros grupos. Felices en su pobreza y en su humillación. Estos nunca desearán temerariamente los carismas superiores, pero paradójicamente será en ellos donde el Señor actúe sus carismas poderosamente. Estos son los verdaderos carismáticos sin prisas, sin ansiedades, sin angustias, al contrario: con la profunda paz que les da el don de sabiduría al entrar en el tiempo y en la paciencia de Dios y ver todas las cosas con los mismos ojos de Dios. La verdad de todos nosotros está, como en María, en nuestra humillación. Todo lo demás es gracia. Por eso

proclamamos con ella, cuando Dios quiere y sólo cuando El quiere, la grandeza del Señor, en nuestros grupos y nos alegramos en Dios nuestro Salvador.

El pobre de espíritu no es un desidioso, ni un tibio, ni un "pasota". Al contrario, ama la venida del Reino con toda intensidad y pone sus fuerzas y toda su vida entera al servicio de ese Reino. Ora con emoción todos los días: "Venga a nosotros tu Reino". Y tiene los ojos convertidos, a la escucha y vigilantes como una esclava en las manos de su señora. Pero para él, el Reino ya ha llegado, porque es Jesús, y en Jesús y en su amor se goza, de lo que ha recibido ya suficientes pruebas. Su corazón, a pesar del intenso deseo del Reino, está en paz. El "todavía no" del Reino, con todas sus manifestaciones lo confía a la voluntad de Dios.

Hay que pedirle al Señor el don de ser fieles en la pobreza de nuestra vida y de nuestros grupos. Aún más, pedirle al Señor que nos empobrezca continuamente. Hasta que sintamos el gozo bienaventurado y profundo de ser pobres, pocos, perseguidos, insultados, incomprensidos y rechazados. Y en el caso de que sintamos los consuelos y los signos del Señor no apegarnos a ellos, porque nuestra verdad no está ahí. Y si el Señor obra grandes milagros en medio de nosotros y nos da poder para expulsar demonios, debemos de poner a prueba todos estos dones y no alegramos demasiado en todo ello. Dejar, eso sí, que la alegría colme nuestra vida por la gratuidad de la elección del Señor: "No os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos" (Le 10, 20).

EL QUE ASPIRA A LOS CARISMAS QUE MUERA A LOS CARISMAS

Por eso no nos fiemos de cualquier espíritu. Sin extinguir el Espíritu, sin despreciar las profecías, examinémoslo todo y quedémonos con lo bueno (1Ts 5, 19). Es bueno que al que tenga un carisma de los muy **llamativos le sea puesto a prueba por los dirigentes d grupo, para que todo sea pasado por crisol como el oro**, y sea como la plata limpia de toda ganga "refinada siete veces". Eso sí, los dirigentes pidiendo al Señor una gran libertad de corazón **en una escucha continua** de la voluntad del Señor. Esta es la praxis constante y la dirección espiritual de la Iglesia, que hace verdad la frase de que el que aspire los carismas muera a los carismas.

Por otra parte, el ejercicio de los carismas a que Dios nos llama, requiere cada vez más el compromiso total, toda nuestra vida. Esto no es un juego ningún tipo de actividad simbólica. Un ejemplo. Si el Señor nos envía a orar por la curación de los demás nos va a pedir seguramente con el tiempo que carguemos con los sufrimientos y enfermedades de aquellos por los que oramos. SI oro para que alguien se cure de un cáncer, el Espíritu me va a mover pedir que me pase a mi la enfermedad del hermano. Cuando el Señor nos pueda mover a esta entrega de nuestra vida, nuestra oración será sincera, no sólo subjetiva sino objetivamente. Así imitaremos al Señor que cargó con todas nuestras dolencias.

Una obra del Señor tan preciosa, tan delicada, tan repleta de frutos de toda especie, como es la Renovación Carismática, no podemos someterla a "pública infamia e irrisión de las naciones, ni a que meneen la cabeza los que pasen por el sendero".. No por nosotros sino para que no sea blasfemado el nombre del Señor. ¡Qué experiencia tan sentida tendría de todo esto la primitiva Iglesia para escribir Mateo, dentro del Sermón de la Montaña, versículos tan duros como este: "Muchos me dirán aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios y en tu

nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Jamás os conocí. Apartaos de mí, agentes de iniquidad"! Y sigue la parábola de los que edifican sobre arena o sobre roca. (Mt 7, 21-27; Le 6,46-49)

Sin embargo, a pesar de todo dicho, a pesar de todas las cautelas que sean necesarias, hay que aspirar a los carismas superiores. En ello realiza Renovación Carismática parte de su definición y de su vocación.

L A O R A C I Ó N ¹

Rosa M^a Serra

¿Qué es orar?

Orar es escuchar a Dios. Orar es ponernos ante Dios, mirarlo y dejamos mirar. Orar es hablar con Dios, como con un amigo. Orar es salir de uno mismo, es la preparación para encontrarnos cara a cara con Dios.

Jesús le dijo a la samaritana cuando, se la encontró en el pozo de Jacob: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide agua, serías tú quien le pedirías a él, y te daría agua viva". El Señor nos necesita, tiene sed de nosotros. Quiere darnos agua viva que mana de la fuente que es él. Quiere que nos abandonemos a él. Quiere que le digamos: "Señor, quédate entre nosotros". Pero nosotros con nuestras prisas de cada día y con el corazón tan lleno de cosas humanas, inconscientemente le decimos TI pasa de largo que tengo prisa".

Caminos para llegar a la oración

Del mismo modo que para hacer un pastel y quede bueno no puede faltar ningún ingrediente, nos podemos preguntar qué ingredientes hemos de poner para hacer oración. Nos ayudará utilizar algún salmo, y a partir de aquí ir repitiendo las frases que nos gusten más o las que más entendamos. E ir las repitiendo.

También nos puede ayudar las lecturas del día. Tomar algún canto conocido. También nos ayudará a entrar en oración, empezar alabando a Dios por todo. Un rato de nuestra oración ha de estar ocupado por presentar ante el Señor nuestra familia, los hermanos de fe. Todos estos ingredientes son para ayudarnos a hacer oración personal, sobre todo. Pero por ahí se empieza. Si estamos acostumbrados a hacer oración personal, la oración comunitaria sale sola.

Condiciones correctas para orar

Nos cuesta a todos encontrar un rato para el Señor. Es verdad que todos tenemos muchas obligaciones, llevamos una vida agitada, pero pongámonos la mano en el corazón al final del día y preguntémonos: ¿realmente no he tenido ni un minuto para el Señor?

Para ponernos en actitud de oración necesitamos utilizar nuestra voluntad. Pensemos que nuestra vida estará vacía, no dará frutos ni gloria a Dios si no tenemos la oración inserta en nosotros del mismo modo que tenemos el hábito de comer o de peinarse.

El Señor es bueno y misericordioso con nosotros, pero no le devolvemos con la misma moneda. No hemos descubierto aún el calor del amor.

¹ Koinonia 70 pp. 8-10

Nos pasa como a aquellas parejas que hace años que viven juntos, uno al lado del otro, pero cada uno hace su vida y no han descubierto aún la alegría, los valores del otro.

Lo que nos pasa en la vida de fe es lo mismo. Hace años que caminamos al lado del Señor y aún no nos hemos dado cuenta, aún no le hemos descubierto.

Nos hemos de abrir a la acción de Dios, hemos de salir de la rutina y de tanto en tanto respirar el oxígeno que viene del cielo. Una vez hayamos respirado este aire que viene del cielo, ya no podremos volver a vivir en el aire contaminado.

Nuestra oración no será un acto aislado en la vida, sino que oraremos en todas partes, en todo momento, por todo y con todo. Cuando ha entrado en nuestra vida el gusanillo de la fe y todo lo que esto comporta de buenas obras, perdón, hacer en cada momento la voluntad de Dios, etc., la oración no puede abandonarse.

Todo esto sólo podremos hacerlo con el Espíritu Santo que está en nosotros. Tomarlo bien fuerte de la mano y dejarnos conducir por él. Esto lo podemos entender mediante un ejemplo gráfico. Si queremos ir de Barcelona a Lugo, podemos ir andando utilizando nuestras fuerzas. También podríamos ir a caballo, y nuestro esfuerzo consistiría en mantenernos agarrados fuertes sobre el caballo para no caer. El hace el esfuerzo más grande y nosotros estamos encima. En la vida de fe hemos de poner algo de nuestra parte, pero no podemos hacer nosotros todo el esfuerzo. Nos podemos aguantar sobre el caballo sin caer gracias al Espíritu Santo que nos ayuda a caminar

Actitudes del que ora

Dentro del clima de oración podemos tomar muchas actitudes: agradecimiento, alabanza, acción de gracias, adoración, petición. Todo consiste en ponerse en presencia de Dios, pero con actitudes diferentes:

Actitud de alabanza: es ponernos ante Dios reconociendo su superioridad, su única grandeza, su gran amor, su fidelidad. Es reconocer su justicia, la salvación, el poder liberador. Por más pesos que llevemos encima, por muchos problemas que pasemos, si estamos cerca de Dios nos sentimos liberados. No se sentirá nunca liberada una persona que humanamente se siente muy llena, rica, con orgullo. El Señor nos quiere pobres y humildes, sencillos; sólo así podremos reconocer su grandeza.

Oración de acción de gracias: Dar gracias es tomar conciencia de los dones del Señor. Dar gracias es en cierta manera dar testimonio de lo que hace el Señor in nuestra vida. Dar gracias es confesar nuestra fe. La oración de acción de gracias por excelencia es a Eucaristía. Jesús da gracias al Padre y todos los cristianos nos unimos a él.

Oración de adoración: Es la expresión espontánea, consciente, voluntaria de la reacción del ser humano impresionado por la proximidad de Dios. Cuando en la naturaleza vemos una cosa muy hermosa nos quedamos mirándola con la boca abierta. Pues con Dios esa igual, nos gusta adorarle, mirarlo un buen rato, admirar su grandeza.

Oración de petición: Actitud de aquel que todo lo espera del ladre y le presenta cada una de las necesidades que lleva en su corazón Quien ama no puede permanecer callado ante las necesidades de quienes ama.

Frutos de adoración

Todas las personas tenemos, desde que nacemos hasta que morimos, un camino que hemos de recorrer; unos fácil, otros no tanto. A lo largo de este camino la vida nos tiene preparadas muchas sorpresas. Suerte que vienen poco a poco, porque si desde un principio supiésemos todo lo que hemos de vivir, muchos ya lo dejarían.

El ser humano tiene un alma, inteligencia y libertad. La vida cada uno puede enfocarla como quiere, para eso tenemos la libertad, y el Señor nos deja bien libres. Pero como nosotros somos privilegiados y hemos recibido la gracia de la fe, nuestras vidas tienen un sentido nuevo, un sentido renovado.

Aunque en el momento de la verdad a veces seamos un desastre y todo nos salga mal, nuestra vida está enfocada hacia Dios, para nosotros es lo más importante de nuestra vida. ¿Qué es ser cristiano?. "Por sus frutos los conoceréis". Cuando una persona ora, se conoce por los frutos.

Los frutos de la oración son: paz, paciencia, valentía, fuerza para la lucha, caridad, humildad, amor hacia los demás, etc.

ORAR EN LENGUAS: UN MODO DE AMAR A DIOS

El don de lenguas es una oración del corazón

Robert Faricy, S.J. y Milette Estrada¹

Actualmente millones de personas han recibido el don de lenguas. Es el elemento más distintivo de la corriente carismática-pentecostal que se ha extendido por todo el mundo y ha alcanzado a cristianos de prácticamente todas las denominaciones. Las lenguas han estado presentes en nosotros desde la bajada del Espíritu Santo sobre los discípulos en Pentecostés, y han estado siempre presentes en la vida de la Iglesia.

Pero las lenguas son un don que muchas personas prefieren no recibir. Parece extraño, innecesario. A los que oran en lenguas les preguntan muchas veces: "¿Qué es eso?, ¿cómo se puede explicar?", "¿De qué me serviría el orar en lenguas?."

Aunque le llamamos un "lenguaje" de oración, no es un idioma real, ordinario. Expertos lingüistas han analizado miles de cintas grabadas de personas orando en lenguas y no han encontrado una estructura lingüística en lo que estaban diciendo o cantando. Les falta la estructura de un idioma, aún cuando suena como un idioma. Hay excepciones en esto; lo que está diciendo una persona orando en lenguas puede ser reconocible como un idioma, diferente de cualquiera de los que conoce esa persona. Pero como ella no sabe lo que está diciendo, el efecto es el mismo: las lenguas son un don de oración.

Encontramos útil el comparar las lenguas con la oración contemplativa, otra forma de oración no conceptual. Contemplación significa unión con Dios no conceptual, sin palabras. Es una unión a través del amor, una unión en la que adoramos, alabamos, amamos, o vamos a Dios sin palabras, ni pensamientos o ideas específicas. Podemos contemplar silenciosamente mirando al Señor, sabiendo que Él nos mira a nosotros con amor, misericordia y comprensión. Podemos decir el nombre de Jesús despacio en nuestros corazones, o podemos repetir algunas veces una frase como "Te amo, Jesús".

Muchas personas contemplan silenciosamente en la misa, durante la elevación del cuerpo y sangre del Señor. También se quedan con el Señor después de la comunión, sin decir oraciones ni hacer peticiones, sino en un silencio interior profundo. Esto es contemplación silenciosa.

Del mismo modo, el don de lenguas, aunque es ruidoso, puede considerarse contemplativo. Cuando hablamos o cantamos en lenguas, las sílabas con las que oramos no forman palabras que representan pensamientos o ideas como sucede en los idiomas humanos. No representan un concepto determinado; no tienen un contenido específico

¹ Artículo publicado en la revista Newcovenant, Vol. 18, n° 3, octubre 1988, pags. 16-17. El Padre Robert Faricy, S.J., profesor de la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma, estaba en año sabático en Los Angeles. Milette Estrada era miembro del S.C.R.C., el centro de Renovación Carismática en Los Angeles.

que podamos comprender. Conocemos a Dios más con nuestros corazones que con nuestras cabezas. Nuestro conocimiento trasciende pensamientos y palabras.

Orar en lenguas nos ayuda a conocer al Señor de un modo que es distinto de simplemente conocer algo sobre Él. Puedo conocer sobre el Señor leyendo o estudiando, pero conocerle a Él es mucho más importante. Esta "contemplación ruidosa" extiende y profundiza nuestra capacidad de conocer y amar a Dios. Porque el don de lenguas es una forma de contemplación, sana nuestros espíritus como toda oración contemplativa. La contemplación nos permite entrar directamente a Dios. Es un conocimiento a través del amor. Este conocimiento del corazón alcanza y toca al Señor, como la mujer que alcanzó y tocó el borde de la túnica del Señor. Nos trae el poder curativo del Señor.

Cuando yo (Robert Farici) recibí el don de lenguas, comencé a practicar la oración en lenguas un poco cada día. Después del primer año, me di cuenta de que se habían dado algunas curaciones importantes, no sólo en mi vida espiritual, sino también en mi psicología. Me encontré con que no sólo pecaba menos, también era tentado menos. El Señor ha entretejido algunos aspectos de mi personalidad que estaban deshechos y me ha reunificado.

El uso del don de lenguas requiere de nosotros que abramos la boca y hablemos, pero nos quita el peso de tener que saber exactamente cómo orar en cada situación. Como escribe Pablo en Romanos 8, 26-27: "El Espíritu también viene en ayuda de nuestra debilidad, porque no sabemos orar como conviene; pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras. El que sondea nuestros corazones sabe lo que dice el Espíritu, porque el Espíritu intercede por los santos según el deseo de Dios".

Usamos las lenguas no sólo en el ministerio de intercesión, sino también cuando oramos con alguien para pedir su sanación, por las intenciones de esa persona o para su liberación.

Maridos y mujeres pueden orar en lenguas uno por el otro, como uno de los medios de unir y fortalecer su matrimonio. Los padres pueden orar suavemente en lenguas sobre sus hijos mientras están dormidos, o también cuando están despiertos. Las mujeres embarazadas pueden orar así por sus hijos dentro de ellas. Tú puedes orar en lenguas silenciosamente mientras conduces o caminas.

Algunas veces podemos creer que hemos sobrepasado determinados dones espirituales. El don de lenguas es un buen ejemplo. Según maduramos en el Señor, notamos con frecuencia un cambio gradual en nuestra vida de oración, alejándose de la oración expresiva vocal hacia alguna forma de oración mental. Sin embargo, el don de lenguas no puede ser sobrepasado; es un don que crece con nosotros. No hay ninguna razón por la que los cristianos en cualquier etapa de crecimiento espiritual, no puedan orar y cantar al Señor en lenguas. Orar en lenguas es un don que es accesible a todos. Es dado por el Señor.

Los que tienen el don de lenguas deberían usarlo diariamente para crecer en su relación con el Señor. Aquellos que no tienen el don de lenguas deberían buscarlo a través de la oración de los hermanos o pidiéndolo al Señor ellos mismos.

Pidamos no rehusar nunca los regalos de amor que el Señor nos ofrece, para llevarnos a nosotros y a los demás más cerca de Él.

EL CANTO EN LA ASAMBLEA DE O R A C I O N ¹

Leyendo los capítulos 29 y 30 del II Libro de las Crónicas, en los que se narra la preparación para la celebración de la Pascua, instaurada por Ezequías, vemos cómo los levitas músicos se establecen en el templo con toda suerte de instrumentos, y esto se hace "por mandato de Dios, por medio de los profetas". Cuando los músicos están ya colocados en su sitio, el dirigente hará comenzar la oración (29, 27).

En nuestras asambleas litúrgicas y de oración el canto ha de revestir la misma dignidad y esplendor, ya que ante todo es oración y alabanza. Esto quiere decir que nunca puede ser signo de evasión o de distracción en la oración. "Toda la asamblea estaba postrada (adoraba), mientras los cantores cantaban y las trompetas sonaban" (2Cro 29, 28).

Lo mismo que ocurría en aquellas celebraciones de Israel, en las nuestras también la oración y la música se dan paralelamente "hasta el fin del holocausto" (29, 28), es decir, hasta que nos abandonamos totalmente al Señor en la oración. El comienzo, por tanto, deberá estar apoyado con cantos de entrega y abandono en El (purificación, toma de conciencia de su presencia, invocación, etc.) para después comenzar los cantos alabanza exultante (29, 30s). Es necesario que esta alabanza y el canto se manifiesten en el grupo como adoración profunda. Entonces se podrá aplicar la palabra de Ezequías: "ahora estáis totalmente consagrados al Señor" (29, 31).

a).- Casi todos los grupos tienen ya establecido el ministerio de música, lo cual quiere decir que se encomienda a los hermanos que lo componen la responsabilidad de escoger en cada momento la canción oportuna, y no es conveniente que cada hermano de la asamblea entone un canto en cualquier momento o simplemente pida que se cante tal número. Desde luego en la realización de este ministerio han de estar en completa sintonía con los que dirigen la oración y en alguna ocasión serán ellos los que sugieran un canto u otro. Para esto convienen que se sitúen junto a los que llevan la oración. No es indiferente poner un canto u otro. Debe haber un criterio muy claro para la elección: estar muy atentos al ritmo que lleva la oración y cómo el Espíritu del Señor se está manifestando. Por tanto, hay que estar haciendo un discernimiento constante para elegir un canto u otro.

Para esto es necesario que los que participan en este ministerio de la música lleguen ante todo a centrarse en la oración.

Este ministerio es para "estar de continuo en la presencia del Señor" (1Cro 16, 37 y 6, 16). Cuando se reconoce la presencia de Cristo entre nosotros, entonces nuestro canto es oración. Nuestra vida y nuestro canto han de reflejar al Dios que vive en nosotros, y por esto debe ser una expresión, gozosa y alegre.

¹ Koinonia, 27 pp.19-20

El presente artículo es una refundición de dos trabajos enviados a Koinonia por Chalo González, Paco, Fermín, J. Carlos, miembros durante el curso pasado de los ministerios de música de Burgos y Valladolid, y sintetizan la enseñanza que dieron en el I Retiro de ministerio de música, organizado por la Coordinación Regional de Castilla-León, en el curso pasado.

b).- "Alabad a Yahvé, que es bueno salmodiar, a nuestro Dios, que es dulce la alabanza" (Sal 147, 1).

Los hermanos que llevan el ministerio de la música de cada grupo deben reunirse con cierta regularidad. Deberán orar mucho en común y ayudarse en la maduración de la oración y de su ministerio. En estas reuniones programarán también sus actividades, ensayos y harán revisión de los actos celebrados.

Después deberán organizar los ensayos del grupo. Los ensayos ya deberían ser oración, y habría que saberlos valorar en cada grupo y por tanto no considerarlos como algo ajeno a la oración.

Durante los ensayos también se puede ir dando una breve catequesis de cada canto, lo cual ayudará a ensayar con espíritu de oración y a profundizar en el canto.

c).- Generalmente los hermanos del ministerio son los que animan la oración e invitan a la asamblea a la alabanza. Al presentar el número del canto sería conveniente a veces hacerlo con una breve "oración" que una la línea general de la oración del grupo con el canto escogido. Es así como este ministerio es un elemento catequizador y evangelizador que hay que saber aprovechar.

d).- Conviene tener un poco clasificadas las canciones. Hay unas que son de gran expansión y euforia de alegría, otras que son de evangelización, otras de oración íntima y de adoración o de contemplación.

e).- A este respecto es importante recordar la importancia que tienen en las asambleas los momentos de silencio, sobre todo después de haber escuchado la lectura de un texto bíblico que viene muy oportunamente al grupo, o después de los mensajes proféticos, o después del canto en lenguas. No hay que tener miedo al silencio. A veces los que dirigen la oración, si no tienen experiencia, se ponen nerviosos cuando hay un silencio y enseguida recurren al canto como una buena salida. Quizá lo que necesite la asamblea sea una exhortación o personas que sepan dirigir la oración.

f).- Todos sabemos el gran valor que tienen en ciertos momentos el canto cuando se acompaña con gestos, movimientos, o danza. Es importante hacer saber al grupo que todo esto es una forma de alabar al Señor, pues también el cuerpo participa en la alabanza. Que "los hijos de Sión alaben su nombre con la danza" (Sal 149,3). El baile y la danza sagrada, que Israel tenía en su liturgia, es un elemento que hemos perdido en la Iglesia, y la Renovación en el Espíritu nos los está devolviendo en buena hora, haciéndonos ver que no son cosas irreverentes, cuando se hacen con espíritu de oración, sino alabanza profunda, como lo fue para David (1Cro 13, 8), y la misma Escritura dice que el Señor "exulta de gozó por ti, te renueva por su amor, danza por ti con gritos de júbilo, como en los días de fiesta" (So 3, 17-18).

APÉNDICE

"Un buen ministerio musical cuidará de dosificar convenientemente la palabra, el canto y el silencio. Sabrá conservar los mejores cantos conocidos prefiriendo lo bueno a lo nuevo, sin dejar que el afán de novedad lleve al olvido de las canciones de antaño, pero ensayando también otras nuevas que impidan caer en la rutina, vitalicen la

asamblea y le proporcionen formas inéditas de orar. Aún las formas conocidas se pueden perfeccionar. Un ministerio musical estará siempre en camino de progreso, educándose de continuo y ayudando a la formación de toda la asamblea.

Se debe examinar el contenido de los cantos, su mensaje, su letra, para destacar la relación que guardan con la fe, porque a veces fueron compuestos en ambientes que no guardan plena comunión con la Iglesia Católica o inadvertidamente se escapó algún error doctrinal

A veces la letra puede estar recargada de sentimentalismo, de modo que resulte empalagosa...

El canto de la asamblea, de la coral y de los solistas puede alternarse de diferentes maneras. Mencionemos las más usadas:

Forma de melopea: el lector o el solista entonan el himno o salmo y la asamblea subraya las palabras, musitando la melodía a "boca cerrada".

Forma responsorial: El solista o la coral entonan las estrofas del cántico, o los versículos del salmo, y la Asamblea responde con el "coro" o con la "antífona".

Forma litánica: Los solistas entonan las diversas invocaciones y la Asamblea responde con una corta plegaria, que puede variar según la índole de la letanía.

Forma coral: Toda la Asamblea interviene en el coro y en las estrofas.

Forma alternada: La Asamblea se divide en dos coros que se responden mutuamente alternando las estrofas del himno o los versos del salmo.

Forma de "canon": La Asamblea se divide en dos, tres o más coros que entonan una estrofa entrando cada coro gradualmente, de manera que se dé una bella polifonía, muy sencilla de enseñar".

(DIEGO JARAMILLO, Cantamos al Señor, Centro Carismático "El Minuto de Dios", Bogotá, pg. 12 y 17).

Tentaciones contra la alabanza

Manuel Rodríguez Espejo, Sch. P.¹

En Habacuc 3, 17-19 se lee: “Aunque no dé sus yemas la higuera, y sus frutos la vida; aunque falte la cosecha del olivo y no den mantenimiento los campos; aunque desaparezcan del redil las ovejas y no haya bueyes en el establo, Yo siempre me alegraré en Yahvé y me gozaré en el Dios de mi salvación. Yahvé, mi Señor, mi fortaleza, que me da pies como de ciervo y me hace correr por las alturas”.

Hacer oración de alabanza, alabar, es como entrar en una nueva dimensión de la vida de oración. En la alabanza describimos la realidad de Dios, no nos describimos a nosotros mismos. Por ejemplo: “Te alabo, Padre, porque eres bueno ...”, “Padre, eres maravilloso: te alabo ...”, ”Señor, todo lo has hecho bien. Aleluya”.

Así, la alabanza desarrolla una nueva y gran sensibilización a la presencia, a la cercanía y a la acción de Dios (es decir, a su providencia) en nuestra vida y en nuestra sociedad. Pero precisamente porque la alabanza es tan importante que constituye "nuestro deber y la fuente de salvación", "cosa buena, justa y bella", se dan muchas tentaciones contra la alabanza de parte del Maligno. ¡Bien sabe él que si nosotros alabamos, no tiene nada que hacer con nosotros! Veamos algunas de estas tentaciones:

1.- Hacer o querer hacer todo en nuestra vida, menos alabar; estar de tal manera ocupados en el “apostolado”, entre comillas, o en la oración de petición, que no dispongamos de tiempo para la alabanza.

¿Cuál es **la raíz de esta tentación?**: **que no tenemos confianza en el fruto de la alabanza**; que queremos ver el fruto de lo que hacemos; que nos dejamos dominar de un criterio matemático y no de fe...; y como si doy limosna, o si visito a un enfermo, o si doy catequesis, o hago “apostolado social”... me parece ver el fruto, mientras alabo me parece perder el tiempo de cara a las necesidades de los hombres, o me creo eso que a veces se dice de los carismáticos, que somos intimistas, espiritualistas, desencarnados.... entonces no alabo.

Deberíamos creer todo lo que la Palabra de Dios y la Plegaria eucarística IV nos dice, y poner en el primer lugar de nuestra vida la alabanza.

2.- No alabar cuando nuestras obras no son buenas, por ejemplo porque hemos pecado o hemos dejado de hacer algo positivo y posible; o porque en ese tiempo nos encontramos poco generosos, o no nos encontramos "consecuentes", porque nuestras obras no van de acuerdo con nuestras palabras o deseos.

¹ Koinonia, 39-40 pp.38-39

¿Cuál es la raíz de esta tentación?: creer que nuestra alabanza toma su valor de nosotros mismos, de nuestras buenas obras, olvidando que la alabanza es especialmente un don gratuito que Dios otorga a quien quiere y cuando Él quiere, y jamás se merece; olvidar que la alabanza es una oración que el Espíritu hace en nosotros: es el Espíritu quien alaba al Padre en mí, y, por esto, la alabanza es "fuente de salvación" y es lo que más agrada al Padre. La raíz es, en síntesis, creer que son nuestras buenas obras -y no la gracia (don, gratuidad) de Dios- lo que nos salva.

No deberíamos dejar de alabar cuando nuestras obras no son buenas. Más aún, sólo alabando podremos un día, cuando Dios quiera y como Él quiera, no cuando nosotros y como nosotros queramos, convertirnos.

3.- No alabar cuando no sentimos en el corazón palabras de alabanza, es decir, no alabar cuando nos parece que nuestra alabanza no sale espontánea y alegre del corazón.

¿Cuál es la raíz de esta tentación?: creer que soy un hipócrita si alabo con palabras que no salen del corazón; creer que el hombre es pura espontaneidad, puro sentimiento, y olvidar que la autenticidad humana es algo más que pura espontaneidad...; creer que nuestra alabanza vale más cuando la hacemos con palabras espontáneas y bellas...

Deberíamos tener siempre presente que quien mejor nos conoce es Dios - ¡es Él quien nos ha hecho como somos!- y, por tanto, Dios jamás nos pedirá nada que en ese momento no podamos darle. Siendo verdad que debemos "darle gracias, es decir alabarle, siempre y en todo lugar", sabemos que no siempre la expresión de esta alabanza puede salir de lo profundo de un corazón alegre, y que muchas veces nos faltan las "palabras sentidas"... Deberíamos recordar siempre que Dios espera de nosotros en todo momento sólo aquello que le podemos dar y todo (nada menos) aquello que le podemos dar: presencia sin palabras, palabras sin sentimiento, sentimientos sin palabras... ¡Atentos, hermanos!: no deberíamos dejar de venir al grupo cuando nos encontramos incapaces de hablar, de alabar en alto; esto sería caer en la tentación que nos tiende el Maligno.

4.- Abandonar la alabanza -comunitaria o privada- porque nos "molesta" un hermano o una hermana del grupo, nos molesta con su manera de alabar o con su forma de ser y de obrar.

¿Cuál es la raíz de esta tentación?: que hacemos depender nuestra alabanza no de la realidad de Dios, sino de nuestra pequeña y limitada realidad. Si es verdad que muchas veces hemos venido al grupo de oración por un hermano, por no despreciar su invitación, por agradecerle.... no es menos verdad que en la alabanza no deberíamos tener en cuenta ninguna persona ni ninguna cosa, aunque estas palabras suenen muy duras. Por otra parte, en la vida cristiana ocurre lo mismo, es decir, no creo ni obro el bien por lo que me han dicho los hombres, sino por Dios. Lo que se dice de la alabanza puede decirse igualmente de la fe y de toda la vida cristiana, porque alabar es vivir como cristianos, y la vida del creyente consiste en alabar.

Deberíamos elevar nuestro corazón a Dios en la alabanza, deseándolo por sí mismo y no por sus dones. Deberíamos centrar la atención en Él y dejar que ésta fuera la

única preocupación de nuestra mente y de nuestro corazón. Deberíamos hacer todo lo que esté en nuestras manos para olvidar, en el momento de la oración de alabanza, a los restantes compañeros del grupo, sus formas de alabar, sus palabras... Es difícil de explicar, pero lo que deseo decir es que en la alabanza tenemos necesidad de un corazón tan grande y tan tierno que sea capaz de no pararse en las palabras del hermano para juzgarlo, de no andar a la caza de herejías o exageraciones..., sino que seamos capaces de ser como las madres que comprenden al hijito o al marido enfermo aun cuando no hable correctamente, porque no escuchan con la cabeza sino con el corazón y un corazón abierto, amoroso... Con otras palabras: deberíamos escuchar al hermano que alaba en alto para hacer nuestra su alabanza, y, al mismo tiempo, no escucharlo para poder atender a Dios...

5.- Venir al grupo a conseguir cualquier fruto concreto. es decir, venir a convencer a Dios para que Él haga mi voluntad en vez de escucharle yo y poner en práctica su voluntad. Y quiero recordar que esta actitud es igualmente nociva, aun en el caso de que lo que yo quiero imponer a Dios es “que me haga mejor cristiano”, o “que me conceda hacer esta o aquella obra buena”...

¿Cuál es la raíz de esta tentación?: en el fondo es la misma de las anteriores tentaciones: **que me cuesta una muerte el aceptar que sea Dios quien disponga, quien tome la iniciativa.** Más aún: que me cuesta aceptar que la vida cristiana no consiste en domesticar yo a Dios, sino en dejarme yo domesticar por Él. Éste precisamente es el objetivo de la oración de alabanza: *escuchar* con el corazón la Palabra de Dios, su voluntad, su inspiración; *creerla confiadamente* y, después, con su ayuda y no con mis pocas fuerzas, *practicarla*, es decir, hacer de mi vida "una víctima de alabanza" (Plegaria IV). Deberíamos venir al grupo "gratuitamente", sin postura comerciante. ..., venir al grupo a dar y no a recibir: a dar gloria a Dios, y no a robarle su gloria... Y, por tanto, no deberíamos dejar de venir cuando Dios no nos hace ver nuestro mejoramiento o cuando nos parece que Dios no nos otorga aquello que le pedimos... La alabanza no se puede instrumentalizar: el cambio que podemos ver en nuestra vida o la curación de otra persona, por ejemplo, son la consecuencia de la alabanza, pero no la causa o motivación.

6.- Creer que la alabanza es alienación o espiritualismo que exime de un serio compromiso ascético y social, como dicen los que no nos conocen ni nos aman.

¿Cuál es la raíz de esta tentación?: aquel sentimiento (no concorde con el pensamiento de Jesús) que tuvo Pedro en la Transfiguración: “Señor, qué bien se está aquí; si quieres, podemos hacer tres tiendas”. La raíz es, con otras palabras, **ir más allá de la fe, confundir la fe con la magia:** encontrarse tan a gusto alabando que nos olvidamos de trabajar seriamente en nuestro progreso cristiano y en la mejora de las condiciones sociales de este mundo, "como si Dios lo fuera a hacer sin nuestra colaboración". El hombre vive continuamente la permanente tentación del extremismo: no creer nada o creer todo indiscriminadamente...

Deberíamos creer que Dios puede hacer lo imposible, pero, al mismo tiempo necesitamos tomar nuestra parte de responsabilidad. Por esto alabar no es sólo orar, sino que es, también y en primer lugar, vivir en la obediencia a Dios, quien nos envía a ayudar a los pobres y necesitados.

7.- Creer que alabar a Dios por todo (por lo bueno y por aquello que nos parece desgracia, por la riqueza y la pobreza, por la salud y la enfermedad, por la virtud y el pecado...) **puede conducir a cierto fatalismo o indolencia.**

¿Cuál es la raíz de esta tentación?: tener como primer criterio nuestra lógica humana, nuestra racionalidad; querer someter a Dios a nuestra manera de juzgar las cosas; determinar nosotros lo que es bueno y malo, olvidando que Dios ha hecho de la cruz gloria, del sufrimiento alegría, de la mujer estéril madre de muchos hijos, de la debilidad fortaleza, de la muerte resurrección y vida...

Deberíamos ser menos racionalistas y más creyentes; deberíamos siempre hacer todo lo posible por obrar el bien y evitar el mal, pero después (después y no antes de hacer nosotros todo lo posible) alabar al Señor por el resultado, cualquiera que éste fuere, teniendo presente que José vendido por sus hermanos será el que salvará a su casa del hambre.... que Jesús muerto será el vencedor de la muerte...

8.- Creer que puesto que la alabanza es un don y yo soy "malo" con Dios, no puedo obtener tal don, no estoy llamado a la alabanza; creer que alabar es para los otros, para los puros y santos...

¿Cuál es la raíz de esta tentación?: creer que Dios, como hacemos los hombres, ama sólo a los buenos y da sus dones sólo a estos. El amor de Dios es totalmente distinto al nuestro: en el cielo habrá más alegría por un pecador que acoge la salvación gratuita de Dios que por 99 justos...

Alegrémonos, creamos en Dios, mirémosle a Él y no al Maligno; seamos "pequeños" y confiados, y confesemos el amor, la potencia y la maravilla del Dios tres veces santo: esto es alabar.

El Señor sana los corazones enfermos

Mons. Alfonso Uribe Jaramillo¹

El Salmo 147, ese hermoso himno al Todopoderoso, nos dice: "Nuestro Dios sana los corazones atribulados y venda sus heridas". Por eso cuando Jesús leyó la profecía de Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuando me ha ungido Yahvé. Me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres, a vendar los corazones destrozados" (Is 61,1), dijo: "Esta escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy" (Lc 4,21).

En efecto, gran parte del ministerio del Señor se dedicó a sanar a los hombres del pecado, del odio, del miedo y de los demás males que los mantenían interiormente enfermos. Si borrásemos del Evangelio la maravillosa sanación interior que efectuó el amor de Jesús en muchas vidas, suprimiríamos muchas páginas y de las más admirables.

Jesús sanó el odio

La peor enfermedad interior que sufre el hombre es la del odio: ¿quién de nosotros puede decir que no la padece?. Hemos sido muy heridos y hemos herido a muchos en este área. Cuando Jesús nació en Belén encontró un mundo dominado por la violencia, el resentimiento, la guerra y la esclavitud. Por eso vino a ofrecerle su paz. Esta palabra bendita fue el canto de los ángeles en esa noche maravillosa. A lo largo de su ministerio salvador prodigó este regalo de su paz y sanó muchos corazones heridos por el odio.

Sanó el odio racial

En su tiempo, como ahora, existía el odio racial. "Los judíos y los samaritanos no se trataban" (Jn 4,9). Este odio impedirá que la samaritana obsequie a Jesús el poco de agua que le pide. "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?". (Jn 4,9).

Pero Jesús no odiaba a los samaritanos; los amaba, como amaba sus hermanos los judíos. Por eso no reacciona con agresividad ni dureza contra esta mujer despectiva. Al contrario, ofrece el agua del Espíritu a quien le niega la del pozo. Jesús le respondió: "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva". (Jn 4,10).

Jesús dice esto porque estaba interiormente sano.

El señor sana los corazones enfermos

A lo largo de un diálogo lleno de amor divino, Jesús va sanando el odio de esta mujer, que termina "dejando su cántaro" a los pies de Jesús. Después ella corre hasta la ciudad y dice a la gente: "Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho" (Jn 4, 28-29), y habló con tanto entusiasmo de Jesús que "muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer" (4,39), "Le rogaron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Y fueron muchos los que creyeron por sus

¹ Koinonia, 27 pp.11-13

palabras" (4,40-42). Todo esto porque el amor de Cristo sanó el odio racial de aquellos samaritanos.

Cristo en nuestra paz

La sanación del odio que separaba a dos pueblos y que sólo pudo ser efectuada por Jesús está sintetizada admirablemente por San Pablo en su Carta a los Efesios en estas palabras: "Pues Cristo es nuestra paz, que hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la Cruz, dando en sí mismo muerte a la enemistad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca. Pues por Él, unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu" (Ef 2, 14-18).

El mundo actual está destrozado por odios personales, nacionales y raciales, y este odio ha llegado hasta el deporte y a las manifestaciones de la cultura. Todos los esfuerzos de las Naciones Unidas y de las Conferencias de paz han sido inútiles, y lo serán mientras no las anime el Espíritu del Señor. Solamente Jesús es capaz de derribar los muros que separan a los pueblos y de dar muerte al odio con su infinita paz.

Perdonar para sanar

El odio enferma y el perdón sana. Esta es la gran verdad que todos debemos tener presente en nuestra conducta. Solamente en la medida en que perdonemos de corazón, esto es, en la medida en que lleguemos a amar al que nos ha ofendido, sanarán nuestras heridas íntimas. Pero esto no es posible sin la acción del Espíritu del Señor en nosotros. Sólo Él puede capacitarnos para realizar el anhelo de San Francisco de Asís: "que donde hay odio, ponga yo amor".

Lo primero que se requiere para esto es que descubramos todo el odio que hay acumulado en nosotros a lo largo de nuestra vida. Que sepamos en realidad a quién odiamos y en qué grado. Y esto no es fácil porque muchas veces creemos que amamos a las personas porque vivimos con ellas, las respetamos, les prestamos servicios, oramos por sus intenciones, y sin embargo guardamos resentimientos muy profundos porque nos han rechazado muchas veces.

Dediquemos el tiempo que sea necesario para clasificar y determinar las personas contra las cuales tenemos resentimientos.

Perdonemos a Dios

Empecemos por Dios Nuestro Señor. ¿No estamos resentidos con Él porque creemos que no nos ama como a los demás y porque ha permitido tal o cual pena y porque no ha atendido aparentemente la súplica que le hemos hecho por tal o cual intención?. Hay más resentimiento contra Dios en muchas personas del que creemos. Por eso vemos tantas virtudes negativas en el campo de la fe y de la oración, y por eso también oímos a veces en los cristianos ciertas expresiones contra Dios que son verdaderas blasfemias.

Encontramos este resentimiento particularmente en personas que han perdido un ser querido en circunstancias muy dolorosas; en quienes padecen una enfermedad larga y penosa; en quienes sufren por una calumnia grave o por un trato muy injusto; en quienes padecen los rigores de la pobreza, de la incomprensión o del abandono.

Cada día descubro en mi ministerio la necesidad que tienen muchas personas de reconciliarse con el Señor, por quien experimentan un profundo resentimiento, a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios y a Él gritamos: ¡Abba, Padre! (Rm 8,15-16).

La luz del Espíritu Santo nos va descubriendo la maravilla de la paternidad amorosísima de Dios y nos hace ver en todos los acontecimientos expresiones de amor de Dios, siempre adorable. Una luz nueva se proyecta sobre los acontecimientos y empezamos a alabar al Señor y a expresarle nuestra gratitud por su misericordia. Así se sana esta terrible enfermedad que nos impide disfrutar de la paternidad de Dios y abandonarnos confiadamente en su providencia.

Perdonémonos a nosotros mismos

En este proceso de sanación del odio tenemos también que perdonamos. Hemos acumulado más odio contra nosotros mismos del que suponemos. Defectos personales, fracasos, el trato recibido en el hogar y fuera de él y otras causas nos han llevado a crear una imagen personal muy mala. Así es imposible que nos amemos y que miremos el futuro con optimismo.

Los resultados de este autorrechazo son funestos y llevan a la autoconmiseración, la depresión. El autorrechazo aviva el fuego de la rebelión en nuestros corazones contra todo y contra todos. Esto sucede más, ahora, cuando vivimos en una sociedad cuyo ambiente es la rebeldía. También crea un exagerado interés por las cosas materiales y por el placer como única compensación del fracaso interior que se experimenta. Estas personas nunca saborearán la vida del Espíritu, ni el amor de Dios mientras no se contemplen en Él y reciban la gracia de amarse tal como el Señor las hizo y no descubran con la luz del Espíritu sus valores y sus grandes posibilidades.

Sólo cuando nos miremos en el rostro de Dios podremos cambiar nuestra mala imagen personal por una digna de un hijo de Dios.

En la medida en que establezcamos una relación personal con Dios a través de la oración mejoraremos nuestra imagen y aprenderemos a apreciarnos y a amarnos. Poco a poco aprenderemos a alabar al Señor por todo y a descubrir su amor en todos los acontecimientos.

TESTIMONIO

El Señor ha curado a mi hija

Ya han pasado cuatro meses, que me parece un tiempo prudencial para poder comunicar, a mayor gloria de Dios, un hecho que yo considero absolutamente una bendición del Señor, en la persona de alguien tan cercano a mí como uno de mis hijos.

Después de cinco años de sufrir fuertes depresiones, a partir de la asistencia a un Retiro de la Renovación Carismática Católica dirigido por Monseñor Enmanuel

Milingo, luego de recibir su bendición e imposición de manos para implorar del Señor el consuelo y curación de los enfermos que asistían al retiro, he podido constatar que, a partir de esa fecha 12 de octubre del 87, ha desaparecido total y absolutamente toda la sintomatología de tipo depresivo o angustioso que mi hija padeció durante varios años.

No voy a pararme en detalles que ilustrarían la magnitud de la bendición, pero sí debo decir que ha sido radical, e injustificada por cualquier otro medio, su curación. Ha comenzado una vida nueva en esta casa. El horizonte se ha vuelto luminoso. Todo se ha trocado en alegría y paz. .

Gracias, Señor, has sido Tú, que movido por el ruego de tantas plegarias de gentes fundamentalmente buenas y esperanzadas le diste la sanación. Tú eres, Señor, el Camino, la Verdad y la Vida. De ti viene todo lo bueno.

Una madre (Gijón)

ENCUENTRO CON CRISTO EN LOS SACRAMENTOS MOMENTO PARA EL ARREPENTIMIENTO, LA CONVERSION Y LA CURACION

Domingo Fernández, O.C.D.¹

El mensaje cristiano es una invitación al amor y al servicio del Señor y de los hombres, pero por encima de todo es una invitación a recibir, con alma de pobre y corno un don gratuito, la fuerza que posibilita este servicio.

Dios se escogió desde antiguo un pueblo de creyentes (Gn 12,2), pueblo sacerdotal (Ex 6,6 : 19, 5 -6), con el que estableció una Alianza y al que dio una Ley e hizo una Promesa. En la plenitud de los tiempos Dios llegaría a cumplir su Promesa estableciendo una Nueva Alianza con un pueblo formado de dentro y de fuera de Israel (Rm 9. 24), pueblo sacerdotal y profético, al que el hombre se incorpora por la fe y el bautismo. Esta Alianza está sellada con la sangre del Cordero & 22, 20) y el nuevo Pueblo está formado por adoradores del Padre y seguidores de Cristo su Hijo, con poder para alabar a su Señor, para amar como El amó y ser testigos de su Resurrección salvadora. Esta fuerza se recibe de lo alto & 24, 49), la Promesa del Padre es la fuerza del Espíritu Santo (Hch 1, 8).

Desde el primer momento este Nuevo Israel ha reconocido y vivido unos momentos fuertes en los que el Cristo Resucitado se hace infaliblemente presente para comunicar esa fuerza liberadora y transformadora. Son las celebraciones sacramentales, los signos. de la Nueva Alianza. Nada hay que pueda sustituir al encuentro sacramental con Cristo.

La R.C. ha llevado a muchos cristianos a redescubrir el tesoro oculto de los sacramentos cuando con el corazón convertido y una fe expectante se llega a un encuentro personal con el Señor.

ENCUENTROS DE PRESENCIA INFALIBLE DEL SEÑOR

La presencia del Señor y la manifestación de la fuerza de su Espíritu no se limitan a los encuentros sacramentales, pues desbordan incluso el marco de la Iglesia visible porque Dios quiere ser Padre de todos los hombres y Cristo es Salvador de todo hombre venido a, este mundo. Dios se hace encontradizo y de múltiples maneras. Las asambleas de oración carismática, por ejemplo, son una realización de la .promesa que hizo el Señor de estar presente de una manera especial cuando dos o tres se reúnen en su nombre (Mt 18, 20).

Todo esto en nada aminora el carácter único del encuentro con Cristo en los sacramentos: su presencia infalible con misericordia y fuerza liberadora. Son muchos los cristianos que pueden dar testimonio de esta verdad de fe. La experiencia de la "Efusión del Espíritu" ha sido algo decisivo en la vida de muchos hermanos de la R.C. aunque nada más hubiera sido que por ver como se actualizan en sus personas los efectos .de los Sacramentos, sobre todo del Bautismo y de la Confirmación, al vivir por el don del Espíritu la certeza de ser hijos de Dios, con poder para ser testigos del Cristo

¹ Koinonia, 27 pp.4-6

vivo. La Reconciliación y la ' Eucaristía son encuentros muy reales con el Señor resucitado que perdona, que cura, que da luz, paz y esperanza.

Entre los hombres y mujeres de Palestina que contemplaron y oyeron al Jesús histórico hubo muchos, los más numerosos, que no llegaron a reconocer al "Salvador" y "Señor" en aquel maestro y profeta, a pesar de los muchos signos de curación, perdón y amor que matizaron siempre su vida de ministerio. Ni siquiera la primera Eucaristía en la cena pascual produjo todo el efecto posible en sus discípulos; algunos, Pedro entre ellos, le negaron, todos le abandonaron y huyeron (Mt 26, 56).

Pero hubo muchos que con verdadera fe reconocieron en aquel maestro al Señor que tenía poder sobre el pecado, sobre la vida y la muerte, y por tanto sobre toda clase de dolencias del alma y cuerpo, y al acudir a El como Salvador recibieron el perdón, la paz, la salud, la esperanza.

Esto mismo sucede hoy, aunque en distinta medida, con los signos sacramentales.

Para algunos ni siquiera son un encuentro de verdad, en otros casos quizá es posible que no signifiquen gran cosa como el que exclama: 'la confesión, o la misa, me dicen muy poco', o también: "sé que el sacramento da gracia, pero no veo sus efectos en mi vida".

En contraposición está la experiencia de muchos para los que los sacramentos son decisivos en la vida de cada día en forma de curación, fortaleza y crecimiento espiritual.

¿Por qué esta diferencia de efectos en unos y en otros? Jesucristo es el mismo siempre, deseoso de curar, salvar, confortar Y fortalecer. Su acción en los sacramentos es eficaz por sí misma, o como dice la Teología, "ex opere operato".²

La diferencia debemos buscarla en el distinto grado de receptividad que cada persona dispensa a la acción de Cristo. Se requiere algo que es mínimo pero necesario para recibir: abrir la mano al que nos ofrece, o como diría San Juan de la Cruz, abrir 'las fauces del alma' de par en par. La teología lo llama disposiciones "ex opere operantis".³

No cabe duda que, al recibir un sacramento, cualquiera de nosotros puede bloquear la acción liberadora y transformante de Cristo, simplemente no abriéndose a ella. Los sacramentos no actúan de forma mecánica o como si fueran una medicina de poderes mágicos.

ACTITUDES BASICAS DE CONVERSION EVANGELICA Y FE EXPECTANTE

El Señor actúa en nosotros en juego constante con nuestra libertad, con un amor incondicional de hermano y Salvador, y con un poder total sobre el pecado y el mal, como Señor de todo.

² "ex opere operato" pone de relieve la Gracia que actúa por sí misma.

³ "ex opere operantis" pone de relieve la acción del hombre, su colaboración a la Gracia. Es lo necesario para que la Gracia actúe.

El secreto para experimentar toda su acción liberadora y santificadora, por nuestra parte, no consiste más que en aceptarle a El como Salvador y Señor, que me invita a recibir "su salvación", y en una fe expectante, es decir, en una fe que espera, que al entrar El "en mi casa" por este encuentro sacramental, voy a obtener toda esa salvación.

Son las actitudes básicas que animaron a todos los contemporáneos de Jesús a quienes llegó "su salvación" en forma de perdón, curación, fortalecimiento, etc.; se sentían en necesidad, pobres, enfermos, sin sentido fundamental en sus propias vidas, "¿a quién iremos, si Tú tienes palabras de vida eterna?", y le reconocieron con poder para perdonar, curar y hasta para amainar los elementos de la naturaleza, percibiendo en El un corazón lleno de compasión hacia ellos. Aquellos gritos que resonaron al recorrer Jesús los caminos de Palestina: "¡Señor, ten compasión de nosotros!". "si quieres puedes curarme", "di una sola palabra y será salvo" eran gritos de hombres y mujeres que se sentían verdaderamente pobres y necesitados y al mismo tiempo con una fe expectante de que la Buena Nueva que anunciaba iba a cumplirse en ellos. Y El fue fiel a su palabra y a la misión para la que había venido, y les dio el perdón, la salvación, la vida.

Estas mismas actitudes son las que hoy nos abren a nosotros a la acción salvadora de Cristo en los Sacramentos. Ante todo, conversión radical, renovada en cada encuentro sacramental, la cual supone reconocer mi pobreza, mi indigencia, mi dependencia de Dios y hacerme como niño (Mt 18,3) para que el Reino de los cielos, los frutos del Espíritu Santo, se hagan realidad en mi vida. Esto se expresa a veces en hambre de sustento, como en la Eucaristía, en sentimiento profundo de perdón y curación, en deseo indigente de poder alabar a Dios y ser testigo del Cristo Resucitado con esa fuerza que sólo El puede conferir por la acción de su Espíritu.

Elemento central de esta conversión es que yo acepte o renueve mi aceptación de Jesús, como mi Salvador y Señor personal, y que lo haga con un gozo creciente, como fruto de la seguridad que tengo de que El me ama con amor incondicional y de que El desea mucho más que yo dirigir mi vida según los designios de paz y amor del Padre.

De aquí surge la fe expectante. Cuanto más viva sea mi fe en el amor incondicional de Dios Padre y del Señor hacia mí, cuanto más cierta sea mi fe en el poder de Cristo Resucitado sobre todo mal, más amplia y segura será mi respuesta en el encuentro sacramental en el que recibo de Cristo lo que el signo sacramental significa.

Hoy se está haciendo un gran esfuerzo para llevar a los fieles a una más adecuada recepción de los sacramentos: preparación catequética, preparación de ceremonias y símbolos que mejor ayuden a significar la acción de Cristo y de la Iglesia como comunidad en los sacramentos. Pero la clave para una preparación más eficaz debe ser ayudar a que surja en la mente y en el corazón del cristiano una actitud de conversión evangélica y que se fomente esa fe expectante, a la que nunca se había llegado o por una deficiente educación cristiana o por el influjo negativo de una sociedad secularizada.

No hace mucho tiempo, al dirigir un retiro a un buen grupo de jóvenes de 17 años como preparación inmediata para recibir el sacramento de la Confirmación, cuando les subraya en mi charla que la fuerza del Espíritu Santo que iban a recibir en el Sacramento podía cambiar sus vidas y hacerles verdaderos testigos de Cristo, como

estaba sucediendo en la vida de muchos jóvenes cristianos, una joven me respondió: "Yo creo en confirmar mi fe al recibir el Sacramento, pero no creo en eso del Espíritu".

No echo la culpa a la preparación catequética que aquella joven tuvo. Pero si a pesar de todos los laudables esfuerzos de preparación que se hacen en muchas parroquias, no se lleva a los jóvenes más que a la idea de confirmar su fe, lo cual es necesario e indispensable, pero no a la fe y a la seguridad de la fuerza del Espíritu Santo, que significa y confiere el Sacramento, tenemos que nunca podrán vivir en profundidad la recepción del Sacramento, no se llegará a la experiencia de pedir y recibir el Espíritu que transformó a los Apóstoles en el primer Pentecostés, y, una vez acabada la celebración del Sacramento, volverán a la vida diaria con voluntad renovada de confesar a Cristo, pero sin la seguridad y el gozo de que esto va a ser posible por el don del Espíritu Santo que les ha sido dado, ni tampoco podrá mantenerse aquella voluntad mucho tiempo entera.

Lo mismo puede decirse respecto a los Sacramentos de la unción de los enfermos si el enfermo y grupo de cristianos que le rodean "no esperan en realidad" que la acción de Cristo traiga la curación; o del matrimonio si los que contraen no esperan con fe expectante y en conversión a Cristo que para ellos va a ser fuente perenne de fortaleza para vivir la unión matrimonial en amor y entrega mutua, a prueba de cualquier crisis que pueda surgir.

Estas actitudes básicas son aún más decisivas en los Sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía. Si ellas faltan, no se llega al verdadero encuentro con Cristo y estos sacramentos pueden llegar a parecernos una pura inutilidad, pero si las poseemos se convertirán las celebraciones en momentos fuertes de encuentro con el Señor, en fuentes inagotables de liberación y de vida, y siempre se esperarán con gozo.

ENCUENTRO SACRAMENTAL DE RECONCILIACION

Según el plan de Dios, en el Sacramento de la Reconciliación, celebración penitencial de la Nueva Alianza, se realiza la parábola del Padre misericordioso que recibe con gozo, amor y ternura al hijo pródigo y se vive el encuentro con el Señor Resucitado que perdona y fortalece, lo mismo que un día pudieron experimentar la mujer pecadora, la Magdalena, Pedro y tantos otros.

Las parábolas de la misericordia, en el Capítulo 15 del Evangelio de San Lucas, subrayan todas un elemento común: la alegría que hay en el cielo por la vuelta de un pecador arrepentido.

La conversión y el perdón en el Sacramento de la Reconciliación confluyen con el gozo y la fiesta de] Padre de las misericordias, que no quiere ver a sus hijos heridos y maltrechos, y la emoción del hijo al sentirse abrazado por el amor del Padre.

La nueva liturgia del Sacramento de la Reconciliación, sin minimizar la necesidad de la confesión y de la penitencia, ha puesto de relieve la esencia del Sacramento que es reconciliación con el Padre y la Iglesia. Esta es la exigencia de la primera actitud fundamental de quien se acerca al Sacramento: volver al Padre que espera para recibirlo, proclamando su misericordia y la decisión de permanecer en "la casa paterna". Es la conversión que supone sentirse miserable y pecador y que es

posible por la esperanza cierta que se tiene de que el Padre está esperando para acogerme de nuevo.

Pero aquí está también la dificultad de experimentar una conversión evangélica esperanzadora para quien no haya vivido nunca una relación con Dios como Padre, o para quien se forme la imagen de un Dios lejano o juez severo sin entrañas de misericordia.

La conversión evangélica nace de una luz del Espíritu, que por una parte me hace ver mi pecado para rechazarlo (Jn 16,8) y por otra imprime en mi corazón una certeza de que Dios me ama tan entrañablemente que goza perdonándome y acogéndome de nuevo. Por eso, no me acerco al Sacramento simplemente para quitarme una carga molesta o porque me haga sentir finalmente bien, sino para responder a ese amor del Padre que me invita a la reconciliación.

La certidumbre de este amor hace que mi arrepentimiento sea más profundo y más firme mi decisión de orientar mi vida de acuerdo con los designios del Padre misericordioso, y al mismo tiempo hace brotar en mí una actitud de fe expectante de que el encuentro con el Señor va a ser un toque que producirá perdón, curación, fortaleza.

La mayoría de los cristianos sólo piensan en el perdón, y lo obtienen, ciertamente, pero hemos de abrirnos a una acción más abundante del Señor que ya está sugerida en la nueva liturgia del Sacramento y de la que muchos cristianos de la R.C. pueden testificar. Es la acción liberadora y sanante del Señor, que viene a curar las raíces de las que brotan muchos de nuestros pecados y a fortalecer las áreas más débiles de nuestra personalidad.

No hay espacio para tratar aquí de la dimensión curativa de este sacramento, que exige una acción conjunta del sacerdote y del penitente para discernir con la ayuda del Espíritu Santo las raíces de nuestras dolencias y dar la respuesta que pide el Señor. Está comprobado que el Espíritu es la luz que ilumina áreas negativas y fuerza que ayuda a desbloquear los obstáculos que impiden el gozar de la plenitud de vida que Dios quiere damos. Hasta la barrera más firme y tenaz, como la de no poder perdonar, se derrumba ante la acción del Señor. La absolución, que lleva el perdón del Señor, y la oración de sanación, que clama por el toque curativo de su Espíritu, convierten al Sacramento de la Reconciliación en un encuentro gozoso y rejuvenecedor para el penitente, y también, no cabe duda, para la comunidad cristiana. El miembro que se siente perdonado y curado por el Señor se hace a su vez portador de la esperanza del perdón y de la curación.

LA EUCARISTIA

Si la Eucaristía es el rito cultural por excelencia de los cristianos, en el que se reúne la comunidad con su Señor Resucitado para adorar al Padre por la fuerza del Espíritu Santo, es también para cada uno de nosotros la gran invitación a un encuentro muy personal con Jesús, y por tanto momento privilegiado para abrirse al Espíritu y a sus carismas de adoración, de alabanza, de profecía para edificación en la fe, en el amor y en la unidad de toda la asamblea.

Es también el Sacramento en el que la curación interior -a veces también la física- y el robustecimiento de la fe, de la esperanza y del amor corren parejos a las

necesidades diarias de los hijos del Padre. La comunidad cristiana vivió esta realidad desde sus comienzos. Lo expresa San Lucas en el relato de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35). La crucifixión y muerte del Maestro les había dejado tristes y desesperanzados y abandonaban la compañía de los discípulos de Jesús con una herida abierta en el alma, raíz de la congoja y desaliento que los dominaba. El forastero que encuentran, después de explicarles las Escrituras y encender sus corazones, se puso a la mesa con ellos, "tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron" & 24,30-31) y en ese momento El desapareció. No necesitaban ya más su presencia visible.

Fue éste un encuentro sacramental en fe, que sanó la memoria de los días pasados e iluminó sus mentes con la certidumbre de la presencia de Cristo resucitado y vivo, y les devolvió al seno de la comunidad de los discípulos reunidos para compartir con ellos el mismo gozo.

La experiencia de los discípulos de Emaús es la misma que se nos ofrece a nosotros en el encuentro eucarístico con el Señor. Nosotros también nos encontramos, por los diversos sucesos de nuestra vida, con oscuridad en los ojos, que nos impide reconocerle, y con tristeza y desaliento en el corazón, que nos llevan a centrarnos en nosotros mismos y a alejarnos de los hermanos. Pero El viene para darnos nueva luz, nueva esperanza y nuevo amor...

La liturgia de la Iglesia ha ido preparando a lo largo de los siglos los pasos, los signos, por los que podemos abrirnos a esta presencia transformante del Señor. Son los pasos de la conversión, de la escucha de la palabra de Dios, de la alabanza, de darse mutuamente el perdón y la paz del Señor hasta llegar a recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo que dan vida.

Lo importante es vivir estos signos con sinceridad, y, sobre todo, en la fuerza del Espíritu Santo.

Nos apoyamos en el poder y en la luz del Espíritu, al celebrar los ritos de la reconciliación y del perdón fraterno, para prepararnos por esa conversión interior a los carismas de la alabanza y del amor. La experiencia de nuestras celebraciones eucarísticas nos muestra que cuanto más se siente uno perdonado y reconciliado con Dios y los hermanos, con tanta más fuerza brota el grito de alabanza al Señor. Al "¡Señor ten piedad!" hay con toda seguridad una respuesta misericordiosa del Padre, que es la mejor preparación para el "Gloria a Dios en lo cielos".

LAS ASAMBLEAS DE ORACION Y LOS ENCUENTROS SACRAMENTALES

Todo lo dicho en líneas anteriores subraya la verdad de que los encuentros sacramentales con Cristo Resucitado en la Nueva Alianza no se pueden sustituir por nada. En efecto, los grupos de R.C. encuentran la máxima expresión de su fe, amor y presencia del Señor en las asambleas penitenciales, y de manera especial en las celebraciones eucarísticas.

La experiencia también nos muestra cómo muchos cristianos han llegado a descubrir las riquezas de las celebraciones sacramentales por haberse abierto antes, en las asambleas de oración, a la escucha de la palabra de Dios, al amor fraterno, manifestado en signos visibles, por haberse abierto a la acción del Espíritu Santo y a sus

carismas. Todo ello les ha preparado para acercarse después a los sacramentos con un corazón convertido, con fe expectante y en amor de hermanos. Con ello las asambleas de oración están prestando un gran servicio de preparación catequética y vital para la recepción de los sacramentos como encuentros personales con Cristo Resucitado.

LOS SEMINARIOS DE LA VIDA EN EL ESPÍRITU¹

1.- INTRODUCCIÓN

Los Seminarios de Vida en el Espíritu se idearon para la evangelización. Fueron elaborados en una comunidad que evangelizaba a las personas en su casa, en su trabajo, y no primordialmente en un contexto eclesial. Las personas que participaban se encontraban en diversas condiciones espirituales, desde los que asistían regularmente a la iglesia, o los que eran solamente miembros nominales de una iglesia o habían abandonado la práctica del cristianismo, hasta personas no creyentes. Se idearon precisamente como un instrumento para llegar a un gran número de personas.

Sin embargo, no se debe perder de vista que **los seminarios tienen esencialmente un carácter de evangelización**, aun en aquellos casos en que se dicten a católicos practicantes para conducirlos a una vida más profunda en el Espíritu. Tienen la finalidad de llevar y proclamar el mensaje cristiano básico para lograr que quienes lo oigan se comprometan nuevamente con el Señor y experimenten más plenamente la obra del Espíritu en su vida. No son una catequesis, ni un curso de educación de adultos, ni una actualización teológica acerca de la renovación carismática.

Por tanto, **al impartir los seminarios hay que tener en cuenta los siguientes puntos:**

- 1.- **La presentación del mensaje básico del evangelio no debe ser eliminada ni atenuada.** Debe exponerse en forma clara, sencilla y con convicción. Muchos católicos (hermanos nuestros) necesitan oír nuevamente (o por primera vez) el evangelio, para responder a Cristo con un compromiso auténtico y más profundo.
- 2.- La enseñanza básica referente a lo que el Señor quiere hacer para todos aquellos que se le acercan, **debe presentarse en una forma suficientemente sencilla** para que llegue directamente al corazón de los oyentes, y se eviten discusiones respecto a temas dogmáticos y teológicos.
- 3.- **Evitar tratar dentro de los seminarios cuestiones teológicas que desvíen la atención del tema que se está desarrollando.**

El Concilio Vaticano II hizo un llamado a la renovación de la vida espiritual del pueblo católico. Los seminarios de Vida en el Espíritu son un instrumento eficaz para esta renovación espiritual y una respuesta a la oración que el Papa Juan XXIII pidió para el Concilio: " Señor, renueva en nuestros días tus maravillas, como en un nuevo Pentecostés".

¹ Aunque los temas que vienen a continuación podrían quedar para otro cuadernillo referente a los Seminarios de la Vida en el Espíritu, dado que son de profundización y que se explica en estos textos cosas importantes para aquellos que compongan los equipos, los incluimos aquí y reservamos para el otro cuadernillo exclusivamente lo referente al Seminario Inicial o de las Siete Semanas.

Jesús hizo una promesa a sus discípulos en la Última Cena:

" Yo le pediré al Padre que les mande otro Defensor, el Espíritu de la verdad, para que esté siempre con vosotros. Los que son del mundo no lo pueden recibir, porque no lo ven ni lo conocen, porque Él está con vosotros y permanecerá siempre con vosotros." (Jn 14, 16-17)

Jesús sabía que cuando ya no estuviera en el mundo, sus discípulos, por sus propios esfuerzos y capacidades, no podrían llevar la clase de vida a que Él los había llamado. Sabía que necesitarían una fuente de amor sobrenatural, necesitarían el poder y la fuerza del mismo Dios. Por eso prometió a sus discípulos enviarles el propio Espíritu de Dios, y el día de Pentecostés ese Espíritu descendió sobre ellos, para permanecer con el pueblo cristiano para siempre. El Espíritu Santo transformó radicalmente la vida de los apóstoles: predicaron el evangelio de Jesús con audacia y poder, y sus palabras iban acompañadas por señales y prodigios. Se reunían para vivir en nuevas comunidades, unidos con una sola mente y con un solo corazón.

Hoy en día, los cristianos de todas las denominaciones están descubriendo nuevamente el poder que Jesús derrama sobre su pueblo por medio del Espíritu Santo. Descubren el poder de vivir juntos en el amor y en la paz, de sanar a los enfermos y de consolar a los afligidos, de adorar a Dios con una alabanza nueva y abundante. Sobre todo, descubren una relación más profunda y personal con Jesucristo, como su verdadero Señor y Salvador. El poder del Espíritu realiza un cambio tan vital y tangible en las vidas de las personas, que al verlos, mas y mas personas desean esta vida nueva para ellos mismos.

Los seminarios son una introducción a la vida en el poder del Espíritu Santo. Proveen la oportunidad para que las personas aprendan más sobre esta vida y den los primeros pasos en una relación nueva con el Señor.

Más que una serie de charlas o de conferencias, los seminarios son una oportunidad para que aquellos cristianos que ya han encontrado una vida más plena en el Espíritu Santo se reúnan con personas que desean saber más acerca de esta vida. Por esta razón uno de los elementos más importantes de los seminarios son los equipos que los imparten.

Las metas establecidas para los seminarios son limitadas: se pretende que sea solamente el principio, el primer paso en un estilo de vida completamente nuevo. Para el crecimiento y desarrollo en esta vida nueva, las personas necesitan unirse luego a otras personas que ya viven esta forma de vida. Así continuaran recibiendo apoyo y enseñanza.

Los seminarios de Vida en el Espíritu tienen el objetivo de establecer o fortalecer los fundamentos de una vida cristiana verdadera, y ayudar a las personas a alcanzar una vida cristiana nueva, plena y mejor.

"Pues nadie puede poner otro fundamento que el que ya está puesto, que es Jesucristo". (1Cor 3,11).

Los seminarios se centran por tanto, en el aspecto básico de la vida cristiana: establecer a la persona en su relación con Cristo.

Para lograr esta meta, en los seminarios de Vida en el Espíritu se proponen lograr cuatro objetivos:

- Ayudar a establecer, restablecer o profundizar una relación personal con Cristo.
- Ayudar a ceder a la acción del Espíritu Santo. Ayudar a unirse a Cristo y a su mensaje.
- Ayudar a crecer en su relación con Cristo.

2.- EL TRABAJO DEL EQUIPO

1Cor 3,10. Pablo se consideraba un artesano, un obrero cualificado al servicio del Señor. Para servir al Señor como apóstol, tenía que 'adquirir ciertas habilidades y aprender a trabajar con esmero. Pablo era un hombre guiado por el Espíritu, quien le daba instrucciones específicas. Experimentaba que el Señor realizaba señales y prodigios por medio de él, pero aun así necesitaba aprender habilidades, aprender a construir bien, a fin de construir el templo del Señor, la comunidad de Corintio. ¿Como prepara el Señor a aquellos que El destina para trabajar en la construcción de Su Reino?. ¿Como adquieren ellos las habilidades y las destrezas necesarias para realizar ese trabajo?

Ex 35,30-36. Moisés explica al pueblo de Israel cómo el Señor preparo a los artesanos para trabajar en su Santuario.

El Señor al escoger los artesanos para la construcción del Santuario, les lleno del Espíritu Santo y el Espíritu les dio la habilidad y el entendimiento necesarios para construir bien. Su habilidad era un Don del Espíritu al igual que su capacidad para enseñar. El Señor había dado a los israelitas instrucciones específicas y detalladas para el diseño del Tabernáculo, era necesario que el Espíritu les diera la destreza y la habilidad para ejecutar acertadamente los diseños.

Hoy el Señor para edificar la Iglesia actúa de la misma manera. El nos ha llamado para que seamos artesanos, constructores en el plan que tiene. El mismo Espíritu que les dio la habilidad y el entendimiento a los artesanos del Tabernáculo, nos dará la habilidad, el entendimiento y la capacidad para edificar el pueblo de Dios.

- Debemos prepararnos para adquirir habilidades espirituales, cuando comenzamos a trabajar en los seminarios de Vida en el Espíritu.
- Debemos acudir al Señor y dejar que el Espíritu Santo nos de la sabiduría y la capacidad necesaria para construir bien.
- No debemos ser descuidados, ni negligentes en nuestro trabajo, esperando que el Señor supla, diciendo "el Señor se encargara de que todo salga bien".

Dios se encargara de los seminarios y hará que sucedan cosas que están mas allá de nuestras fuerzas. Pero una de las formas que el Señor utiliza es dándonos los dones espirituales, que nos harán hábiles para conducir a las personas hacia El. Ciertamente la profecía, el hablar en lenguas, la curación y los milagros, son dones espirituales; pero la sabiduría y el entendimiento son también dones espirituales.

Si nos confiaran una gran cantidad de dinero, tendríamos un cuidado extraordinario con él. Cada persona que el Señor pone a nuestro cuidado es infinitamente más valiosa para El que una gran suma monetaria. Nos confía hombres y mujeres destinados para la Vida Eterna, por quienes El murió.

EL EQUIPO

¿Como se acerca Jesús a los hombres?

- Por medio de los miembros de su Cuerpo.
- Un equipo de trabajo para dar un Seminario de Vida en el Espíritu es un grupo de cristianos que han recibido la Vida Nueva en el Espíritu y se reúnen para compartir con otros que aun no lo han encontrado.
- Son testigos.
- Que viven la vida del Espíritu.
- Que pueden dar testimonio de la realidad y eficacia del Espíritu en sus vidas. Jesús es quien bautiza en el Espíritu Santo, pero el Señor obra a través del equipo que consta de miembros de su cuerpo.
- Confía Su Espíritu para que hable y actúe por medio de ellos para que otros puedan encontrarlo de una forma nueva.

Pablo enseñó a Timoteo como debía ser un servidor del Señor. Esta exhortación de Pablo es aplicable a los miembros de un equipo que trabajan en los Seminarios de Vida en el Espíritu.

"Evita que te desprecien por ser joven; mas bien debes ser un ejemplo para los creyentes en tu modo de hablar y de portarte, así como en amor, fe y pureza de vida. Ten cuidado de ti mismo y de lo que enseñas a otros y sigue firme en todo. Si lo haces así, te salvaras a ti mismo y salvaras también a los que te escuchan". (1Tm 4,21-16)

MIEMBROS DEL EQUIPO

2Tm 2,2. Pablo dijo a Timoteo "Lo que me has oído decir delante de muchos testigos, encárgaselo a hombres de confianza que sean capaces de enseñárselo a otros". Pablo sabía que El solo no podía llegar a todo el mundo, tenía que transmitir lo que había recibido. Tampoco Timoteo podía cuidar solo de la comunidad de Efeso.

Hoy tampoco un solo hombre puede cuidar ni realizar la obra. Pablo le dijo a Timoteo que escogiera hombres para compartir su labor y le señaló dos características: fidelidad y capacidad de trabajo.

Lo mismo sería para un miembro del equipo. Para ser fiel una persona tiene que tener ciertas características:

- Comprometida con la Renovación de la Iglesia en el poder del Espíritu Santo.
- Debe creer en el Mensaje de los Seminarios.

- Sino esta dedicado a trabajar en la Renovación, sino ve la importancia de ayudar a otras personas a encontrarse con Cristo. No se puede contar con esta persona y puede ser un obstáculo para los participantes en el Seminario.

El miembro del equipo debe ser una persona comprometida, con el trabajo en el Seminario:

- Debe saber lo que implica ser miembro del equipo.
- Saber de cuanto tiempo debe disponer para atender debidamente su función.
- Persona sana espiritualmente y emocionalmente. Vida cristiana sólida. Personas con problemas psicológicos o emocionales no pueden cuidar pastoralmente a otros.
- Persona madura en la vida cristiana. Practica lo que predica.
- Una persona antes de que empiece a servir en un equipo, hay que permitir que crezca hacia la madurez.
- Se puede ser fiel y no tener la capacidad de realizar determinada tarea. Personas sanas, maduras y comprometidas con la Renovación, pero no están capacitadas para realizar eficientemente el trabajo como miembro del equipo.
- Las personas deben tener los Dones necesarios:
 - Capacidades naturales: capacidad de hablar sin timidez, ni temor; hablar con claridad y saberse explicar bien; entereza personal que inspira respeto.

El Señor da capacidades espirituales que son mas esenciales que las anteriores

- Capacidad de hablar del Señor que ayude a los demás a experimentar al Señor.
- Discernimiento espiritual sobre la situación en que se encuentra una persona.
- Sabiduría que le hace entender lo que una persona necesita.
- No se puede realizar un buen Seminario de Vida en el Espíritu sin tener en cuenta la enseñanza de Pablo de que el Señor no da a todo el mundo Dones para hacer de todo. No significa que uno sea mejor que otro, significa que cada cristiano tiene un puesto diferente en el trabajo del cuerpo mismo. Por eso habrá buenos candidatos para trabajar en los Seminarios y otros no.

Hay personas que Dios les ha dado el Don para trabajar en los Seminarios pero les da miedo y es importante comprender que Dios no nos ha dado un espíritu de temor sino un espíritu de poder, de amor y de buen juicio (2Tm 1,7).

Hay personas que quieren trabajar en los Seminarios y no deberían hacerlo.

Los que disciernen a los miembros del equipo deben escoger a los que el Señor a llamado a este ministerio y no simplemente nombrar a cualquier persona.

Es indispensable que cada miembro del equipo haya recibido el Seminario. Es difícil guiar a otros en una forma provechosa sin haber tenido la experiencia de participar personalmente. Ejemplo: a veces se invita algún sacerdote que no ha tenido experiencia, puede dar la enseñanza pero no con la experiencia.

MISIÓN DE LOS MIEMBROS DEL EQUIPO

- Ser levadura, aportando vida.
 - Orar constantemente.
 - Cantar con entusiasmo.
 - Seguir con prontitud las instrucciones del líder del equipo.
 - Estar siempre alegre.
 - Hacerse amigo de los participantes, conversar.
 - Escuchar atentamente las charlas.
 - Después de las charlas conducir el grupo de diálogo.
 - Ayudar, animar y aconsejar a los participantes al Seminario.
 - Orar por las personas para que reciban el Bautismo en el Espíritu.
 - Orar por los participantes y los Seminarios.
 - Asistir a cada reunión.
 - Estar presentes en cada Seminario desde el principio al fin.
 - Ponerse en contacto con quienes faltan a alguna charla y reunirse con ellos para recuperar las sesiones que perdieron.

LÍDER DEL EQUIPO

Debe tener las cualidades de fidelidad y capacidad de cualquier miembro del equipo, pero al escoger un líder estamos escogiendo a un pastor, que va a formar un grupo e infundirle vida comunitaria. Va a ser responsable del Seminario como un todo. Vamos a escoger un maestro, que enseñe con claridad y poder los elementos básicos de la vida cristiana.

El líder debe ser maduro y estable en la vida cristiana. Su vida debe ser marcada con las mismas características que Pablo recomendó para los dirigentes. (1Tm 3,1-7 y Tit 1,7-9)

MISIÓN DEL LÍDER

- ✓ Velar por los Seminarios y asegurarse que todo funcione bien.
- ✓ Ver que cada participante esté bien atendido.
- ✓ De ser posible, dar todas las charlas en el Seminario, a menos dar la charla de introducción, dirigir la oración por el Bautismo en el Espíritu y la sesión final.
- ✓ Formar a los miembros del equipo para que tengan unidad de espíritu y capacidad para trabajar juntos por el Señor.
- ✓ Debe preparar las reuniones del equipo y las charlas.

CARÁCTER DEL LÍDER

- ✓ Irreprochable
- ✓ No arrogante
- ✓ No dado a pleitos
- ✓ No aficionado al licor.
- ✓ No violento con tendencia a enojarse con facilidad.

- ✓ No codicioso.
- ✓ Hospitalario.
- ✓ Amante del bien.
- ✓ Sensato (sereno, discreto, controlado).
- ✓ Hombre de oración.
- ✓ Maestro hábil y competente.
- ✓ Que gobierne bien su casa.
- ✓ No recién convertido.
- ✓ Estimado por la gente de afuera.
- ✓ Saber mantenerse firme a al Palabra, tal como es enseñada.

ENTRENAMIENTO DEL LÍDER

- Haber participado en los Seminarios como miembro regular del equipo.
- Haber trabajado como un asistente del líder del equipo. Dando enseñanzas y ayudando a preparar las reuniones.
- Dirigir los Seminarios como líder del equipo acompañado por un líder con experiencia, tomando el mismo la responsabilidad total como la del líder del equipo.

TRABAJANDO UNIDOS

El poder espiritual proviene de la unidad en el Espíritu. Cuanto más unido esté el equipo de los Seminarios de Vida en el Espíritu, mas poderoso será el efecto que tendrá sobre los participantes.

Unidad y Amor protegerán el Seminario del peligro y servirá de canal a través del cual, el Espíritu Santo tocara a los participantes.

Para mantener la unidad es necesario tener una actitud de amor y humildad. Los miembros se aman unos a otros. Deben ser humildes ante los demás y servirse unos a otros; estar dispuestos a obedecer y a anteponer los intereses de los demás a sus propios intereses. "No hagan nada por rivalidad o por orgullo, sino con humildad y que cada uno considere a los demás como mejores que él mismo. Ninguno busque su propio bien, sino mas bien el bien de los otros. Tengan vosotros la misma manera de pensar que tuvo Cristo Jesús, el cual aunque era de naturaleza divina, no insistió en ser igual a Dios, sino que hizo a un lado lo que le era propio y tomando naturaleza de siervo nació como hombre. Y al presentarse como hombre se humilló a sí mismo y por obediencia fue a la muerte a la vergonzosa muerte en la Cruz. Por eso, Dios le dio el mas alto honor y el mas excelente de todos los nombres". (Fip 2, 3-9)

La unidad y el amor entre los miembros del equipo se expresa: En el afecto fraterno, mostrándose cariño unos por los otros, dándose palabras de consejo y de

animo, enseñándose los unos a los otros, amonestándose o reprendiéndose, ayudándose a ver lo que no estamos haciendo bien y sobre todo orando los unos por los otros.

COMUNICACIÓN ENTRE LOS MIEMBROS DEL GRUPO

En la segunda carta de Pablo a Timoteo se nos da una breve ilustración de como Pablo y Timoteo trabajaban juntos. No trataban las situaciones en términos amplios ni generales, ni se limitan a dar instrucciones y exhortaciones generales. Le cuenta a Timoteo la situación de sus colaboradores, le dice como se debe tratar a un individuo determinado. Trabajan siempre considerando de modo concreto y específico la situación en que se encuentran.

La forma de trabajo más eficaz para el grupo es comunicarse los aspectos específicos de cada situación que se nos presenta

- incidente que ocurrió la semana pasada.
- el problema que tiene una persona del Seminario.
- que debemos hacer en la próxima sesión.

Debe hablarse de cada situación de forma concreta. Hablar de forma responsable. Con la confidencialidad que los temas merecen, especialmente cuando se refieren a áreas de pecado grave en la vida de los demás.

La comunicación y la conversación realizadas así nos ayudan a discernir. No ayudaremos a nadie si solo aprendemos los principios generales sin aplicarlos a situaciones reales. Ejemplo. aunque sepamos que para una persona tímida es difícil abrirse a la obra del Espíritu, si no sabemos reconocer a una persona tímida no nos servirá de nada.

Cuando comenzamos a conversar sobre las situaciones en forma específica y concreta se presentaran discrepancias pero no debemos temer, es una señal de que el Señor necesita enseñarnos algo.

Para poder comunicarse bien entre si, los miembros del equipo deben aprender a observar lo que esta pasando en los Seminarios. En Hch 19 ,1-3, vemos un ejemplo de como Pablo actuó en una situación determinada: "Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo cruzo la región montañosa y llego a Efeso donde encontró a varios creyentes. Les pregunto: ¿Recibieron vosotros el Espíritu Santo cuando se hicieron creyentes?. Ellos le contestaron: Ni siquiera habíamos oído hablar del Espíritu Santo. Pablo les pregunto: Pues, ¿que bautismo recibieron vosotros? y ellos respondieron el Bautismo de Juan".

Pablo notó, apenas tuvo el encuentro con estas personas que aunque parecían ser cristianas, algo les faltaba. Les hizo una pregunta que revelo cual era la situación real. Les preguntó sobre su vida pasada cristiana, sobre lo que les había sucedido. Una vez que le contaron su situación, el supo lo que tenia que hacer: les hablo acerca de Jesús, los bautizó y oro por ellos para que recibieran el Espíritu Santo.

Es responsabilidad de los miembros del equipo observar cual es la verdadera situación. Además de mantenerse en comunicación entre si, deben mantener comunicación con los asistentes al Seminario. Debemos saber lo que les esta ocurriendo a ellos para saber lo que necesitan de nosotros.

En la reunión del equipo es donde los miembros se pueden comunicar. Si no se realiza, o si es meramente para los arreglos prácticos o solo instructiva, el Seminario no será efectivo.

El equipo debe dedicar gran parte de la reunión a lo que pasa realmente y a comentar situaciones particulares.

SERVICIOS AUXILIARES

Persona del equipo, responsable de la parte organizativa del Seminario para crear un ambiente apropiado.

- lleva la lista de asistencia con los nombres y direcciones de las personas
- transmite la información
- se encarga de los libros durante el Seminario
- acomoda el salón para que las personas puedan poner atención y procurara buena luz y buena ventilación.

Si la organización esta bien montada y el ambiente es apropiado, las personas se integrarán al Seminario con mayor facilidad.

Seminario sobre el crecimiento espiritual

INTRODUCCION GENERAL¹

Después de haber hecho el Seminario sobre la Vida en el Espíritu es necesario que todos los hermanos sigan recibiendo una formación sólida sobre todo aquello que resulta más imprescindible para un crecimiento y desarrollo de la vida espiritual, como pueden ser, por ejemplo, algunos temas fundamentales sobre las verdades de la fe, de la Iglesia, de la vida en el Espíritu, de la comunidad cristiana, etc. La lista de temas resultaría interminable, pero tendremos que optar por aquellos que consideramos más básicos y urgentes.

En el Seminario de iniciación hemos presentado, en la primera parte, los temas centrales del kerigma cristiano, y en la segunda parte, la obra del Espíritu de Jesús resucitado en nosotros; todo de acuerdo con lo que exige una primera evangelización para llegar a la conversión cristiana y empezar a caminar en la vida del Espíritu.

El que inicia esta nueva vida debe seguir creciendo en conocimiento, en Amor, en compromiso, no sólo para vivir más el misterio cristiano, sino también para capacitarse ante la llamada que el Señor y la Iglesia le dirigen respecto a la tarea de evangelizar a otros.

¿QUE NOS PIDE LA IGLESIA?

El Vaticano II, en el Decreto sobre el apostolado de los laicos, N. 28, exige "una formación multiforme y completa" para una plena eficacia del apostolado, de acuerdo con las siguientes pautas:

- "completa formación humana, acomodada al carácter y cualidades de cada uno"; aprender a "cumplir la misión de Cristo y de la Iglesia";
- "esta formación debe considerarse como fundamento y condición de todo apostolado fecundo";
- además de la formación espiritual, se requiere "una sólida preparación doctrinal, teológica, moral, filosófica, según la diversidad de edad, condición, talento";
- fomentar los "auténticos valores humanos, sobre todo el arte de la convivencia y de la colaboración fraterna, así como el cultivo del diálogo";
- aprender a "verlo, a juzgarlo y a hacerlo todo a la luz de la fe, a formarse y a perfeccionarse a sí mismo por la acción con los demás y a entrar así en el servicio activo de la Iglesia",
- para cumplir todas estas exigencias de la formación "hay que tener siempre muy presentes la unidad y la integridad de la persona humana".

Al hablar después de los "grupos y asociaciones cuyo fin sea el apostolado u otros fines sobrenaturales", reconoce que "en ellos se da la formación doctrinal,

¹ Todos los temas de este segundo seminario están tomados de Koinonia nº 38

espiritual y práctica", por la que "cada uno debe prepararse diligentemente" (N.30). Esta doctrina tan nítida y segura que la Iglesia ofrece para todos, adquiere en la R.C. un mayor sentido de exigencia. Baste tan sólo recordar las orientaciones que dos grandes Papas dedicaron a la R.C.C. de todo el mundo en dos momentos solemnes.

Pablo VI, en el discurso que dirigió el 19 de Mayo de 1975 al III Congreso Mundial de la R.C.C. decía:

"Por eso sentís la necesidad de una formación doctrinal cada vez más profunda: bíblica, espiritual, teológica. Sólo una formación así, cuya autenticidad tiene que garantizar la jerarquía, os preservará de desviaciones siempre posibles y os proporcionará la certeza y el gozo de haber servido a la causa del Evangelio, 'no como quien azota al aire'" (KOINONIA, no 24, pag. 20-21).

Juan Pablo II, en la audiencia que el 7 de Mayo de 1981 concedió en los jardines del Vaticano al IV Congreso Mundial de Líderes de la R.C.C. proponía lo siguiente:

"Debéis preocuparos de suministrar sólido alimento para la nutrición espiritual mediante el partir del pan de la verdadera doctrina... Procurad, pues, que como líderes busquéis una formación teológica sana que pueda asegurar para vosotros y para todos los que dependan de vuestra orientación una comprensión madura y completa de la palabra de Dios" (KOINONIA, no 29, pag. 6-7).

Formación, por tanto, multiforme y completa, que sea a la vez doctrinal, espiritual y práctica, formación teológica sana.

NUESTRO PLAN: EL SEMINARIO SOBRE CRECIMIENTO ESPIRITUAL

Partiendo de lo que ya se ha dado en el Seminario sobre la vida en el Espíritu, cuya doctrina habrá que seguir recordando porque siempre es básica, hemos elaborado un plan en tres ciclos en el que se pretende dar de forma unitaria y sistemática algunos de los temas más fundamentales para el crecimiento espiritual y para nuestro compromiso cristiano.

Es lo que hemos llamado el Seminario sobre el crecimiento de la vida en el Espíritu, que vendría a completar la enseñanza que se dio en el Seminario de iniciación.

Este plan se puede desarrollar a lo largo de todo un curso, y aún durante más tiempo, dada la extensión e importancia de los temas.

Lo hemos distribuido en tres ciclos. En este número de la Revista ofrecemos el Ciclo 1, y los otros dos irán apareciendo sucesivamente.

1. El Ciclo I se centra en la relación personal con Dios.
2. El Ciclo II aborda la dimensión eclesial.
3. El Ciclo III presenta la comunidad como el lugar de la verdadera maduración y crecimiento en el compromiso cristiano.

DIOS-IGLESIA-COMUNIDAD: diríamos, sintetizando todo en tres palabras. Nos relacionamos con el Señor integrados en su Iglesia en la que recibimos la Palabra, la fe, la vida divina, el Espíritu. Pero en la Iglesia nos reconocemos desde la vivencia de una

comunidad concreta en la que como miembros de un mismo cuerpo compartimos la presencia del Señor y crecemos juntos en total interdependencia.

METODOLOGIA A SEGUIR

El Seminario sobre el crecimiento ha de ser como una continuación y complemento del Seminario de iniciación. En más de una ocasión habrá que remitirnos a alguno de los temas de éste. No temamos pecar de reiterativos en cualquier punto fundamental que tratemos, pues la repetición es la clave para una asimilación profunda. No interesa ofrecer muchas cosas ni muchos temas, sino profundizar más y adquirir unas ideas muy claras sobre cada una de las cuestiones.

Cada Ciclo tiene cierta unidad entre sus siete semanas. Durante el tiempo que dure el desarrollo de un ciclo se han de relacionar siempre unos temas con otros, haciendo ver la gran unidad que existe en toda la vida espiritual.

Aunque cada ciclo consta de siete semanas, hemos de decir aquí lo mismo que se dijo del Seminario de iniciación: para la exposición de todos los puntos son necesarias más de siete semanas.

Hay unos temas que son más prácticos y otros más teóricos. Creemos, sin embargo, que a todos hay que darles una orientación más teológica que moralista, y con un matiz vivencial que supere el frío planteamiento teórico. En la vida cristiana se necesita saber y obrar, pensar bien y actuar rectamente. Pensar bien quiere decir tener rectos criterios cristianos de acuerdo con la Palabra de Dios, tal como nos fue revelada, y con la doctrina que la Iglesia nos ofrece en su Magisterio.

El cristiano se encuentra hoy inmerso en una sociedad abiertamente pagana y hostil al pensamiento de Cristo y de su Iglesia, y el ambiente que le rodea ejerce una constante presión contra los principios del Evangelio. Es más, en ciertos sectores cristianos predominan planteamientos y actitudes que están en abierta contradicción con la doctrina de la "Iglesia de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad" (1Tm 3,15).

Es necesario, siguiendo el ejemplo del Papa Juan Pablo II, que ofrezcamos orientaciones claras, firmes y seguras, y que tengamos una gran preocupación por la formación de buenos criterios.

Tal como presentamos los temas, podemos ver que a algunos, que son de los que menos hemos tratado hasta ahora, se les dedica una exposición más completa, y que en cambio otros solamente se da un esquema o un material que se ha de saber utilizar siguiendo las indicaciones y las citas que nos remiten a otros números de la Revista en los que ya se han desarrollado. El catequista debe tomar su tiempo y documentarse todo lo posible.

La bibliografía que se da es muy fácil y asequible para cualquiera, pues aquí no escribimos para profesionales de la teología o de la pastoral, sino para cualquier laico que no puede manejar tratados más profundos. Esto no obsta para que el catequista utilice otras obras que le ayuden a aclarar y completar cualquier punto.

CICLO I: Relación personal con Dios

En este Ciclo I nos centramos en la vida espiritual del cristiano considerada preferentemente en la relación personal con el Señor, la cual se ha de mantener pujante en constante desarrollo.

No se trata de una visión individualista de la vida cristiana, sino de ayudar a tomar conciencia de lo que es la vida del Espíritu y de los medios más urgentes e imprescindibles para su crecimiento, sin olvidar que este Ciclo 1 supone y exige los otros dos siguientes en los que se presenta la dimensión eclesial y comunitaria. Al desarrollarlo hay que tener en cuenta que en sí solo considerado resultaría incompleto e insuficiente, y que es por razones prácticas o de método por lo que seguimos este orden.

LOS TEMAS

1. La oración personal. Alabanza. Oración en lenguas.
2. Vida sacramental: Eucaristía.
3. Sacramento de la penitencia.
4. La Palabra de Dios:
 - lectura espiritual de la Biblia,
 - formación bíblica y teológica.
5. Dirección espiritual. Acompañamiento espiritual. Discernimiento.
6. Orden y ascesis en la propia vida:
7. sueño-alimentación-ocio y diversión,
8. Sobriedad-y austeridad: sentido de los bienes materiales.

Oración-sacramentos-Palabra-guía espiritual-ascesis: son los pilares sobre los que se asienta el cultivo de la vida espiritual. De ninguno se puede prescindir.

Tema 1: La oración personal. Alabanza. Oración en lenguas

NOTA: Para una persona que ha pasado por la experiencia de una nueva efusión del Espíritu que le ha abierto a una vida cristiana más intensa, es importante que desde las primeras semanas se pongan las bases para que pueda perseverar y crecer en la gracia recibida. El primer punto es conseguir introducirse en la práctica diaria de la oración personal y mantener el entusiasmo de la entrega mediante la alabanza, para lo que ocupa un lugar importante la oración en lenguas.

I. ORACION PERSONAL

Presentación personalizada de la experiencia de la comunidad:

- La efusión del Espíritu nos ha llevado a un ansia de alabar al Señor en todo momento

- Son breves instantes en que a lo largo de la jornada nuestro espíritu se eleva hacia el Señor, y le decimos "Gloria a ti Señor", "Gracias, Señor", etc.
- Dos momentos de la jornada han adquirido una especial significación: la primera hora de la mañana, con la alabanza para el nuevo día, la acción de gracias por todo lo que nos dará; y la última hora antes de acostamos, pidiéndole perdón y agradeciéndole todo lo que nos ha dado.
- También la bendición de la mesa ha adquirido una nueva dimensión. En las familias es un brevísimo momento de oración comunitaria.
- Pero además de todo esto, hemos experimentado que nuestra entrega al Señor y a los demás no se mantiene si no dedicamos unos momentos especiales diarios a la oración.

¿Qué hacer en este momento de oración?

- Lo importante es estar unidos al Señor. Por lo tanto, no existen métodos fijos. Si hemos entrado en la oración, dejemos que el propio impulso del Espíritu nos lleve.
- Démosle mucha importancia a la alabanza, no nos quedemos pidiendo cosas al Señor. Pongamos nuestra mirada en él.
- Orar es escuchar a Dios
- Orar es ponerse ante Dios, mirarle y dejarse mirar.
- Orar es hablar a Dios como un amigo.
- Orar es salir de uno mismo.

Algunas experiencias concretas que pueden ayudar en la oración:

- utilizar algún salmo
- leer las lecturas de la misa del día
- cantar algún canto conocido
- empezar alabando a Dios
- ir presentando al Señor a cada una de las personas de la familia, comunidad, grupo, etc.

Si queremos hacer oración cada día

- Hemos de determinar de antemano a qué hora la haremos
- hemos de determinar cuánto tiempo vamos a hacer hemos de revisamos de cuando en cuando sobre este punto.

Algunos escritos:

J. LAPLACE, La oración, búsqueda y encuentro, Marova, Madrid, 1978
 A. BLOOM, Comenzara orar, PPC, Madrid, 1980
 M. QUOIST, Oraciones para rezar por la calle, Ed. Sígueme, Salamanca, 1981
 J. ESQUERDA BIFET, Prisionero del Espíritu, Ed. Sígueme, Salamanca, 1978
 KOINONIA, núm. 19, dedicado al tema de la Oración

II. ALABANZA

Uno de los aspectos más importantes de la experiencia de la Renovación es el redescubrimiento de la alabanza.

Alabar a Dios es poner los ojos en él, sin fiarnos en nosotros. En la petición o en la acción de gracias, aún tenemos puesta nuestra atención en lo que nos pasa. En la alabanza nos dirigimos hacia Dios por lo que él es.

La alabanza supone un volcarse de todo nuestro ser hacia Dios. Por eso se expresa con las palabras, con el gesto, con el canto. Pero nada de esto puede expresar todo lo que es Dios. De ahí que la alabanza tienda hacia la "oración en lenguas" y hacia la adoración en silencio.

Para mantenernos en la alabanza es muy importante vivir entusiasmados y dar mucha importancia a la expresión. Frases como "Gloria a ti Señor", "Aleluya", ayudan a mantenerse en alabanza.

La alabanza no se encuentra sólo en los labios, sino que ha de brotar de lo más profundo del ser. Es toda la vida, nuestro comportamiento, el que ha de convertirse en una alabanza a Dios.

Hay que alabar a Dios en todo momento, aún en los momentos de dificultad y en que aparece algún problema grave.

La alabanza nos hace salir de nosotros mismos y purifica nuestra intención, haciéndonos más dóciles a la Palabra de Dios o a la aceptación de su voluntad.

La alabanza, en cuanto nos coloca en el abandono en la voluntad del Padre, es fuente de curación.

Algunos escritos:

J.M.MARTIN-MORENO, Alabaré a mi Señor, Ed. Paulinas, Madrid, 1982
M.R. CAROTHERS, El poder de la alabanza, Editorial Vida. Miami 1977

III. ORACION EN LENGUAS

Es una de las cosas que pueden chocar más a los que se acercan a la experiencia de la Renovación. Por eso es importante tener ideas claras.

Es algo muy sencillo. Se trata de una forma de oración. Normalmente oramos con la boca diciendo palabras, o bien oramos en silencio. Cuando oramos no todo son palabras o ideas, sino que también hay sentimientos y "algo" que no se puede expresar con palabra. La "oración en lenguas" es una mezcla de estos dos tipos de oración: por una parte se expresan con la boca unos sonidos o una melodía, por otra no se dice nada. Es un emitir sonidos sin decir palabras.

No es nada prodigioso o milagroso, todos lo podemos hacer. El niño, antes de aprender a hablar, ya lo hace; lo hace también el que da un grito de alegría, o el que

improvisa una melodía porque está contento. La importancia está en utilizarlo como forma de oración.

Ayuda mucho a la oración, y sobre todo la forma de "canto en lenguas" ayuda a la oración comunitaria.

Uno debe mantenerse siempre dueño de su forma de orar y debe procurar estar unido a los demás, sin molestarlos con gritos o cantando fuera de tono.

Esta forma de oración se empleaba mucho en la Iglesia primitiva, como atestigua san Pablo en la primera carta a los Corintios (1Co 12 y 14). Luego se ha ido manteniendo de una forma u otra en la vida de la Iglesia. Es lo que san Agustín llamaba el "canto de júbilo", san Francisco el "arrullo", santa Teresa la "algarabía", san Ignacio la "locuela"... El alargar las vocales en el canto gregoriano no es más que restos de esta forma de oración.

A principios de siglo, cuando empezó el movimiento pentecostal, y aún ahora algunas personas, creen que se trata de hablar en una lengua no aprendida. Aun sin negar la posibilidad de tal milagro, ha de quedar muy claro que no se trata de esto cuando se utiliza en los grupos de "oración en lenguas".
Algunos escritos:

R. PUIGDOLLERS, ¿Qué es la oración en lenguas?, en "Koinonia", núm. 5, pp. 11 - 13
F. BENOIT, Significado espiritual de la oración en lenguas en "Koinonia", núm. 8, pp. 8-10

J.M. MARTIN-MORENO, La oración en lenguas: carisma al alabanza, cap 10 de "Alabaré a mi Señor", pp. 85-93

L.J. SUENENS, Orar y hablar en lenguas, en "Un nuevo Pentecostés", DDB, Bilbao, 1975, pp. 102-107

Tema 2: Vida sacramental: La Eucaristía.

Nota: No todas las personas que se acercan a un grupo de oración tienen una fuerte experiencia de vida cristiana. En muchos de los casos el descubrimiento de la oración comunitaria no va acompañado de una conciencia eclesial y sacramental. Por eso es muy importante ayudarles a un redescubrimiento de la vida sacramental, empezando en primer lugar por la Eucaristía.

La oración comunitaria y la vida del grupo nos está ayudando a redescubrir el sentido de la comunidad cristiana. Venimos gozosos a la oración, sentimos la alegría de reunimos con los hermanos, nos sabemos solidarios con los hermanos que están en otros lugares.

Estamos redescubriendo el sentido de la comunidad cristiana, el sentido de Iglesia. Experimentamos a Cristo presente y actuante en medio de la comunidad. Pero hay unos momentos fuertes de la vida de la comunidad cristiana, en que Cristo actúa de un modo especial. Así, por ejemplo, cuando nos reunimos para celebrar la Eucaristía, cuando una persona entra en la comunidad por medio del Bautismo, cuando por medio del sacerdote recibimos el perdón de Dios, cuando dos cristianos que se aman se unen en matrimonio ante toda la comunidad, etc. Estos momentos fuertes de la vida de la comunidad es lo que llamamos las celebraciones sacramentales, los sacramentos.

La Eucaristía es la asamblea de la comunidad, y es el centro de toda la vida cristiana. Si queremos redescubrir el sentido de la Eucaristía hemos de tener en cuenta estos dos aspectos: a) que es asamblea; y b) de la comunidad cristiana. Si no existe comunidad cristiana o la eucaristía no se celebra como una verdadera asamblea difícilmente podemos encontrarle su verdadero sentido.

Desde los principios de la Iglesia primitiva, la comunidad cristiana se reúne en asamblea una vez por semana, el domingo. Por eso la Eucaristía dominical es el centro que hay que redescubrir, en la medida en que va habiendo comunidades cristianas. Podemos recordar cuatro textos que nos muestran esa costumbre unánime de las comunidades cristianas:

- El primero es de los Hechos de los Apóstoles y nos habla de la visita que S. Pablo hizo a la comunidad de Tróade hacia el año 56: "El primer día de la semana (el domingo), estando nosotros reunidos para la fracción del pan..." (Hch 20,7).
- El segundo es una breve frase de la Didajé, uno de los escritos cristianos más antiguos (siglo I): "Reuníos en el día dominical del Señor" (Did. 14).
- El tercero es un texto no cristiano de la carta del gobernador de Bitinia, Plinio el Joven, al emperador Trajano (año 111/113) hablándole del resultado de unos interrogatorios a cristianos: "Afirmaban que... tenían la costumbre de reunirse un día fijo (el domingo) antes de salir el sol..."

- El cuarto es un fragmento de la Apología que S. Justino escribe en el año 150 al emperador Antonino; en ella nos describe la asamblea dominical: "El día que se llama día del sol (el domingo), todos los que viven en las ciudades y en el campo se reúnen en un mismo lugar: se leen las Memorias de los Apóstoles y los escritos de los profetas. Cuando el lector ha acabado, el que preside la asamblea pronuncia un discurso para advertir y exhortar a los presentes para que cumplan estas enseñanzas. A continuación nos levantamos todos y rezamos en voz alta. Después... cuando la oración está terminada, se trae pan con vino y agua. El que preside eleva al cielo las plegarias y las acciones de gracias y todo el pueblo responde exclamando Amén. Después se lleva a cabo la distribución y el reparto de la eucaristía y se envía su parte a los ausentes mediante el ministerio de los diáconos" (Apol. I, 67).

En el grupo de oración hemos redescubierto la importancia de encontrarnos y de ir formando comunidad. La reunión de la comunidad cristiana es la asamblea eucarística dominical.

En el grupo de oración hemos redescubierto la importancia de escuchar la Palabra de Dios y que el Señor nos da unos textos con una palabra muy concreta y directa para cada uno de nosotros. En la asamblea eucarística, por medio de la Iglesia, el Señor nos da su Palabra y unos textos concretos para aquel día. Hemos de acoger esos textos como la Palabra de Dios para nosotros.

En el grupo de oración hemos redescubierto la importancia de la alabanza. La Eucaristía es el momento más alto de la alabanza; el momento en que nos unimos de un modo más pleno a la alabanza que Cristo dirige a Padre.

En el grupo de oración hemos redescubierto la importancia de la intercesión. En la asamblea eucarística esta intercesión se hace con la fuerza de toda la Iglesia (la oración universal, intercesión por la Iglesia y por los difuntos en la oración eucarística).

No se trata sólo de "ir a Misa los domingos", sino de redescubrir la asamblea eucarística como centro y cúlmén de toda la vida de la comunidad cristiana.

De este modo la oración de la semana y todas nuestras actividades se van uniendo poco a poco a la celebración de la asamblea dominical. Ella ha de ser la expresión y la fuerza de todo lo que hacemos.

La participación en la comunión durante la semana es la continuación de la Asamblea dominical y de la comunión con los hermanos.

Algunos escritos:

J.M. MARTIN-MORENO, La asamblea eucarística, centro de la comunidad y de la manifestación de los carismas, en "Koinonia" no 16, pp. 7-11.

Tema 3: El sacramento de la penitencia.

¿Qué es el pecado?

Nota: Para que sea posible un verdadero camino de conversión es muy importante que el creyente tenga abiertas las puertas hacia la Reconciliación. Muchas veces hay temores, rechazo, desconocimiento de este sacramento. Normalmente es por falta de una buena catequesis, de una práctica renovada y de una clara conciencia de lo que es el pecado.

A) La voluntad de Dios

A medida que nos vamos abriendo a la escucha de la Palabra de Dios, vamos experimentando lo que Dios quiere de nosotros y lo que nos va pidiendo: vamos conociendo la voluntad de Dios.

Toda la vida de Jesús no es más que un continuo cumplir la voluntad del Padre.

- "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado " (Jn 4,34)
- "no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado- (Jn 5,30)
- "he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, si no la voluntad del que me ha enviado "(Jn 6,38)
- "Si este cáliz no puede pasar, hágase tu voluntad (Mt 26,42)

Por eso él quiere que también nosotros vivamos en la voluntad del Padre.

- "No todo el que me diga: Señor, Señor, sino el que haga la voluntad de mi Padre " (Mt 7,21)
- "Todo el que cumpla la voluntad de mi Padre, éste es mi hermano"(Mt 12,50)
- "Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo" (Mt 6, 10)

B) ¿Qué es el pecado?

¿Qué es el pecado? A veces nos creemos que cometer un pecado es hacer algo que está prohibido o hacer alguna cosa mala. El pecado es no hacer la voluntad de Dios. Esto queda reflejado muy claramente en la frase de S. Pablo "todo lo que no procede de la fe es pecado" (Rm 14,23). **(OJO, ESTO HAY QUE EXPLICARLO BIEN !!!)**

Sólo estando a la escucha de la voluntad de Dios podemos tomar conciencia de lo que es verdaderamente el pecado. Por eso S. Pablo nos dice: "No os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto" (Rm 12,2).

Dios nos va mostrando su voluntad de muchas formas a través de sus pensamientos, de las normas éticas, a través del magisterio de la Iglesia, etc.

A veces se oye la expresión "es que yo no tengo pecados", "yo no sé de qué confesarme". ¿Diríamos lo mismo si se nos preguntara si estamos cumpliendo en todo momento la voluntad de Dios? A medida que Dios va entrando en nuestra vida y nos vamos haciendo sensibles a su Palabra, vamos descubriendo nuestra dimensión pecadora. Chesterton decía que "un santo es uno que se sabe pecador".

C) El sacramento de la Reconciliación

El sacramento de la Reconciliación es la celebración comunitaria del amor de Dios que nos perdona.

Consta de cuatro partes principales:

1. Escucha de la Palabra de Dios. Sólo la Palabra de Dios puede invitarnos a la Reconciliación y anunciarnos el amor de Dios. La Palabra de Dios es as Buena Nueva para nosotros.
2. Reconocimiento de nuestro pecado. Nuestra res puesta a la Palabra de Dios es reconocer que somos pecadores. Lo más importante es ponernos ante la presencia de Dios y poder decir "soy pecador". La manifestación de nuestros actos concretos en los que hemos pecado no es más que la expresión de este "soy pecado". Hemos de expresar todo lo que es un "pecado mortal".. Es conveniente expresar todo lo que sentimos como un peso.
3. Absolución de nuestro pecado, La oración M sacerdote es la oración de Cristo y de toda la Iglesia. Es una nueva efusión del Espíritu Santo que se derrama sobre nosotros corno amor de Dios y perdón de los pecados. Esta oración es fuente de perdón, de curación y de fortalecimiento.
4. Acción de gracias. Es la respuesta nuestra al perdón de Dios y a su amor.

Es muy importante poder superar todas las dificultades psicológicas, nuestros temores, nuestra vergüenza, nuestro no saber cómo hacer para que no quede taponada esta fuente de gracia que es este sacramento.

En los grupos de oración hemos descubierto la importancia de la intercesión y de la oración de unos por otros. Si es importante la oración de unos hermanos, ¿qué no será la oración de toda la Iglesia en el sacramento de la Reconciliación? El sacramento de la Reconciliación es la cumbre del monte de la intercesión de la curación interior.

En la renovación actual de la Liturgia **hay tres formas** de celebrar este sacramento:

- a) reconciliación de un solo penitente;
- b) celebración comunitaria con absolución individual;
- c) celebración comunitaria con absolución colectiva.

Esta última forma se utiliza sólo en circunstancias excepcionales, cuando hay mucha gente pocos sacerdotes. La comunidad cristiana ha de tener su ritmo de celebraciones comunitarias a lo largo del año litúrgico (Adviento, Cuaresma, etc.). Es

muy conveniente que sigamos este ritmo de la comunidad. Pero al mismo tiempo hemos de llevar nuestro ritmo personal según nuestras propias necesidades.

Es conveniente confesarse, no sólo cuando tenemos alguna falta grave, sino también cuando nos encontramos en la preparación de algo importante en nuestra vida espiritual o cuando nos encontramos en una situación de apatía o turbación en que necesitamos volver empezar.

Algunos escritos:

M. SCANLAN, La fuerza de la reconciliación, en "Koinonia" no 16, pp. 7-11.

Tema 4: La Palabra de Dios.

1.- La Palabra de Dios es un elemento imprescindible en el Ciclo 1 sobre el crecimiento de la vida espiritual.

Por sí misma, para todo el que la acoge con fe es:

- a) La ley y regla de la vida, que nos enseña cómo vivir y por dónde caminar. De ella se nutre la fe.
- b) La manifestación o revelación de Dios. Con su Palabra Dios nos comunica toda su intimidad, por lo que su Palabra es donación y gracia, luz que revela e ilumina.
- c) Pero no sólo ilustra, sino que por sí misma, en todo el que la lee con la debida disposición, produce gracia, santifica, transforma, comunica vida. Es viva y operante por ser "una realidad dinámica, un poder que opera infaliblemente los efectos pretendidos por Dios" (León-Dufour). En el Nuevo Testamento se la llama "palabra de salvación" (Hch 13,26), "palabra viva y eficaz" (Hb 4,12), "palabra de vida" (Flp 2,16). Jesús dice que sus palabras son "espíritu y vida" (Jn 6,63), de forma que todo el que escucha su palabra y cree en el que le ha enviado "tiene vida eterna, y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida " (Jn 5,24): "si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis" (Jn 15,7).

Luz que revela y poder que opera: la Palabra de Dios produce siempre lo que anuncia.

2.-La Biblia, por tanto, debe ocupar el primer puesto entre todos nuestros libros, y su lectura debe ser alimento diario de nuestra vida espiritual. Ignorar tan gran tesoro y auxilio de Dios, aunque nada más sea que un solo día, sería prácticamente ignorar y menospreciar su Amor.

Benedicto XV escribió en su encíclica Spiritus Paraclétus:

"Jamás dejaremos de exhortar a todos los fieles cristianos para que lean diariamente las Sagradas Escrituras, sobre todo los Evangelios, los Hechos y las Epístolas de los Apóstoles, tratando de convertirlos en savia de su espíritu y sangre de sus venas".

El Vaticano II ha dedicado gran atención a la Palabra Dios y en muchos pasajes insiste sobre la necesidad de su lectura. Baste citar dos textos:

"Solamente con la luz de la fe y con la meditación de la la palabra divina es posible reconocer siempre y en todo lugar a Dios, en quien vivimos, nos movemos y existimos (Hch 17,28); buscar su voluntad en todos los acontecimientos, contemplar a Cristo en todos los hombres, próximos o extraños, y juzgar con rectitud sobre el verdadero sentido y valor de las realidades temporales, tanto sí mismas como en orden al fin del hombre" (Decret. Apostolado de los laicos, N 4).

"El Santo Sínodo recomienda insistentemente a todos los fieles, especialmente a los religiosos, la lectura así de la Escritura para que adquieran la conciencia

suprema de Jesucristo (Flp 3,8), 'pues desconocer la Escritura, desconocer a Cristo'. Acudan de buena gana al texto mismo: en la liturgia, tan llena del lenguaje de Dios; en lectura espiritual, o bien en otras instituciones o con otros medios... Recuerden que la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se rea el diálogo de Dios con el hombre, pues 'a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras' (Dei Verbum, N.25).

I.- Lectura espiritual de la Biblia

¿COMO LEER? FRECUENCIA Y PROCEDIMIENTO

Se trata de una lectura completamente distinta del que lee por curiosidad científica, histórica, literaria, cultural. Son muchos los que leen así la Biblia, y no buscan ni esperan otra cosa más que satisfacer este interés.

Pero para que produzca los efectos que hemos de esperar, "la Escritura se ha de leer con el mismo Espíritu con que fue escrita" (Vat. II, Dei Verbum, N. 12).

Es necesario que a la lectura acompañe la oración: es así como se podrá entrar en diálogo con el Señor y se podrá escuchar su voz.

No lees un libro cualquiera, sino que te hallas ante Dios. Señor. Ponte por tanto, en actitud de fe y recogimiento en su presencia, sintiéndote ignorante ante la sabiduría y misterio de Dios, y clama con humildad: "Habla, Señor, que tu siervo escucha" (1Sa 3, 10), "enséñame tu camino para que siga tu verdad, mantén mi corazón entero en el temor de tu nombre" (Sal 86,111), "para mis pies antorcha es tu palabra, luz para mi sendero" (Sal 119,105).

Lee despacio, con profundo respeto, en actitud de escucha, a la expectativa de lo que el Señor te quiera revelar interiormente, pues El quiere instruirte y enseñarte "el camino de la vida, hartura de goces, delante de su rostro" (Sal 16).

¿QUE EFECTOS PODEMOS ESPERAR?

Siempre que te pones a leer la Palabra de Dios con estas disposiciones entras en contacto con el Señor. La Palabra de Dios es la "presencia verbal de Cristo".

Este contacto te transforma y te hace más parecido al Señor, y va modelando tu mente conforme a su mentalidad y a sus mismos sentimientos. Ese palpito de la vida de Dios que allí se encierra necesariamente impregna tu corazón de la sabiduría divina.

Unas veces bastará que escuches al Señor, pues "a Dios escuchamos cuando leemos su Palabra" (Vat.II), como María que "sentada a los pies del Señor, escuchaba" (Lc 10,39).

Otras veces será recibir luz, inspiración, seguridad, aliento, "el consuelo que dan las Escrituras" (Rm 15,4). Y otras, se encenderá tu corazón, como cuando el Señor hablaba en el camino a los discípulos de Emaús y les explicaba las Escrituras (Lc 24,32).

Además de todo esto, le vas conociendo a El cada vez más y mejor, familiarizándote con la manera de ser de Dios.

La lectura asidua de la Palabra de Dios vitalizará tu oración y contribuirá al desarrollo en ti de los diversos dones y carismas que el Espíritu te quiera otorgar: sabiduría divina, don de inteligencia y de revelación interna, crecimiento más profundo de la fe, de la esperanza y del amor, discernimiento, profecía, unción para la enseñanza y la evangelización.

Será así como su Palabra estará siempre presente en tu memoria y en tu corazón, de forma que ante cualquier situación, sea para ti o sea para ayudar a otros, enseguida acuda a tu mente la respuesta adecuada.

FRECUENCIA Y PROCEDIMIENTO EN LA LECTURA

Siendo un tesoro de tan incalculable valor, cuyas palabras encierran tan divina sabiduría, ¿cómo podemos justificar el que se nos pasen los días sin leer las Sagradas Escrituras? ¿No supone esto una gran desconsideración para con el Señor?

Cada día hemos de leer algo, Aquí más que nunca cumple seguir el lema: **nulla dies sine linea** (ningún día sin leer una línea).

Deberíamos hacer este compromiso como un obsequio al

¿Qué orden conviene seguir?

Puede ser leer diariamente algo así como un capítulo, siguiendo con el mismo libro hasta acabarlo, para después empezar con otro.

Otra modalidad sería atenerse a la lectura continuada de la Palabra de Dios que sigue la Iglesia en la celebración de la Eucaristía y en la Liturgia de las horas. Esta forma supone dar importancia a la Palabra de Dios que para ese día nos ofrece la Iglesia, la cual "siempre ha venerado la Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la Sagrada Liturgia nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo" (Vat. II Dei Verbum, N.21). "Cuando se lee en la iglesia la Sagrada Escritura es el Señor quien habla" (Const. de Liturgia, N.7).

Conviene subrayar en el libro aquellas frases que más personal y directamente nos hablen, pues así resultará fácil volver de nuevo sobre ellas en otro momento.

UNA ADVERTENCIA

No se debe abusar en la utilización de la Biblia como medio de consulta de la voluntad de Dios, tal como hacen algunos que en momentos de duda abren la Biblia al azar para ver qué les dice el Señor.

Ante esto hay que decir que:

- Dios es siempre un misterio inabarcable para nosotros, que en este mundo nunca podremos comprender, mucho menos acomodar a nuestra voluntad.
- Dios no se ha obligado a darnos respuesta a través de la Biblia precisamente en el momento en que lo necesitamos siguiendo este procedimiento.
- No es esta la forma como se ha de utilizar la Biblia. Supone cierta ligereza, presunción y en el fondo es una manipulación y hasta tentar a Dios, aunque en la mayoría de los casos se obre con muy buena intención y con espíritu de fe y sencillez.
- Esta no es la forma. Más bien, leyendo la Palabra de Dios tal como se ha dicho antes llegarás siempre a distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto " (Rm 12,2) con el discernimiento y la sabiduría que el Señor te quiera comunicar.

II.- Formación bíblica y teológica

INICIACION Y FORMACION BIBLICA

Necesitamos un mínimo de iniciación bíblica para poder adentrarnos en la lectura de la Sagrada Escritura sin tropezar con dificultades insalvables que terminarían por desanimarnos y hacernos abandonar nuestro intento. Ello nos facilitará el sacar más fruto del abundante contenido que encierran estas páginas inspiradas por el Espíritu Santo.

La ignorancia de ciertos conocimientos introductorios a la Sagrada Escritura, de algunos principios y normas, por lo demás muy sencillos, de interpretación, puede llevarnos a caer en muchos engaños, manipulaciones y aun disparates enormes al leer la Biblia.

Baste saber que no sólo estamos distanciados hasta treinta siglos del tiempo en que se escribieron algunos libros de la Biblia, sino que también la geografía y la cultura occidental nos han configurado conforme a una mentalidad racional o cartesiana, que se expresa preferentemente a base de ideas abstractas, a diferencia del alma oriental que utiliza más bien la parábola, la ficción, las imágenes coloristas y atrevidas.

Al leer la Biblia hemos de tener en cuenta el género literario en que está escrito el pasaje en cuestión, y cómo hay que distinguir entre el fondo y la forma literaria, es decir, entre lo principal (el contenido doctrinal, los hechos salvíficos fundamentales, el mensaje que encierra) y lo secundario (el ropaje literario empleado, las expresiones, las imágenes, las representaciones animadas y hasta antropomórficas, muy propias de la literatura oriental).

Esto significa que nunca podemos atribuir al texto sagrado un sentido que no tiene. O sea, no lo acomodemos a nuestra forma de entenderlo, sino que tratemos nosotros de acomodarnos al sentido que tiene, al sentido que quiso dar el autor sagrado, porque de lo contrario no hallaríamos en la Biblia la Palabra de Dios, sino la palabra puramente humana.

Para esto necesitamos unas nociones sobre lo que es la inspiración bíblica, los géneros literarios y los diversos sentidos, la forma tan distinta a la de hoy en que se escribieron cada uno de los libros de la Biblia, y cuál es el mensaje central que encierra, cuáles son las ideas fundamentales del Antiguo Testamento (la elección, la Promesa, la

Ley, la Alianza, el Reino, el Exilio, la espera del Mesías) que nos facilitan la clave para comprender el conjunto de la Biblia y cada uno de los acontecimientos y personajes principales, todos los cuales confluyen y se orientan hacia una misma meta: Jesucristo. Toda la Biblia directa o indirectamente nos habla de El, y su misterio centra toda la historia de la salvación.

Apreciaremos así cómo los dos Testamentos constituyen dos etapas distintas en la realización del mismo misterio de salvación.

El Antiguo Testamento es una etapa lenta y paciente de preparación, de pedagogía divina para disponer al hombre a recibir libremente al Salvador. En sus páginas, a pesar de los elementos caducos que podamos encontrar y que a nosotros en la etapa del cristianismo ya nos dicen poco, admiraremos el plan de revelación, de aproximación y de amor que Dios ha seguido siempre con el hombre a pesar de la actitud rebelde y obstinada con que responde en constantes avances y retrocesos. Es una historia del hombre con todas sus miserias, sufrimientos y anhelos, y una historia del Amor misericordioso de Dios: en este profundo misterio reconocemos nuestra propia historia, nuestro pecado y nuestra salvación.

El Nuevo Testamento es la plena manifestación de "la bondad de Dios nuestro Salvador y de su amor a los hombres" (Tt 3,4). Dios nos revela su grandioso misterio realizándolo en la encarnación y en el sacrificio redentor de su Hijo Amado.

¿COMO EMPEZAR A LEER LA BIBLIA?

En esta formación bíblica que pretendemos tiene gran importancia el orden como empezamos a leer la Biblia por primera vez.

No es aconsejable comenzar desde el principio hasta el final, como hacemos al leer otro libro cualquiera o una novela

Es recomendable empezar por los cuatro Evangelios, con atención preferente a la historia de Jesús y a los acontecimientos narrados según las etapas de su misterio (Encarnación, infancia, vida de ministerio, pasión, muerte y glorificación), así como a las ideas centrales de su enseñanza (el Padre, su Amor a los hombres, envío y donación del Hijo, la Buena Nueva de Reino ofrecido a todos, el envío del Espíritu Santo).

Seguir después con el Libro de los Hechos de los Apóstoles, para pasar a continuación a las Epístolas de San Pablo, como complemento y comentario del Evangelio, que nos transmiten la vivencia que tuvieron los primeros cristianos del Cristo resucitado, de su presencia invisible y la efusión de su Espíritu.

Terminar el Nuevo Testamento con las Epístolas Católicas (las siete que no son de S. Pablo), llamadas así desde antiguo porque no van dirigidas a una comunidad o personaje particular, sino a los cristianos en general, y el Apocalipsis, que es una visión profética, en forma de símbolos, de la gloria futura y del destino final de la Iglesia, que pasando por diversos sufrimientos y tribulaciones vive en la espera de la glorificación representada en la imagen de la Nueva Jerusalén.

Leído todo el Nuevo Testamento, se puede empezar el Antiguo por los libros históricos, con atención especial a la vida de los Patriarcas, a la de Moisés y a la de

David, y siguiendo la elección de Israel, el desarrollo de la Alianza, el contraste entre la infidelidad del pueblo y la eterna misericordia d Yahvé.

Los Libros sapienciales y Los Salmos, a continuación, no resultarán difíciles.

Conocida ya la historia de Israel, el comportamiento d Dios y el constante anuncio de salvación, se puede pasar a lo Profetas y comprender ya en cierta manera sus distintos oráculos y visiones.

Después de una lectura así, sería bueno hacer otra seguida lectura desde el principio hasta el final de toda la Biblia, la cual contribuiría a darnos una visión más clara del conjunto d la historia de la salvación.

MEDIOS DE FORMACION

Otros medios que están también a tu alcance para llegar a obtener una formación bíblica adecuada pueden ser:

1.- La **lectura de algún tratado** fácil que te sirva de introducción a la Biblia. He aquí algún título:

-**JESUS SAN CLEMENTE IDIAZABAL**, Iniciación a la Biblia para seglares, Descleé de Brouwer, Bilbao 1979.

-De la Colección **CONOCE LA BIBLIA**, editada por Ediciones Mensajero y Editorial "Sal Terrae", algunos como:

Introducción al Pentateuco, Temas principales del A. T

Introducción a los libros proféticos, Introducción a la literatura sapiencial

Introducción al N. T.

-**ETIENNE CHARPENTIER**, Para leer el Antiguo Testamento, y Para leer el Nuevo Testamento, Editorial Verbo Divino, ambos de 132 pgs. cada uno.

2.- El **hacer algún curso bíblico**, o bien matriculándote en algún centro de estudios, o siguiendo algún curso por correspondencia, como por ejemplo:

-Cursos Bíblicos de la Casa de la Biblia, Santa Engracia, 20. Madrid-10. Tel. (91) 448 78 35

FORMACION TEOLOGICA

A la formación bíblica ha de ir unida una formación teológica.

Esto no debe asustar a nadie. Teología es reflexión sobre la verdad contenida en la Palabra de Dios.

Todo el que se relaciona de verdad con Dios, de una u otra forma reflexiona y saca conclusiones de la Palabra de Dios: hace teología, aunque nada más sea en un grado muy elemental. La teología en los ocho primeros siglos de la vida de la Iglesia fue

patrimonio de grandes santos o amigos de Dios. Fueron los Padres de la Iglesia que conjugaron la santidad de vida y la ciencia acerca de Dios.

Como hemos visto en la introducción a este Seminario sobre el crecimiento, pag. 4-5, la Iglesia espera de nosotros "una formación bíblica, espiritual y científica" (Pablo VI).

¿Qué grado de formación?

El que podamos alcanzar según nuestros medios y posibilidades.

Para ello hemos de valemos de los siguientes recursos:

- a) La lectura de libros de sólida doctrina espiritual y teológica al alcance de nuestro nivel intelectual. Cada año deberíamos leer unas cuantas obras. Leamos no solamente libros de testimonios o de temas relacionados con la R.C., sino de todas las materias: documentos del Magisterio (Concilios, encíclicas, alocuciones papales), tratados de autores clásicos y modernos de sana doctrina, libros de consulta, diccionarios, artículos de revistas, etc. Si tenemos inquietud, siempre encontraremos qué leer.
- b) Aprovechemos siempre que se nos brinde la oportunidad de hacer algún curso catequético, o catequesis para adultos, o cualquier ciclo de conferencias.
- c) Si podemos hagamos algún curso de teología para seglares, tal como en muchos lugares se organizan.
- d) Añadamos a esto todas las oportunidades que encontramos en la R.C.: encuentros de dirigentes, retiros, la instrucción semanal al grupo, y hasta se puede organizar alguna vez jornadas de reflexión o algún cursillo o seminario sobre cuestiones determinadas.

Si en el grupo faltan personas preparadas para la enseñanza, lo podremos suplir a base de leer y comentar artículos, y hasta fragmentos escogidos de algún libro.

Tema 5: Dirección o acompañamiento espiritual. Discernimiento.

En la vida espiritual, para poder crecer de verdad, necesitamos de alguien a quien dar cuenta de las dificultades, avances o retrocesos que vamos experimentando.

Por mucho que uno sepa, y por muy grande que sea la experiencia que se tenga nadie se basta a sí mismo. Uno puede ser buen maestro espiritual para los demás pero para sí mismo necesitará de otro guía. Nadie puede ser juez o médico de sí mismo.

El ejemplo de los grandes santos nos lo confirma, pues nadie como ellos buscaron siempre un guía espiritual en la vida del Espíritu.

Esta ayuda puede ser: o el acompañamiento espiritual, o la dirección espiritual.

I.- EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

El acompañamiento espiritual es algo que ha surgido en varios movimientos espirituales nuevos y que en algunas comunidades y grupos de la R. C. ha tenido especial importancia.

El objetivo es que cada hermano se sienta acompañado en su camino espiritual por otro hermano, un poco, en cierta manera, en nombre de la comunidad y como signo de la presencia amorosa del Señor.

El Señor se manifiesta a través de este ministerio humilde de acogida, de misericordia, de asistencia al hermano en su deseo y esfuerzos por ser fiel al Espíritu y querer cumplir en todo la voluntad del Padre.

No es una dirección espiritual, ni un sucedáneo de la misma, sino algo mucho más sencillo, ya que no debe tratar asuntos íntimos de conciencia, que se deben más bien presentar al confesor o a un director espiritual.

Se puede dar cuenta al acompañante de los siguientes puntos:

- vida de oración: si se hace, tiempo, dificultades;
- cómo se cumplen otros compromisos con el Señor: sacramentos, lectura de la Palabra de Dios;
- cómo se integra en la vida de la comunidad o del grupo, asistencia y participación activa en los distintos actos, como la asamblea de oración, convivencias, retiros; relaciones interpersonales, actuación en los diversos ministerios y servicios;
- orden y cambios que introduce en su propia vida, de acuerdo con las exigencias de la conversión.

El acompañante, que puede muy bien ser un laico, debe ser persona de madurez humana y espiritual, que lleve cierto tiempo en la Renovación, que tenga discernimiento, vida de oración y que sea del mismo sexo.

Cada encuentro ha de limitarse a tratar estrictamente de los asuntos concernientes al acompañamiento, en clima de oración y presencia de Dios.

Para más información sobre este tema recomendamos:

-Revista TYCHIQUE, N° 26, publicada bajo la responsabilidad de la Communauté du Chenún Neuf, 10, rue Henri IV -69002 LYON (Francia). Este número está dedicado al acompañamiento. Leer sobre todo el artículo Qu'est ce qu'accompagner?, de Régine MarieBesser, pgs. 12-20.

-KOINONIA, No 27, El acompañamiento espiritual, medio de crecimiento, por Xavier Quincoces, ps. 17-19.

II.- - LA DIRECCION ESPIRITUAL.

SU IMPORTANCIA

En la vida espiritual puede haber dificultades, tentaciones, peligros, decaimientos, retrocesos. El mal actúa en nosotros de múltiples maneras y la debilidad humana está expuesta a cualquier ilusión o desviación. Cuántas veces comprobamos que no nos comprendemos a nosotros mismos, ni tenemos objetividad ante nuestro egoísmo, los engaños de la imaginación, la soberbia espiritual, el subjetivismo, el iluminismo de que podemos ser víctimas, por no mencionar los desequilibrios y enfermedades que nos pueden aquejar.

Necesitamos alguien que conozca los caminos de la vida en el Espíritu, los principios de la teología dogmática, de la moral, de la ascética y mística, y que de vez en cuando nos guíe señalando la ruta que hemos de llevar y los peligros a evitar.

A lo largo de la historia de la Iglesia se ha ido acumulando toda una ciencia y tradición extraída de la experiencia abundante de los grandes santos y maestros espirituales que antes que nosotros vivieron a fondo la vida del Espíritu.

¿Cómo despreciar este tesoro? En la tradición Oriental tienen la Filocalia o colección de textos de los Padres orientales sobre la vida espiritual. En Occidente hay una pléyade de santos, doctores y místicos que nos han legado una gran sabiduría, que hoy tenemos decantada en normas y principios muy claros de dirección espiritual.

Todos ellos, de acuerdo con la práctica universal de la Iglesia, se valieron de la dirección espiritual. Esta, sin embargo aunque es moralmente necesaria según la providencia ordinaria de Dios, no es absolutamente indispensable para aquellos que a pesar de su buena voluntad, no pueden encontrar la persona indicada.

Esto admitido, siempre hay que dejar por sentado un principio innegable: El Espíritu Santo es el que verdaderamente nos guía interiormente. El director espiritual no tiene más que secundar la acción divina, contribuyendo a orientar siempre a una fidelidad constante al Espíritu, a descubrir y ayuda a superar los obstáculos que surjan.

¿QUIEN PUEDE SER DIRECTOR ESPIRITUAL?

De ordinario será un sacerdote, ya que por los estudio de teología, biblia y moral que ha hecho, así como por la gracia de estado que recibió en la ordenación puede tener la competencia necesaria y un mayor discernimiento. Aunque no poca veces, por desgracia, no todo sacerdote puede ser el guía espiritual que cabría esperar por su estado y preparación, pues a si competencia debe unir el ser hombre de oración y vida interior profunda, tener cierta experiencia y sana formación teológica.

Si decimos que de ordinario será un sacerdote, es porque excepcionalmente puede ser otra persona formada y experimentada, como, por ejemplo, tenemos el caso de Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Sena, los Padres del Desierto, San Francisco de Asís, los cuales ejercieron también la dirección espiritual de otras personas.

El director espiritual puede ser distinto del confesor pues son dos funciones distintas y pueden separarse, aunque e recomendable que sea una misma persona por la relación que hay entre ambos ministerios y la importancia que tiene para la unidad de la vida espiritual.

¿QUE DONES HA DE REUNIR?

De ordinario ha de ser un director espiritual que posea ciencia habitual del sacerdote bien formado y equilibrado e su vida de oración y de acción.

El sacerdote se puede encontrar con casos que se sale de lo ordinario y que le exigen una mayor competencia. Siempre debe estar preparado para atender a los casos ordinarios y los extraordinarios o fuera de lo común. Con todo, no siempre ocurre esto y en todos los tiempos se han lamentado los grandes santos de no encontrar el guía espiritual adecuado. Ha que escoger uno entre mil, decía San Juan de Ávila

San Juan de la Cruz escribe:

"Adviértase que para este camino, a lo menos para más subido de él y aun para lo mediano, apenas se hallará un guía cabal según todas las partes que ha menester porque además de ser sabio y discreto, es menester que sea experimentado" (Llama, canc. 3,30).

Sabio, discreto y experimentado, por tanto:

a) De buena formación bíblica, teológica, moral y espiritual, sin excluir también la psicológica para saber al menos distinguir entre lo que son casos normales de la vida espiritual avanzada y lo que son enfermedades nerviosas o mentales. En este mismo sentido decía Santa Teresa de Jesús: "Importa mucho ser el maestro avisado, digno de buen entendimiento y que tenga experiencia; si con esto tiene letras, es grandísimo negocio. Mas si no se puede hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más..." (Vida, 13,16). "Buen letrado nunca me engaño" (Vida 5,3).

b) Discreto: es decir hombre de discernimiento, que sepa distinguir lo verdadero de lo falso, lo recto de lo torcido, que sepa aconsejar y exigir sin cortar el vuelo, porque el

Espíritu Santo actúa a veces de forma que rebasa nuestra comprensión humana y hasta las luces ordinarias de la fe.

e) Experimentado, es decir, que reúna la experiencia de su propia vida espiritual y también la experiencia ajena, pues en muchos casos, cuando el Espíritu actúa en firme, se hallará desconcertado sin saber de qué se trata, a no ser que tenga cierta experiencia.

d) A esto habría que añadir buena voluntad de querer ayudar, bondad de carácter, con el amor de hermano y los sentimientos de Jesús, humildad para desconfiar siempre de sí, desprendimiento afectivo para no buscarse a sí mismo ni esperar agradecimiento.

EL DIRIGIDO

Es el más interesado en la guía espiritual. Para que resulte bien debe ser sincero, dócil, obediente, perseverar y observar discreción.

No ha de buscar la dirección espiritual como un desahogo psicológico, mucho menos por amistad puramente natural y sensible. Si se llega a una situación así, es mejor cambiar de director y cortar por lo sano antes de seguir adelante. Todo lo que pase de amor sobrenatural de hermanos en el Señor es un retroceso y engaño.

III.- DISCERNIMIENTO

Relacionado con los dos puntos anteriores está el tema del discernimiento.

Discernimiento es saber juzgar y decidir a la luz del Espíritu Santo cualquier acontecimiento o situación que se nos presente.

Juzgar, es decir, saber reconocer el origen de lo que sucede en la vida espiritual de una persona o de una comunidad, examinando los signos exteriores y las mociones internas.

El origen puede ser: a) o el Señor, b) o nuestra naturaleza (imaginación, subconsciente, fuerzas naturales desconocidas), e) o el espíritu del mal.

Decidir, o sea, saber escoger el camino que nos marca la Palabra de Dios, o la insinuación del Espíritu. O también, saber escoger en cada caso la voluntad de Dios.

Las reglas que se dan para el discernimiento están sacadas de la Palabra de Dios, de la Tradición de la Iglesia y de la experiencia de los grandes guías espirituales.

Hay algunas muy generales, pero muy seguras, que se deben aplicar ante cualquier situación:

- a) Conformidad con la Palabra de Dios: cualquier manifestación que vaya contra la Palabra de Dios, no es cosa del Espíritu, pues éste nunca se contradice.
- b) Conformidad con la enseñanza de la Iglesia en materia de fe y de moral. Cuando en materia de fe y costumbres algo es definido por la Iglesia o enseñado por el conjunto de los Obispos en comunión con el Papa, estamos ante la infalibilidad de la Iglesia. Cualquier afirmación que vaya en contra de esta enseñanza constante de la Iglesia está en contradicción con el Espíritu Santo.

- c) Nunca se puede ir en contra del deber de estado: por ningún motivo se puede contradecir las obligaciones de estado que se han contraído por el Sacramento del matrimonio, del orden, o de la profesión religiosa.

Pablo VI, en el discurso que el 19 de Mayo de 1975 dirigió en la Basílica de S. Pedro al III Congreso Internacional de la R.C., señalaba como criterios de discernimiento la doctrina de San Pablo sobre los carismas reduciéndola a los siguientes puntos:

- fidelidad a la doctrina auténtica de la fe: lo que contradice a esta doctrina no viene del Espíritu Santo;
- todos los dones han de ser recibidos con gratitud;
- todo debe contribuir al Amor: "el Espíritu Santo puede conferir toda clase de dones sin estar presente El mismo; en cambio, si concede el Amor, prueba que El mismo está presente por la gracia". Y terminaba con otra gran regla de discernimiento que nos da el Evangelio:
- por los frutos se conoce el árbol. Esta misma regla explicita San Pablo un poco más en un célebre pasaje de la Epístola a los Gálatas, al que hay que recurrir muchas veces para hacer discernimiento:
"la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos... En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí..." (Ga 5,17-23).

Las célebres reglas de discernimiento que nos ofrece San Ignacio de Loyola concuerdan bastante con el pasaje de la Epístola a los Gálatas y con la del Evangelio; y hoy se las formula de muy variadas formas, pero en general siempre hay que decir lo mismo: es acción de Dios lo que trae paz, Amor a El y a los demás, gozo interior, lo que busca la luz y huye de las tinieblas, lo que se somete humildemente al juicio de la autoridad, de la comunidad.

Bibliografía sobre el discernimiento

RENE LAURENTIN, Trois Charismes: Discernement, Guerison, Don de science, Pneumatheque, Paris 1982, p.

JACQUES CUSTEAU, S.J. El Carisma de discernimiento, Ediciones Paulinas, Chile 1979, 32 pgs.

KOINOIA, No 3, Tema doctrinal: El discernimiento

DOCUMENTO DE MALINAS 1, en La Renovac. Carismática. Documentación, Secretariado Trinitario, Salamanca 1978,pg.179.

El discernimiento espiritual en una asamblea de oración de la Renovación, por **ETIENNE GARIN**, en Presencia de la Renovac. Carismática, Colee. Nuevo Pentecostés, Edit. Roma, Barcelona 1981, pgs. 123-141.

L.J. SUENENS Documento de Malinas 2, Ecumenismo y Renovación Carismática, Colee. Nuevo Pentecostés, Roma 1979, pgs. 78-97.

HERIBERT MUHLEN, Catequesis para la renovación carismática, Secretariado Trinitario, Salamanca 1979, pgs. 219-231.

REGINE MAIRE-BESSER, Pour "discerner le meilleur », en TYCHIQUE, N' 26, pgs. 45-55.

Tema 6 y 7: Orden y ascesis en la propia vida.

Nota: Muchas personas no permanecen en la gracia recibida por falta de orden y ascesis en su vida. Hay que recordar la explicación de la parábola del sembrador "al oír la Palabra, al punto la reciben con alegría, pero no tienen raíz en sí mismos, sino que son inconstantes... las preocupaciones del mundo, la seducción de las riquezas y las demás concupiscencias les invaden y ahogan la Palabra, y queda sin fruto- (Mc 4,16-19). El tema se presenta dividido en dos, para una mayor profundización.

I.- Sueño, alimentación, ocio y diversión,

Nota: Este tema no tiene contenido doctrinal, por lo tanto hay que evitar dar un discurso moralizante y unos consejos siempre discutibles. Lo mejor es tratar el tema en forma de preguntas y de compartir. Se trata de revisar estos puntos.

El seguimiento de Jesús y la escucha de su Palabra no es algo que puede quedar encerrado en un ámbito "religioso", sino que ha de influir en toda nuestra vida. Son todas las áreas de nuestra vida que hemos entregado al señorío de Jesús. Si hay desorden en alguna de estas áreas, nuestra vida espiritual y de entrega a los demás se verá paralizada.

Algunos textos nos pueden ayudar a comprender cómo esto queda ya reflejado en las comunidades primitivas:

"Nos hemos enterado que hay entre vosotros algunos que viven desordenadamente, sin trabajar nada, pero metiéndose en todo. A éstos les mandamos y les exhortamos en el Señor Jesucristo a que trabajen con sosiego para comer su propio pan " (1Ts 3,11-12).

"Si alguno no es capaz de gobernar su propia casa, ¿cómo podrá cuidar de la Iglesia de Dios?- (1Tm 3,5).

"pueda también llegar con alegría a vosotros por la voluntad de Dios, y disfrutar de algún reposo entre vosotros" (Rm 15,32).

"Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco. Pues los que iban y venían eran muchos, y no les quedaba tiempo ni para comer"(Mc 6,3 l).

Algunas preguntas:

- ¿Quito innecesariamente horas al descanso diario? ¿Duermo demasiado?
- ¿Mantengo un orden en las comidas y como suficientemente? ¿Como o bebo demasiado?
- ¿Soy una persona trabajadora o permanezco ocioso demasiado tiempo? ¿Soy responsable en el trabajo?

- ¿Dedico a la vida familiar el tiempo que ésta requiere? ¿Dedico tiempo a mis hijos? ¿Y a mi esposa o a mi esposo?
- ¿Dedico demasiado tiempo al ocio? ¿A la televisión? ¿Al deporte? ¿Asisto a demasiadas reuniones?

Algunas sugerencias concretas:

- Para mantener un mayor orden en nuestra vida puede ser conveniente hacernos un horario del día, para saber cómo vamos a distribuirlo. Esto es bueno hacerlo teniendo en cuenta toda la semana.
- A algunas familias les ha ayudado mucho el dedicar un día (una tarde, unas horas) especialmente a la familia, a estar todos reunidos, hablar, salir juntos, jugar. Es conveniente que el ritmo sea semanal.
- A muchos matrimonios les ha ayudado el dedicar un día (una tarde, unas horas, una noche) especialmente a la pareja: hablar, festejar, estar juntos, salir. El ritmo también ha de ser semanal.

II.- Sobriedad y austeridad.

Sentido de los bienes materiales*

Nota: La experiencia carismática en que se va contemplando todas las cosas como un don de Dios es el modo más apto para descubrir el sentido cristiano de los bienes materiales.

La experiencia carismática nos hace descubrir poco a poco todas las cosas como un don de Dios. Las cualidades naturales que hemos recibido, nuestro arte o nuestro saber, lo vamos considerando como un don de Dios para el servicio de los hermanos, según la expresión de S. Pablo "cada uno ha recibido la manifestación del Espíritu para el provecho común" (1Co 12,7).

Pero este mirar todas las cosas como un don para el servicio de los demás no debe quedar reducido a los dones espirituales o naturales, sino que debe extenderse también a los dones materiales. Así nos lo muestran las parábolas de Jesús:

- nos dice que somos administradores (Lc 16,1ss)
- nos dice que nos ha dado unos talentos para que los hagamos fructificar y de los que nos pedirá cuenta (Mt 25,14ss)

Así lo entendieron los primeros cristianos:

"La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos"
Hch 4,32)

Todos los bienes materiales que nosotros tenemos son un don que Dios nos ha dado para que lo utilicemos todo al servicio de los demás. Quien retiene para sí los bienes, es el don de Dios el que retiene. Quien derrocha los bienes materiales, es el don de Dios el

que derrocha. Quien pone los bienes materiales al servicio de los demás, se ha hecho servidor del don de Dios.

El reconocimiento de los bienes materiales como un don de Dios al servicio de los demás nos ha de llevar a la no acumulación de riquezas y a poner al servicio de los demás todo lo que tenemos.

Esto impide todo tipo de lujo y nos invita a introducirnos en el campo de la austeridad. Sólo la austeridad nos ayuda a quitar las barreras que nos separan unos de otros y a estar siempre dispuestos al servicio.

La austeridad simplifica mucho nuestra vida, abriéndola más al servicio de los demás: nos da más posibilidades de tiempo, nos da más posibilidades económicas, nos da más posibilidades comunitarias.

El camino de la comunidad cristiana sólo es posible mediante el compartir y éste sólo es posible si vivimos en la austeridad.